



6

historia y sociedad

- Mercedes Olivera: *La opresión de la mujer en el sistema capitalista.*
- Roger Bartra: *La revolución domesticada.*
- Sergio de la Peña: *La crisis económica en México.*
- Raúl González Soriano: *El Estado mexicano y la crisis económica.*
- Bolívar Echeverría: *La revolución teórica comunista en las Tesis sobre Feuerbach.*
- Julián Meza: *Hacia el fin de la edad de oro de las "clases medias".*
- Enrique Leff: *Ciencia y tecnología en el desarrollo capitalista.*



Historia y Sociedad

revista latinoamericana
de pensamiento
marxista

Dirección: Roger Bartra y Enrique Semo

Redacción: Raúl Olmedo y Sergio de la Peña

Edición: Guillermina Krause y Blanca Sánchez

Consejo editorial: Fernando Arauco, Arturo Azuela, José Luis Balcárcel, Donald Castillo, Susy Castor, José Luis Ceceña, Sergio Corichi, Agustín Cueva, Bolívar Echeverría, Enrique Florescano, Iván García, Enrique González Rojo, Raúl González Soriano, Hugo Gutiérrez Vega, Julio Labastida, Juan Felipe Leal, Pedro López, Aristides Medina, Carlos Monsiváis, Marcela de Neymet, Carlos Perzabal, Gerard Pierre-Charles, Ricardo Pozas, Wenceslao Roces, Américo Saldívar, Adolfo Sánchez Vázquez, Masae Sugawara, Mishiko Tanaka, Raquel Tibol, Alfonso Vélez Pliego, Pierre Vilar, René Zavaleta Mercado.

Corresponsales: Héctor P. Agosti (Argentina), Herbert Aptheker (E.E.UU.), Manfred Kossok (R.D.A.), N. M. Lavrov (U.R.S.S.), César Augusto de León (Panamá), Jean Piel (Francia), Enrique Ramírez (Cuba), Emilio Sereni (Italia), Jean Suret-Canale (Francia).

6

historia y sociedad

revista latinoamericana de pensamiento marxista

Segunda época, Número 6, U Verano de 1975.

INDICE

Mercedes Olivera: *La opresión de la mujer en el sistema capitalista* / 3

Roger Bartra: *La revolución domesticada: del bonapartismo pequeñoburgués a la institucionalización de la burguesía* / 13

LA CRISIS EN MEXICO

Sergio de la Peña: *La crisis económica en México* / 31

Raúl González Soriano: *El Estado mexicano y la crisis económica: 1971-1974* / 39

Bolívar Echeverría A: *La revolución teórica comunista en las Tesis sobre Feuerbach* / 45

Julián Meza: *Hacia el fin de la edad de oro de las "clases medias"* / 65

Enrique Leff: *Ciencia y tecnología en el desarrollo capitalista* / 75

NOVEDADES BIBLIOGRAFICAS / 89

Revista Trimestral
Apartado postal 21-123, México 21, D. F.
Precio del ejemplar: \$ 25.00

Suscripción anual:

Por correo ordinario, México	\$ 80.00
Centroamérica, EE.UU. y Canadá . . Dls.	\$ 11.00
Sudamérica	Dls. 13.00

Cualquier aclaración sobre suscripciones diríjase, por favor,
a nuestro apartado postal.

Ilustraciones de Naranjo.

Revista autorizada por la SEP según oficio 23 CC PRI/68
del 22 de febrero de 1968.
Imprenta de Juan Pablos, S. A., Mexicali 39, México 11, D. F.
4 000 ejemplares.

La opresión de la mujer en el sistema capitalista

Mercedes Olivera

La lucha aislada y callada de las mujeres por alcanzar su igualdad ante los hombres, ha tenido una historia casi tan larga como su opresión. Poco a poco, aquí y allá, en todo el mundo, se dieron desde el siglo pasado brotes aislados de rebeldía que fueron tomando forma y voz. En 1915 se efectuó en Suecia la primera Conferencia Internacional de Mujeres en la que se hicieron planteamientos para lograr la igualdad económica, social, política y sexual de la mujer cuya situación marginada se consideró como una herencia del feudalismo.¹

Sin embargo, no ha sido sino hasta los últimos 5 años cuando hemos presenciado una gran revitalización de la lucha de las mujeres contra su opresión y discriminación en todos los aspectos de la vida. A partir del 26 de agosto de 1970, con motivo de la conmemoración del 50º aniversario de la conclusión victoriosa de la lucha por el sufragio femenino en Estados Unidos, se originó una toma de conciencia produciendo una gran movilización de cientos de miles de mujeres. A partir de entonces muchas de ellas, con puntos de vista muy diferentes y agrupadas de diversas maneras, se han dedicado a

luchar por la liberación femenina. De Estados Unidos, el movimiento se extendió rápidamente a otros países hasta adquirir, en la actualidad, un carácter internacional.

Los planteamientos feministas no tienen hasta ahora una coherencia, ni una línea de acción unificada; se dan distintos argumentos en diferentes sociedades; también varían de acuerdo a la posición de clase social. Existen grupos con diversos enfoques ideológicos, desde los más revolucionarios que enmarcan el problema dentro de la lucha de clases, hasta los extremistas de posición sexista que han iniciado una violenta lucha en contra de los hombres o propugnan por la abolición total de los rasgos típicamente femeninos de la mujer, dando lugar a que el problema se desvirtúe, a que se desprestigie el movimiento y, consecuentemente, a que la problemática en relación a la mujer se minimice.

Pero el gran aporte de los movimientos de liberación hasta ahora, no es haber resuelto la situación de la mujer, sino precisamente haber "puesto el dedo" en un grave y complejo problema que hasta el momento sólo había recibido el desprecio y desinterés por parte de la ciencia y de la política.

¹ Kolontay, Alejandra, *La mujer nueva y la moral sexual*, Juan Pablos Editor, México, 1972, p. 9.

El estudio de la situación de la mujer en nuestra sociedad capitalista: su explotación y opresión económicas, su aislamiento social, su uso como objeto sexual y su discriminación política, se enmarca definitivamente dentro de las ciencias sociales. El origen, evolución, magnitud y características de este problema y aun el análisis del movimiento de liberación femenina, son temas que deben preocupar a los científicos sociales, pues son parte importante de la realidad humana y su solución específica: la igualdad de la mujer y el hombre en la sociedad, no puede ser conquistada solamente a través de movimientos feministas que plantean la mayor parte de las veces reivindicaciones exclusivamente centradas en aspectos fraccionarios de la condición humana de las mujeres; sino debe enfocarse como parte integrante de una lucha global contra la totalidad de un sistema social básicamente injusto y opresivo.² Es decir que la opresión y la explotación de la mujer son consecuencia importante de la base estructural de nuestra sociedad; su origen, desarrollo y solución están ligados por lo tanto, a la propia dinámica del sistema económico social en que vivimos y a la posición de lucha que adoptemos.

En este artículo consideramos que la participación económica de la mujer en el sistema capitalista en que vivimos se da, no solamente a través de su trabajo directamente ligado a la producción, sino principalmente a través del trabajo doméstico que realiza en el seno familiar.

En su papel de trabajadora, ya sea como asalariada, artesana o campesina; o en su papel de empresaria capitalista, la participación económica de la mujer es muy clara: forma parte entonces, a través de su relación con los medios de producción,

² Oviedo de Sarmiento, Carmen, "Declaraciones en relación al año internacional de la mujer", *Excelsior*, sección editorial, México, 21 de junio de 1975.

de una clase social determinada. Por ejemplo las obreras, al igual que cualquier otro trabajador, venden su fuerza de trabajo para producir mercancías a cambio de un salario, generando con su trabajo cierta cantidad de plusvalía que se apropia su patrón, ya que éste —de acuerdo con los puntos de vista marxistas— solamente paga a sus obreros una parte del valor que ellos han producido con su trabajo; la plusvalía es en realidad "el valor de las mercancías producidas durante el tiempo de trabajo extra (no pagado) que proporcionan los obreros".³

La participación de la mujer en el trabajo productivo está en función del grado de desarrollo y particularidades de su sociedad; pero en general, podemos afirmar que su incorporación definitiva a la producción es característica de las últimas fases del capitalismo. Es cierto que en sus primeras etapas se incorporó a las mujeres y a los niños a la producción junto con los hombres, y fueron objeto de tal explotación y exterminio que hubo necesidad de reglamentar su trabajo; "las pobres, trabajando trece horas diarias, no tenían tiempo ni para pensar en acicalarse;"⁴ las mujeres entregadas al monstruo de la producción industrial participaban de las leyes inexorables del capitalismo; su condición las hizo merecedoras de las terribles exclamaciones de Lafargue: "trabajad, trabajad proletarias para engendrar la fortuna social de vuestras miserias individuales, trabajad para que haciéndoos cada vez más pobres tengáis razones para trabajar más y ser más miserables."⁵

Las crisis de producción y la reglamentación del trabajo dieron la posibilidad al capitalista de escoger la mano de obra

³ Bartra, Roger, *Breve diccionario de sociología marxista*, Ed. Grijalbo, México, 1973, p. 119.

⁴ Lafargue, Paul, *El derecho a la pereza*, Ed. Grijalbo, México, 1970, p. 24.

⁵ Lafargue, *ibid.*, p. 23.

más liberada de trabas sociales y biológicas, que era precisamente la de los hombres que no tenían interrupciones en el rendimiento ocasionados por partos, embarazos y cuidados de la familia. Las pocas mujeres que se incorporaron al trabajo productivo han sido discriminadas con mucha frecuencia pues se las ha destinado a puestos inferiores, han recibido salarios más bajos que los hombres y se han ocupado fundamentalmente del servicio, y además muchas veces no tienen derecho a prestaciones sociales —como sucede con el trabajo a domicilio. Todo esto ocurre a pesar de que su capacidad como productoras ha sido y es en realidad igual a la de los hombres como se vio claramente durante la Segunda Guerra Mundial.

Hay que reconocer que en las últimas décadas de este siglo ha habido una creciente incorporación de la fuerza de trabajo femenina a la producción, pero también hay que reconocer que el sexismo, la discriminación y los bajos salarios para las mujeres siguen estando a la orden del día casi en todas partes, y que la situación es más grave aún en los países dependientes y colonizados. En nuestro país, por ejemplo, sólo el 19.5% de la fuerza de trabajo es femenina, lo que significa que de las mujeres mayores de 12 años sólo son económicamente activas el 17.5%; en cambio se dedican a los quehaceres domésticos el 69.6%; el resto son estudiantes o desempleadas (cuadro 1). Además, es importante advertir (cuadro 2) que el trabajo asalariado fundamental de la mujer en México es el servicio (58.8%) y sabemos que en éste, el servicio doméstico (sirvientas) es el más recorrido. Sólo el 10.8% de las mujeres económicamente activas trabajan en la agricultura, la mayor parte de ellas son indígenas y sólo el 19.6% lo hace en la industria, ocupándose también allí prin-

cipalmente de las tareas de limpieza y servicios; pocas en realidad son obreras. Por esto podemos decir que el mundo de la producción es de los hombres: a las mujeres les corresponde un papel secundario y dependiente desde el punto de vista económico, papel que determina su posición social y su baja participación política.

CUADRO 1
México, 1970

Población total = 48,377,363

Mujeres = 24,237,048; Hombres = 24,140,315

Actividades de la población de 12 años y más				
Actividad	Mujeres %	Hombres %	Mujeres No.	Hombres No.
Población de más de 12 años	100.0	100.0	15,117,695	14,670,613
Población económicamente activa	17.5	70.1	2,660,706	10,808,966
Desempleo	7.4	2.7	198,903	237,079
Quehaceres domésticos	69.6	2.8	10,536,353	418,264
Estudiantes	10.1	13.8	1,532,955	2,026,321

Pero dentro de esta situación discriminatoria, se han generado algunos rasgos dinámicos, pues en la realidad contemporánea, el desarrollo del capitalismo ha arrastrado cada vez más a la mujer a la lucha activa por la existencia; su trabajo productivo, cualquiera que éste sea, la ha hecho participar en el sistema de explotación capitalista y ello la ha colocado en la posibilidad de tomar conciencia de su situación como trabajadora y como mujer capaz de liberarse de la dependencia económica; las mismas circunstancias la han colocado en la necesidad de enfrentarse a las normas de la sociedad burguesa, que la han ubicado en el papel de propiedad privada de su marido a quien tiene que respetar, obedecer, servir, atender en la forma enajenante e indigna que la mágica y trastocada ideología del capitalismo confunde con el "amor".

CUADRO 2
México, 1970
Rama de actividad de la población
económicamente activa

Rama	Muje- res %	Hom- bres %	Muje- res No.	Hom- bres No.
Agricultura	10.8	46.2	268,552	4,863,116
Industria	19.6	23.6	485,181 (100%)	2,490,468
Petróleo			7,950 (1.63%)	77,158
Extractiva			5,605 (1.15%)	86,607
Transformación			449,109 (92.56%)	1,724,382
Construcción			17,801 (3.66%)	553,684
Electricidad			4,716 (0.97%)	48,637
Servicios	59.8	25.2	1,479,477 (100%)	2,654,928
Transporte			17,433 (1.17%)	351,663
Servicio			1,058,854 (71.55%)	1,101,311
Gobierno			68,938 (4.65%)	338,239
Comercio			334,452 (22.60%)	863,715
Mal especificado	9.6	4.8	239,295	510,375
TOTAL:	100.0	100.0	2,472,505	10,521,887

Fuente: IX Censo General de Población, 1970.

Así pues, la mujer moderna, que Alejandra Kolontay llama "célibe" es hija del sistema económico del gran capitalismo. "La mujer célibe, no como tipo accidental, sino como una realidad cotidiana, ha nacido con el ruido infernal de las máquinas de las usinas y la sirena de la llamada de las fábricas!..;"⁶ pero desgraciadamente en nuestra realidad latinoamericana, todavía se considera la participación de la mujer en la vida económica como una desviación de lo normal, como una infracción al orden natural de las

⁶ Kolontay, op. cit., p. 36.

cosas. Esta contradicción creada por el propio sistema que, por un lado, la empuja a participar en el desarrollo y por otro la ata al hogar, ha ocasionado el cuestionamiento del papel social de la mujer, y la tendencia a modificar los valores sociales que rigen a la sociedad ha puesto en crisis el orden familiar burgués. Por otro lado, la participación de la mujer en la producción ha obligado al Estado a crear instituciones que la ayudan a liberarse de la carga doméstica (como guarderías, internados, comedores públicos, etc.).

Por fortuna, al mismo tiempo que se experimenta una modificación de las condiciones económicas de la mujer, eliminando su dependencia, se ha producido un cambio en su psicología que la capacita con mayor fortaleza y autoridad moral para luchar contra la ideología imperante, que se manifiesta en dos frentes: en el mundo exterior que la presiona y en sus propias tendencias que la empujan a seguir siendo esclava del hombre. Así, la contradicción creada con la participación de la mujer en el trabajo productivo, al generalizarse —a pesar de favorecer al capitalismo— ayudará a cambiar la estructura de las relaciones familiares y a que surja una sociedad que no haga de la mujer un objeto de servicio y de sexo sino que la transforme en un sujeto de su propio destino, haciendo de ella una persona que posea autodisciplina, en vez de un sentimentalismo exagerado; que aprecie la libertad y la independencia en vez de la sumisión y de la falta de personalidad; que busque la afirmación de su individualidad y no los esfuerzos estúpidos por compenetrarse con el hombre amado; que tenga conciencia de su derecho de gozar de los placeres terrenales y no la máscara hipócrita de la "pureza". Si esto se logra —como dice la Kolontay— tendremos "... no a una

hembra, ni a una sombra de hombre, sino a una mujer individualidad".⁷

Sin embargo, este ideal remoto que plantean muchos de los movimientos de liberación femenina no se podrá lograr hasta que se haya creado una nueva superestructura ideológica, cuando todos los hombres —hombres y mujeres— hayan logrado asimilar de una manera orgánica la idea de que en toda unión amorosa el primer punto corresponde al compañerismo y a la libertad. Pero para esto es indispensable tomar en cuenta que una nueva superestructura ideológica sólo puede existir fincada necesariamente en una estructura económico-social diferente a la actual, que elimine la explotación del hombre sobre el hombre y del hombre sobre la mujer.

Este último nivel de la explotación capitalista —la del hombre sobre la mujer— que aquí llamamos *opresión femenina* para distinguirla de su explotación como trabajadora, sólo muy excepcionalmente se ha tomado en consideración como parte de los mecanismos de explotación económica del sistema, y a nuestro juicio es un pilar, no sólo muy importante, sino indispensable para su funcionamiento y que debe analizarse con mucha profundidad, para buscarle solución y lograr realmente la liberación íntegra de la mujer; pues si no se cambian las raíces estructurales de su explotación, la misma mujer seguirá ayudando a reproducir el sistema.

La opresión de la mujer se da básicamente en el marco institucional de la familia; el sistema capitalista la ha destinado inexorable y casi exclusivamente a la *producción y mantenimiento de la fuerza de trabajo* que el capitalismo necesita para su propia reproducción y expansión; por ello las ocupaciones fundamentales e inevitables de las mujeres

en nuestro sistema son "las labores domésticas".⁸

El tener y criar a los hijos, así como al marido, con todo lo que ello implica, son actividades a las cuales sólo excepcionalmente se puede escapar la mujer, pues aun en los casos en que se ha incorporado al trabajo productivo, generalmente tiene que realizarlos; en esos casos la mujer es explotada como trabajadora y oprimida como "mujer de su casa", pues además de trabajar en la fábrica, oficina, consultorio o universidad, tiene necesaria e imprescindiblemente —de acuerdo con nuestra sociedad— que cuidar a los hijos, educarlos, darles de comer, lavar, planchar, asear la casa, hacer las compras, atender y servir al marido, organizar la vida de la familia y atender a las necesidades emocionales y psicológicas de todos sus miembros, y sólo en las mejores situaciones se contrata a otra mujer (sirvienta) para que le ayude a realizarlos, dándose entonces como una de las formas de relación clasista la explotación de la mujer por la mujer.

Pero además la ideología burguesa, al tiempo que coloca a la mujer en su trono doméstico y servil, le exige virtuosismo, pureza, dedicación y sumisión, a fin de ser "digna" de transmitir a sus hijos, en medio de "gran satisfacción" a través de las generaciones, la misma ideología que la tiene oprimida, porque somos las mujeres, fundamentalmente, ayudadas por todos los medios de educación y comunicación masiva, quienes tenemos el encargo social de imponer a nuestros hijos las normas y valores de la sociedad explotadora en que vivimos.

Pero ¿por qué, insistimos, la opresión —surgida aparentemente de la condición natural de la mujer— es parte de la ex-

⁸ Morton, Peggy. *El trabajo de la mujer nunca se termina. Un estudio de la familia en la sociedad capitalista*, Ed. Mujeres en Acción Solidaria, México, 1974, p. 8.

⁷ Kolontay, *ibid.*, p. 53.

plotación capitalista? Ya hemos dicho que la producción y el mantenimiento de la fuerza productiva —que se llama precisamente trabajo doméstico— lo realiza la mujer sin retribución económica en el seno de su propia familia durante 10 ó 12 horas repartidas a lo largo de todo el día, durante toda su existencia.

Se trata de trabajo no remunerado, pero es trabajo en el sentido de que crea valores y bienes de uso y servicios, ¿o no es valor económico indispensable para cualquier sistema la fuerza de trabajo misma? Los bienes de uso y servicios creados por las mujeres se acumulan en forma de energía en los hijos y en el marido que a fin de cuentas aprovecharán en buena parte sus patrones en el momento mismo que vendan directa o indirectamente su fuerza de trabajo a las empresas.

Este planteamiento nos lleva a algunas consideraciones; por un lado, la fuerza de trabajo que emplea la mujer en producir y mantener la fuerza de trabajo no se paga, y no se paga porque *no se considera como mercancía*, a pesar de que produce la mercancía más necesaria para el capitalismo.

En cambio la fuerza de trabajo del proletario se transforma en mercancía cuando la aprovechan los empresarios; entonces sí la pagan, porque es para ellos un bien indispensable que compran a fin de invertirlo y con ello aumentar sus capitales al apropiarse de la plusvalía producida por ese trabajo.

Y es precisamente a través de esta forma de producción que se establece una doble relación: la parte más visible es la del trabajador con el empresario, pero subyacente a ésta se encuentra una relación entre la mujer que ha producido y mantenido la fuerza de trabajo y el empresario que la usa. A diferencia de la relación con el trabajador, la relación del

empresario con la mujer es indirecta y no capitalista, pero ambas son de explotación pues, en este caso, el empresario se beneficia con el trabajo doméstico de la mujer sin que le cueste. A esta explotación indirecta —que no pierde por esto su carácter esencial— la hemos llamado aquí *opresión femenina* y se realiza sistemáticamente en el sistema capitalista que ha garantizado su reproducción a través de la institución familiar y la ideología sexista que impera en todos los órdenes de la existencia, hasta en los análisis socioeconómicos.

La familia adquiere un papel central y de mediación en el sistema,⁹ pues además de que se conserva como la unidad de consumo de la producción de los capitalistas es en ella en donde se produce la fuerza de trabajo y en donde el trabajador repone las energías gastadas en el trabajo. Cuanto mejor "atendido" esté un trabajador, cuanto menos problemas domésticos tenga sin resolver, mayor será su rendimiento en el trabajo, y mientras haya hijos cuidados, educados y entrenados de acuerdo a las necesidades del sistema, la continuidad de la explotación está asegurada; mientras en la familia se reproduzca la ideología de la opresión de las mujeres, el sistema funcionará mejor.

Pero todavía no se contesta a la pregunta: ¿por qué no se paga el trabajo de la mujer, es decir, por qué la fuerza de trabajo que se invierte en los trabajos domésticos no se ha convertido dentro del proceso capitalista en una mercancía? Y no sólo eso, sino que ha adquirido el carácter de una fuerte opresión limitante que le ha impedido a la mujer por siglos tener un nivel de participación y decisión igual al de los hombres.

Esto se debe sin duda a que la opresión

⁹ Stavenhagen, Rodolfo, "Redefinir la función de la familia", *Excelsior*, sección editorial, México, 17 de junio de 1975.

de la mujer es resultado de un proceso histórico que es imposible analizar en este artículo; pero es importante mencionar que su existencia no ha sido permanente y que afortunadamente tendrá que dejar de existir. En el desarrollo de la sociedad se dio un momento en que la mujer y el hombre, a pesar de la división sexual del trabajo, tenían una participación igualitaria tanto en la producción como en la vida social, formando parte de la familia como una unidad de producción y consumo; naturalmente que esto ocurrió en sociedades en donde las fuerzas productivas estaban muy débilmente desarrolladas y la economía natural se encontraba en su etapa de desarrollo más baja. Desde luego, no había aparecido en la escena de la historia la propiedad privada y quizás tampoco existía la explotación de unos hombres sobre otros.

Es difícil marcar el momento en que la igualdad entre hombres y mujeres dejó de existir; el proceso cambia de acuerdo con las condiciones y los sistemas de producción específicos de cada sociedad en particular; pero quizás se pueda generalizar diciendo que para que la opresión de la mujer empezara a tomar forma fue necesario, primero, una especialización del trabajo por sexos y, posteriormente, la ruptura de la familia como unidad de producción, hecho que alcanza su máxima expresión en el momento mismo en que se inicia la acumulación originaria del capital, cuando algunos miembros de la familia tuvieron que vender parte de su fuerza de trabajo para poder subsistir; fue entonces cuando se les separó de sus propios medios de producción y recibieron a cambio de su trabajo un salario. Pero desde entonces sólo se necesitó y se pagó la fuerza de trabajo útil para obtener mercancías, la fuerza de trabajo que se invierte en el trabajo doméstico sólo excepcionalmente se paga (sirvientas), pues el

empresario también cuenta con mujeres de la familia o siervas —sin retribución— que realizan las actividades domésticas que él necesita para su propio mantenimiento y reproducción.

En las primeras etapas del capitalismo no fue necesario incorporar toda la fuerza de trabajo de que disponían los empresarios; la incorporación (y eliminación) de la fuerza de trabajo sólo se ha dado de acuerdo a las necesidades del propio capitalismo y los intereses de los empresarios; de esta manera, como ya dijimos, los capitalistas estuvieron en posibilidad de escoger la fuerza de trabajo que les ha sido más útil, la que han podido explotar sistemáticamente con un menor número de limitaciones naturales y mayor rendimiento. Por eso a la mujer se le especializó cada vez más en la solución de los problemas domésticos, y como uno de los canales más importantes del consumo, siempre bajo la autoridad y la dependencia económica del hombre. Para esto fue necesario el desarrollo paralelo de una ideología con un sistema de valores correspondiente que a la par que encubriera la explotación de la mujer, garantizara la eficiencia en la solución de las necesidades domésticas e hiciera sentir a las mujeres "muy mujeres" al cumplir con el papel social que se les había asignado dentro de la sociedad de explotación; su trabajo, desde el punto de vista económico, es "no productivo", pero es absolutamente necesario para la producción capitalista.

Para poder entender con más detalles la explotación de que son objeto las mujeres dentro de todos los sistemas que no han resuelto el problema, recordaremos que de acuerdo con el marxismo el salario es el valor de cambio que los empresarios dan a la fuerza de trabajo al considerarla como una mercancía; por ello su valor "... se determina también por la

cantidad de trabajo necesario para su producción..."; por lo tanto, para poder trabajar, las personas tienen que reparar sus energías, consumiendo una determinada cantidad de artículos de primera necesidad; pero además "... necesitan otra cantidad [de esos artículos] para criar determinado número de hijos, llamados a reemplazarle a él en el trabajo y a perpetuar la raza obrera".¹⁰

Pero, ¿hasta qué punto el capitalismo ha podido eludir el pago de la fuerza de trabajo femenino que produce buena parte de los servicios y bienes de uso que que necesitan los trabajadores para subsistir? ¿Hasta qué punto el trabajo de las mujeres está subsidiando —por así decirlo— a los capitalistas, no solamente en relación a los servicios domésticos que necesitan sus trabajadores, sino también en relación a la gran cantidad de personas que forman el ejército de reserva de mano de obra de que ellos disponen y en relación a los hijos de los obreros que garantizan la reproducción del sistema? La transferencia de la fuerza de trabajo de las mujeres hacia el capital es una explotación indirecta, a través de su marido e hijos, pero no por ello deja de ser parte del sistema de explotación capitalista.

El problema se agrava en la medida en que el capitalismo se desarrolla y aparecen sistemas deformados y dependientes, como los que existen en los países del tercer mundo en donde el pago de la fuerza de trabajo se da generalmente por debajo del mínimo vital y en donde los capitalistas explotan en tal forma al trabajador que no tienen inconveniente en abreviar su vida y limitar su reproducción, puesto que toda la fuerza de trabajo que necesitan está a su disposición a precios muy reducidos. El sistema de

opresión de la mujer no solamente está adecuado al sistema capitalista, sino que además, al subsidiarlo, lo refuerza constantemente.

¿Pero realmente el trabajo doméstico no se paga? En primer lugar tenemos que admitir que a la mujer misma nadie le paga, que en todo caso, si consideramos que el patrón incluye el salario de la mujer en el salario de su marido, es éste quien recibe por ella la remuneración correspondiente, lo cual explica —en una u otra forma— la situación de dependencia de la mujer en relación con su marido.

Pero ¿es cierto que el patrón le paga al marido por el trabajo que él realiza y el que realiza la mujer? O, planteado de otra forma, ¿el salario del marido cubre también el trabajo doméstico que realiza la mujer a fin de mantener, producir y reproducir la fuerza de trabajo? Según Marx "... el salario es la cantidad de dinero que el capitalista paga por un determinado tiempo de trabajo o por la ejecución de una tarea determinada... salario no es más que un nombre especial con que se designa el precio de la fuerza de trabajo, el nombre especial de una peculiar mercancía que sólo toma cuerpo en la carne y sangre del hombre".¹¹ "El valor de la fuerza de trabajo se determina por el valor de los artículos de primera necesidad imprescindibles para producir, desarrollar, mantener y perpetuar la fuerza de trabajo."¹² Ya hemos dicho antes que el trabajo de la mujer es necesario para que hijos y marido estén en posibilidad de producir, así que podemos considerar que buena parte del valor doméstico se ha acumulado en la fuerza que los hijos y el marido entregan al empresario a través de su trabajo. Sin embargo, ¿se puede decir que por este hecho

¹⁰ Marx, Carlos, *Salario, precio y ganancia*, Ediciones de Cultura Popular, México, 1970, p. 36.

¹¹ Marx, Carlos, *Trabajo asalariado y capital*, Ediciones de Cultura Popular, México, 1970, p. 79.
¹² Marx, Carlos, *Salario, precio y ganancia*, op. cit., p. 37.

el salario de él incluye el de la mujer? De ninguna manera, pues el salario del marido no cubre el valor total de la fuerza de trabajo que gasta en su trabajo, sino sólo una parte, mientras que la otra queda sin retribuir; esto sucede en todas partes, pues es un rasgo característico del capitalismo, pero la explotación del trabajador cobra formas alarmantes en los países dependientes como el nuestro en donde el salario o precio del trabajo sólo es el mínimo equivalente a las mercancías absolutamente indispensables para su propia subsistencia. En este sentido hay que tomar en cuenta que el valor de compra de los salarios —la cantidad de mercancía que puede adquirir con él— o sea el salario real, disminuye constantemente pues "... cuanto más crece el capital productivo, más se extiende la división del trabajo y el uso de la maquinaria; y cuanto más se extiende la división del trabajo, más se acentúa la competencia entre los obreros y más se reducen los salarios".¹³

Para tener una idea del valor que aporta la mujer en beneficio del capitalista, bastaría calcular la cantidad de dinero que tendrían que invertir los empresarios en mantener a un nivel adecuado de vida a sus obreros junto con sus familias, resolviendo todos sus problemas y necesidades, en lugar de pagarles salarios. De acuerdo con esto, la existencia de trabajo doméstico permite al empresario pagar a sus obreros un salario inferior al que realmente necesitan; por eso hemos dicho que el trabajo de la mujer está subsidiando al empresario.

En nuestro país existe un sinnúmero de familias que vive por abajo de este mínimo indispensable, que se cubre, muchas veces, con la participación de las mujeres y los niños en el trabajo productivo a fin

de completar el ingreso necesario para que la familia pueda sobrevivir. Así, no siempre la incorporación de la mujer al trabajo productivo significa un desarrollo económico real, sino una superexplotación de la fuerza de trabajo.

Ahora bien, es conveniente aclarar que lo dicho hasta ahora sólo cubre aspectos generales que pueden servir de base al análisis de la opresión de la mujer. Será necesario profundizar en la definición y determinación de esta categoría con estudios empíricos que nos permitan entender las características de la opresión femenina en situaciones concretas, y encontrar la relación que guarda con la explotación existente en los diferentes sectores de la población. Es necesario hacer estudios de las características de la opresión en relación a las diferentes clases sociales, pues en nuestro sistema ninguna mujer escapa a ella, ya que hasta las mujeres de los empresarios viven en función de sus maridos.

En relación a este problema hay que advertir que las "mujeres de su casa", a pesar de la opresión a que las sujeta el sistema capitalista a través del trabajo doméstico, no participan directamente en la lucha de clases, en cuanto no intervienen en la producción: sólo participan de una posición de clase determinada en función de la clase social a la que pertenece su marido; esto nos explica el carácter conservador de la mayor parte de las mujeres y la gran diversidad de esferas ideológicas que justifican la opresión según la clase social a que ellas pertenecen.

En términos generales podemos afirmar que la opresión es una forma específica que adquiere la explotación; pero al manejar separadamente la categoría de opresión (explotación a través del trabajo doméstico) de la de explotación (relación de clase) podremos saber si hay una relación directa entre ambos tipos de ex-

¹³ Marx, Carlos, *Trabajo asalariado y capital*, op. cit., p. 105.

plotación: si a mayor explotación del trabajador es mayor la opresión de su mujer o si sucede al contrario. Y un análisis científico sobre la parte ideológica de la opresión permitirá saber por qué es precisamente entre las personas pertenecientes a la pequeña burguesía o a las clases altas en donde ha podido surgir una mayor conciencia de la necesidad de liberación y en donde la crisis familiar se hace más patente. También podríamos conocer, en base a estudios empíricos, las características de la opresión entre los campesinos y otros grupos de la sociedad que producen en forma diferente a la capitalista y en qué forma articulan su opresión al sistema capitalista.

Los estudios empíricos sobre la opresión permitirán plantear, además, proyec-

tos de trabajo práctico y directivas políticas para lograr despojar al movimiento de liberación de su corrupción idealista basada en la creencia de que la base de la opresión femenina está sólo en la superestructura ideológica de la sociedad. Aquí sostenemos que la opresión tiene una base económica; por ello la total liberación femenina, así como la sexual, tienen como prerrequisito indispensable la transformación de la estructura económica del sistema burgués. Por ello es importante la participación activa de la mujer en la lucha de clases. El enemigo de la mujer en este problema no es el hombre, sino el sistema capitalista en su conjunto que la ha relegado a su papel enajenante de "reina del hogar".

La revolución domesticada: del bonapartismo pequeñoburgués a la institucionalización de la burguesía*

Roger Bartra

I

El verdadero final de la revolución mexicana está ubicado en 1920; hasta ese año no se crearon condiciones para el afianzamiento de un gobierno burgués que comenzase a absorber en su seno los nuevos mecanismos políticos que diez años de revolución habían puesto a la orden del día; en otras palabras, sólo hasta el momento en que Alvaro Obregón llega al poder se crean las condiciones para que el nuevo Estado mexicano y las clases dominantes comiencen a recoger los frutos del movimiento revolucionario y de la guerra civil.

La coyuntura política de 1920 ofrece un extraordinario interés: revela con claridad el carácter de la revolución, cuyas cenizas aún están calientes, y señala el futuro desarrollo de los acontecimientos. Dos fuerzas políticas aparecen exhaustas por la guerra civil: una, la *revolución campesina* derrotada, lame con amargura sus heridas; otra, la *revolución burguesa* carrancista triunfadora, no logra echar las raíces del poder de la moderna burgue-

sía terrateniente aliada a algunas antiguas fracciones de la burguesía porfirista, con el fin de restaurar un orden burgués liberal. Así, el golpe de Estado de 1920 representa el final no democrático de una revolución burguesa y el final burgués de una revolución campesina. Como Lenin señaló enfáticamente, toda revolución campesina, en momentos en que la estructura socioeconómica ya tiene un carácter capitalista, que lucha contra "supervivencias medievales", es una revolución burguesa;¹ es decir, la revolución campesina es una forma peculiar de la revolución burguesa: la que puede darle su contenido popular y —eventualmente— democrático. Pero en México, durante el periodo revolucionario, el campesinado se desengañó muy temprano de las alternativas burguesas que le ofrecieron gobiernos como, por ejemplo, el de Madero. Al mismo tiempo, el ala directamente burguesa de la revolución rechazó una alianza con el movimiento campesino, pues su tono populista y con frecuencia ferozmente anticapitalista no podía ser aceptado por los intereses burgués-terratenientes que representaba

* Este ensayo forma parte de un estudio sobre las raíces agrarias del Estado despótico-burgués moderno en México, que su autor realiza para el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM.

¹ Lenin, "El programa agrario de la socialdemocracia en la primera revolución rusa de 1905-1907", *Obras completas*, tomo XIII, Ed. Cartago, Buenos Aires, p. 340.

—entre otros intereses— Venustiano Carranza.

La fracción que toma el poder en 1917 y que instaura un nuevo orden constitucional representaba de una manera poco embozada y burda intereses de tipo burgués no revolucionario. Es cierto que Carranza no es sólo el liquidador del campesinado como fuerza política y militar, sino también el vencedor de una lucha contra la fracción ultrarreaccionaria y clerical de la burguesía. Sin embargo, la crisis política era inevitable, en la medida que se crearon las condiciones para una especie de vacío político; el movimiento obrero, reprimido, débil y sin conciencia proletaria, dejaba de apoyar al carrancismo; los sectores revolucionarios de la pequeña y mediana burguesía (rural y urbana) también abandonaron a Carranza. De esta manera, el candidato carrancista en las elecciones de 1920 no podía sino reflejar la pobreza y debilidad políticas de una fracción política que no había sabido (ni podido) aglutinar a las diferentes fuerzas sociales que participaron en la revolución. El nuevo y flamante gobierno creado por el constitucionalismo carrancista era el resultado de un parto de los montes: ¡un millón de muertos para crear un gobierno que representaba tan estrechamente a la sociedad que lo había generado! En efecto, frente al prestigio y poderío de militares como Alvaro Obregón, De la Huerta, Calles, Pablo González o el mismo Venustiano Carranza, el supuesto sucesor de este último hacía un triste y oscuro papel: el ingeniero Ignacio Bonillas, embajador mexicano en Washington. El "error" de Carranza fue suponer que inmediatamente después de terminada una revolución en la que las diferentes fracciones cristalizaron políticamente en ejércitos y no en partidos, y en condiciones de crisis de hegemonía, era posible que un buen burócrata, buen di-

plomático y buen burgués como Bonillas ganara tranquila y cómodamente unas elecciones. En México no habían echado raíces las formas mediadoras adecuadas a una democracia burguesa.

De esta manera, la historia del Estado mexicano moderno se inicia con una crisis que requerirá de una solución bonapartista; es decir, casi desde su nacimiento el Estado aparece con los tintes mediadores peculiares de situaciones históricas de transición. Pero es necesario hacer algunas aclaraciones sobre el carácter del proceso social y político seguido por México hasta entonces; es un hecho generalmente admitido por todos los analistas serios que la revolución mexicana orientó al país hacia un desarrollo capitalista. Pero al mismo tiempo se han generalizado varias confusiones sobre el *contenido político* de este proceso; estas confusiones parecen girar en torno a la creencia tácita o explícita de que la orientación burguesa y capitalista de la revolución mexicana fue un fenómeno producido por exclusión; el razonamiento parte de que durante la revolución se fueron cerrando las alternativas políticas, a saber:

- a) la alternativa proletaria, a causa de la debilidad del movimiento obrero en un país atrasado;
- b) la alternativa popular campesina, por la derrota del movimiento zapatista y villista;
- c) la alternativa burguesa, a causa de la destrucción del poder político de la burguesía porfirista y de la debilidad del carrancismo.

En estas condiciones, se presume que el capitalismo continúa desarrollándose por inercia en la sociedad civil como un proceso no obstaculizado por ninguna fuerza política, mientras que el Estado es ocupado por una burocracia político-

militar que representa vagamente a las "clases medias" o a la "pequeña burguesía" y que formula maquiavélicamente el modelo ideológico de desarrollo capitalista. A causa de este peculiar proceso, se afirma que el Estado adopta un carácter "populista" y notablemente autónomo de la sociedad. Pero esto son sólo las apariencias; el fondo del problema revela una complejidad que no puede ser explicada mediante el paradigma de una clase media en el poder.

Sin duda alguna la crisis de 1920, que se soluciona con el advenimiento de Alvaro Obregón al poder, respaldado por el ejército y por la dirección reformista, pequeñoburguesa y reaccionaria de la CROM, demuestra efectivamente la existencia de una situación semejante a la que se ha descrito más arriba; pero, en primer lugar, no debemos confundir una *situación coyuntural bonapartista* con el *carácter general* del proceso político que da nacimiento al llamado Estado de la revolución mexicana; en segundo lugar, no es posible comprender el papel político de la pequeña burguesía de manera aislada y abstracta, sino en función de las *alianzas* que establece con las clases sociales fundamentales. A pesar de que en una coyuntura dada *parezca* que los intereses de la burguesía y del proletariado han desaparecido de la escena política, ello no quiere decir que estas clases ya no existen y que los actores políticos pequeñoburgueses que se mantienen en el escenario no entablan alianzas con las clases sociales que mantienen su lucha tras bambalinas.

Es conveniente, pues, ubicar el carácter de clase del llamado "grupo de Sonora" encabezado por Obregón en 1920 y que dominará el poder político durante varios años. En primer lugar hay que señalar que de ninguna manera se trata de un grupo que expresa simplemente los intereses de la pequeña burguesía; los cau-

dillos sonorenses expresaban de forma bastante clara los intereses de los rancheros y agricultores capitalistas del norte de México. Lo que es necesario explicar es cómo esta fracción de clase logra tomar la dirección del aparato político; para conquistar el poder era necesario que el grupo de Sonora contase no solamente con el poderío militar —que le permitió un exitoso golpe de Estado— sino que iniciase un juego político tendiente a lograr la colaboración (o al menos la neutralidad) del proletariado y el campesinado. Esto es logrado gracias a la *forma bonapartista pequeñoburguesa* de la política obregonista: es decir, una posición política que combina hábilmente el carisma del genio militar de Obregón (lo que permite además sujetar a los caciques y generales revolucionarios), los intereses particulares de la burguesía ranchera nortea (y a través de ella los intereses de toda la burguesía "revolucionaria"), las aspiraciones de la pequeña burguesía rural y urbana y ciertas formas de lograr el apoyo, pero también el control, del campesinado y el proletariado.

Es importante destacar que el poder aglutinador representado por el gobierno de Obregón —y que explica el misterio de una relativamente pequeña fracción ranchera de la burguesía colocada en posición hegemónica— radica en que su bonapartismo constituye una alianza —e incluso una simbiosis— entre agricultores capitalistas y pequeña burguesía; se trata de una *nueva burguesía* rural hegemónica que por su reciente pasado pequeñoburgués inevitablemente adopta expresiones políticas pequeñoburguesas y consiguientemente —al no poder encontrar base de apoyo sólida en el campesinado pobre— busca y logra alianzas con la mediana y pequeña burguesía. Esta burguesía rural es capaz de aglutinar a su alrededor a las capas medias e incluso de atraer a los

representantes más tibios del agrarismo (Díaz Soto y Gama) y de la clase obrera (Morones). La misma historia personal de Alvaro Obregón era todo un atractivo programa para la pequeña burguesía; uno de sus biógrafos cuenta: "Desde un principio mostró un propósito pertinaz de llegar a ser propietario agrícola. El mismo, hablando desde la tribuna de la Cámara de Diputados, contó tiempo después cómo pudo hacerse de un pequeño lote de hectáreas y media, gracias a uno de los programas porfiristas para distribuir terrenos nacionales. Poco después, lo encontramos ya en posesión de 150 hectáreas, aún antes de la revolución. Esta pequeña finca, que bautizó como 'La Quinta Chilla', se duplicó más tarde y fue el origen de un conjunto de propiedades que llegaron a tener hasta 3,500 hectáreas y en las cuales trabajaron hasta 1,500 peones, cuando el recibir un patrón le permitió la atención debida al cultivo de sus tierras."²

El carácter bonapartista del gobierno de Obregón, que respondía a una situación coyuntural y transitoria, dejó no obstante huellas profundas que aún 50 años después se reconocen en el estilo político del gobierno; a ningún mexicano le es desconocida y ajena esa oscura mezcla de represión dosificada, romanticismo tolstoiiano vasconcelista, política agrarista desordenada que repartió más de un millón y medio de hectáreas de tierra, siniestro y burocrático obrerismo iniciado por Morones, arranques súbitos de anticapitalismo populista, violentas luchas faccionales entre caciques y generales, capitulaciones ante los intereses imperialistas a cambio de apoyo político (tratados de Bucareli), nacionalismo pequeñoburgués sazonado de un fantástico sembrero de contradicciones, etc. Tal como el régimen

de Obregón demuestra, el bonapartismo está teñido de socialismo pequeñoburgués, de populismo; la solución bonapartista que implica el apoyo de "terceras fuerzas" tiene forzosamente necesidad de atraer a las capas medias de la sociedad (pequeños comerciantes, pequeños industriales, campesinos, artesanos) a la tarea salvadora de reconstruir un Estado ubicado aparentemente por encima de las clases sociales, benefactor de los desposeídos, pero respetuoso del capital. Como decía Obregón: "El socialismo es un ideal que debemos alentar todos los hombres que subordinamos nuestros intereses personales a los intereses de las colectividades. El socialismo lleva como mira principal tender la mano a los de abajo para buscar un mayor equilibrio entre el capital y el trabajo, para buscar una distribución más equitativa de los bienes con que la naturaleza dota a la humanidad."³

Sin embargo, el gobierno de Obregón no llega a consolidar cabalmente la hegemonía del Estado mexicano; son tres los obstáculos fundamentales:

- a) Primeramente, porque a pesar de haber intensificado los repartos de tierra, las masas rurales continúan enfrentadas al latifundismo, y el Estado no cuenta todavía con ninguna or-

² E. Quiroz, R., *Alvaro Obregón: su vida y su obra*, s/e, México, 1928, p. 279. En el mismo tenor ya había dicho: "El problema del capital y el trabajo ha preocupado a muchos hombres de Estado. Yo he oído a oradores que dicen que el mejor gobernante será aquel que se ponga de parte de los trabajadores; a otros he oído decir que el mejor gobernante será aquel que se apoye en los hombres de negocios. Yo soy de opinión, y a ello encaminaré mis energías, si el voto de mis conciudadanos me lleva al poder, que el mejor gobernante será aquel que encuentre el fiel, que establezca el equilibrio entre esos dos factores, para que sobre un plano de equidad, encuentren las ventajas recíprocas que ambos deben obtener..." Citado por Bassols Batalla, *op. cit.*, p. 75.

³ Bassols Batalla, Narciso, *El pensamiento político de Alvaro Obregón*, Ed. Nuestro Tiempo, México, 1987, pp. 12-13.

ganización estable que le permita mediatizar las demandas campesinas. Un estilo populista sin base campesina difícilmente podía prosperar.

- b) En segundo lugar, el bloque de clases gobernante se encuentra basado en el predominio político de los intereses de una fracción de clase que no auspicia la modernización del aparato de poder: la burguesía ranchera revolucionaria, especialmente la del norte de México.
- c) En tercer lugar, el gobierno de Obregón aún no ha logrado legitimar su existencia ante el Estado norteamericano, no se han negociado las condiciones políticas de la inserción del nuevo Estado mexicano en el área de influencia imperialista.

El "populismo" de Obregón no logró nunca resolver la primera dificultad. En cambio, durante las postrimerías de su régimen y —sobre todo— durante la presidencia y el "maximato" de Calles ocurre un proceso de reacomodo de los grupos en el poder que allanará el camino a la modernización del Estado mexicano. Paralelamente, las conferencias de Bucareli comenzaron a establecer las reglas del juego de la dominación imperialista norteamericana en México.

El predominio político de la burguesía ranchera que se plasmaba en el grupo de sonorenses que había derribado a Carranza fue sin duda un factor de equilibrio bonapartista; sin embargo, este grupo político fundaba sus posibilidades hegemónicas en el control de una serie de caudillos regionales, generales, caciques y jefes políticos que si bien aseguraron en 1920 el triunfo de Obregón, constituían un conjunto de pactos y alianzas demasiado endebles como para prestarle al Estado una base de estabilidad duradera. El bonapartismo de Obregón no fue sólo un fenó-

meno ocurrido en las altas esferas de la superestructura política mexicana; todos los niveles de la política, desde las comunidades hasta los gobiernos de los estados, estaban teñidos por formas singulares de bonapartismo: el país entero era un mosaico de cacicazgos controlados por caudillos, cada uno de los cuales se consideraba a sí mismo como un presidente de la república en potencia. Los intereses de esta nueva burguesía rural mexicana se expresaban de manera tumultuosa y desbocada en un apetito incontenible de poder y riqueza, que no se detenía a respetar las democráticas leyes liberales de 1917, de acuerdo a las cuales todos los miembros de la nueva burguesía (la "familia revolucionaria") debían repartirse fraternalmente las ganancias. La constitución de 1917 le quedaba grande a los voraces rancheros del norte, a los generales enriquecidos y a los caciques "revolucionarios".

No es de extrañarse, pues, que la sucesión presidencial de 1924 fuese una coyuntura que iba a someter a prueba al Estado mexicano y que iba a iniciar un proceso que erosionaría con el tiempo su carácter bonapartista; en este sentido, tiene razón Shulgovski cuando define —siguiendo a Gramsci— al bonapartismo de Obregón como un bonapartismo episódico, intermedio.⁴ La prueba de 1924 fue dura, pues el gobierno de Obregón tuvo que enfrentarse a la rebelión delahuertista, que fue apoyada por las dos terceras partes del ejército y por numerosos generales y caudillos. La lucha de Obregón y Calles contra los delahuertistas (diciembre 1923-abril 1924) enfrenta abiertamente a la nueva burguesía envalentonada por el apoyo imperialista norteamericano, al que ha hecho concesiones ignominiosas

⁴ Shulgovski, Anatol, *México en la encrucijada de su historia*, Ediciones de Cultura Popular, México, p. 43.

en las conferencias de Bucareli, contra los viejos hacendados, el clero y los intereses petroleros ingleses que resienten la competencia del capital norteamericano. De alguna manera el conflicto con De la Huerta obliga al grupo Obregón-Calles a definir con más claridad su ubicación como representante general de los *nuevos intereses* de las fracciones más avanzadas de la burguesía industrial y agraria que están interesadas en romper con el antiguo régimen, y a abandonar el carácter estrechamente "agrario" del grupo de caudillos sonorenses aburguesados. Es decir que los tres años de gobierno obregonista le abrieron al presidente Calles una nueva perspectiva:

- a) El grupo de rancheros ha diluido su hegemonía en un "gobierno fuerte" que alberga nuevos y modernos intereses de la burguesía, representados hábilmente por Pani, el secretario de Hacienda que ha sustituido a De la Huerta.
- b) La derrota de la rebelión delahuertista ha provocado una verdadera purga de caudillos: más de medio centenar de generales han muerto durante el conflicto, lo que indudablemente afianza la movедiza base de caudillazgos y cacicazgos en que se apoya el gobierno.

Gracias a esta herencia el gobierno de Calles logrará una serie de cambios en el funcionamiento del Estado, que en el fondo implican la institucionalización política de la burguesía mexicana. Podríamos en realidad definir a toda la época en la que Calles mantiene el control directo o indirecto del Estado (1924-34) como el período de reformas políticas que dará fisonomía propia y estable al gobierno de la revolución; sin embargo, las reformas políticas —así como la agudiza-

ción de las contradicciones económicas— pusieron a la orden del día la necesidad no satisfecha de un conjunto de reformas socioeconómicas, situación que acarreará lo que tal vez puede definirse como la última crisis de hegemonía —en 1935— que ha soportado el Estado mexicano.

La diferencia entre el bonapartismo de Obregón y el gobierno fuerte de Calles radica esencialmente en que aquél canalizaba *principalmente* las aspiraciones de un sólo sector o fracción de la clase dominante (la nueva burguesía rural), mientras que el segundo *comienza* a expresar los intereses de *toda* la burguesía en tanto que intereses *generales y modernos*; con estos dos términos se quiere indicar que, independientemente de las fracciones en que está escindida la burguesía mexicana, en su conjunto requiere de una forma permanente de control político; es decir, necesita un Estado nacional capitalista estable. Además, se quiere indicar que un Estado de esta naturaleza, *moderno*, intenta expresar *precisamente* aquellos intereses de la burguesía que facilitan su reproducción como clase dominante: modernización del sistema fiscal y de los mecanismos financieros, centralización y concentración del poder, etc. En otras palabras, para mejor expresar los intereses de la clase dominante el Estado requiere independizarse de ella. Es cierto que esto implicaba un enfrentamiento con aquellas fracciones conservadoras y atrasadas de la burguesía que no veían sus intereses *particulares* expresarse en los intereses *generales*. Sin embargo, el Estado callista se limitó a llevar a cabo reformas políticas que no afectaron materialmente dichos intereses particulares (v. gr. a los latifundistas porfiristas) y a orientar dicho enfrentamiento hacia una batalla ideológica contra la expresión más acabada del conservadurismo burgués: la Iglesia católica. Calles condujo la más violenta

y sanguinaria *guerra espiritual* contra la burguesía terrateniente conservadora, pero en el campo de batalla sólo quedaron cadáveres de campesinos; los latifundistas vieron sus almas torturadas, pero sus cuerpos y sus intereses materiales fueron generalmente respetados por el Estado.

El periodo 1924-34 vio transformaciones importantes de la superestructura político-ideológica, pero las más agudas contradicciones económicas objetivas al interior de la clase dominante —especialmente en lo que se refiere al problema agrario— que frenaban el desarrollo del capitalismo moderno no fueron allanadas. La burguesía podía, por sí sola, hacer reformas políticas; pero sin el apoyo de las masas populares no podía llevar a cabo las reformas socioeconómicas necesarias para disolver los frenos al “progreso” capitalista. Es cierto que Calles restauró la alianza con el movimiento obrero dirigido por Morones, que había sido rota por Obregón al final de su gobierno; pero el carácter tan corrupto y proimperialista de Morones impidió que la CROM se constituyese en impulsora de reformas sociales.

Por otro lado, la administración de Calles inicia un importante proceso de reorganización de las funciones financieras del Estado; el gobierno mexicano debía mostrarle a la burguesía que era capaz de administrar con cierta eficiencia sus intereses. Es en este sentido que se reorganiza el sistema fiscal, se funda el Banco de México y se obtienen líneas de crédito en el exterior. Aún las agrias disputas con los banqueros y petroleros norteamericanos, así como con el Departamento de Estado (encabezado por Kellogg) que hacía reclamaciones a propósito de los daños ocasionados en personas, propiedades e intereses norteamericanos durante la revolución y a causa de la nueva legislación agraria y petrolera, comenzaron a calmarse a fines de 1927 gracias a la há-

bil intervención del nuevo embajador —Dwight W. Morrow— que logró influir decisivamente en la política financiera de Calles.

Pero toda la eficiencia del proceso de institucionalización del poder burgués no logró contrarrestar la expresión política violenta de las contradicciones sociales y económicas no resueltas, ni siquiera paliadas eficazmente, por el gobierno de Calles. La inquietud de las clases sociales rurales no sólo se expresaba en la guerra cristera, sino en la amenaza permanente que representaban los caudillos y caciques; en cuanto fue evidente que Calles cedería la presidencia al general Obregón —a pesar del sacrosanto lema de “no reelección”— dos generales revolucionarios se alzaron en armas: Francisco Serrano y Arnulfo Gómez. Sin duda sus motivaciones no eran muy diferentes a las que orientaron al golpe de Estado que Obregón dirigió contra Carranza, aunque objetivamente cumplieron un papel contrarrevolucionario. Pero enfrentaron a adversarios astutos y poderosos que hicieron fracasar sus planes: en octubre de 1927, al día siguiente de un simulacro de rebelión en la capital, el general Serrano junto con algunos de sus secuaces es asesinado por órdenes de Calles en la carretera a Cuernavaca (en Tres Marías). Al mes siguiente —en Coatepec— fue aprehendido y muerto el general Gómez. Y poco más de medio año después, como si la historia hubiese querido seguir con su lógica implacable, aunque manifestándose en forma grotesca, cayó asesinado por un fanático religioso el que era en realidad el caudillo más peligroso para la institucionalización burguesa: Alvaro Obregón. La muerte de Obregón salvó al Estado mexicano de un pecado que hubiese costado muy caro a la estabilidad y legitimidad del sistema: la abolición del principio de no reelección, uno de los pocos

símbolos revolucionarios que le quedaba a la burguesía. Simultáneamente, algunas fracciones de la pequeña burguesía urbana comenzaron a inquietarse por el rumbo despótico del gobierno de Calles; así surgió lo que Cabrera agudamente definió como la "candidatura platónica" de Vasconcelos, apoyada activamente por jóvenes dirigentes intelectuales como Carlos Pellicer, Andrés Henestrosa, Mauricio Magdaleno, Adolfo López Mateos, Salvador Azuela y Manuel Moreno Sánchez. Por si todo lo anterior fuera poco, el año de 1928 contempla también el distanciamiento entre Morones y Calles.

La respuesta política de Calles a la crisis inminente fue rápida y extraordinariamente eficaz. El primero de septiembre de 1928 Calles anuncia al país que la etapa del caudillismo ha terminado, que él jamás volverá a la presidencia y que el país a partir de ese momento sería dirigido por un gobierno institucional. Poco tiempo después se organiza el Partido Nacional Revolucionario (PNR) y se da comienzo a la sucesión de presidentes peles manipulos por Calles. El año 1928 parece un año mágico: a pesar de la oposición de una parte del obregonismo, del vasconcelismo, del movimiento cristero y de la CROM de Morones, el gobierno de Calles logra convertir la crisis y el inminente caos en el año de la institucionalización de la revolución. Es necesario examinar el trasfondo de alianzas para comprender el "milagro" de la coyuntura política de 1928. ¿Representa el "maximato" una solución cesarista a un nuevo equilibrio de fuerzas, semejante al de 1920?

Mariátegui, el gran pensador marxista latinoamericano, que observaba atentamente los sucesos mexicanos, definió con gran precisión la coyuntura: *"El frente revolucionario —alianza variopinta, conglomerado heterogéneo, dentro del cual*

*un capitalismo brioso, agudizando el contraste de los diversos intereses sociales y políticos, rompía un equilibrio y una unidad contingentes, creados por la lucha contra la feudalidad y el porfirismo— entró en una crisis que preparaba un cisma más extenso que los anteriores."*⁵ En efecto, la crisis electoral, la muerte de Obregón y las insurrecciones de Gómez y Serrano inician en México una ruptura de la alianza restaurada por el bonapartismo de Obregón con la clase obrera y el campesinado, ya muy resquebrajada por el gobierno de Calles. "Bajo este régimen —afirmaba Mariátegui—, no sólo se habían desarrollado las fuerzas obreras, canalizadas en dirección reformista, sino también las fuerzas del capital y la burguesía. Las energías más inexpertas de la reacción se habían consumido en el intento de atacar la Revolución desde fuera. Las más sagaces operaban dentro de la Revolución, en espera de que sonase la hora de una acción termidoriana."⁶

Fue Calles quien, a la muerte de Obregón, encabeza el Termidor mexicano; el gobierno que se afianza después de la crisis de 1928 ya no es un Estado bonapartista: es un gobierno termidoriano que expresa el triunfo de la burguesía sobre las masas populares. El "gobierno institucional" que se inaugura es en realidad la dictadura de la burguesía; pero es la burguesía ataviada con las vestimentas de la revolución. Esta vez el equilibrio de fuerzas expresado en un aparente vacío de poder no se soluciona en forma bonapartista, sino que la burguesía es lo suficientemente fuerte para tomar en forma decidida la hegemonía del aparato estatal. Pero a diferencia del Termidor carrancista —que significó la lucha abierta y vio-

⁵ *Varietades*, Lima, 27 de marzo de 1929; en José Carlos Mariátegui, *Temas de nuestra América*, Amauta, Lima, 1970, p. 60, subrayado mío.

⁶ *Varietades*, 19 de enero de 1929, loc. cit., p. 57.

lenta de la burguesía contra las masas rurales— esta segunda versión es un Termidor burocrático que abre la puerta a las formas más envilecidas de la lucha de clases: dudosos pactos y alianzas, asesinatos y corrupción. Los enfrentamientos de clases, que se agudizan, logran ser canalizados hacia el oscuro pacto de facciones que da nacimiento al Partido Nacional Revolucionario, ancestro del Partido Revolucionario Institucional.

Con el asesinato de Obregón se liquidó al Bonaparte que había detrás de Calles; esta situación obligó a éste a negociar de nuevo un pacto con los caudillos y caciques que cada vez con más nitidez reflejaban los intereses de una nueva burguesía ranchera enriquecida rápidamente durante los últimos años. Inmediatamente después del famoso discurso en el que anunció el advenimiento de la era institucional (el 10. de septiembre de 1928), Calles se reunió con los más importantes caudillos militares y logró un acuerdo político sobre la base de designar un presidente civil como su sucesor provisional. Mientras tanto, el nuevo secretario de Gobernación y futuro presidente —Portes Gil— echaba agua fría a la lucha contra la Iglesia, y sentaba así las bases para un *statu quo* con los latifundistas conservadores y la burguesía católica; todo ello santificado por la astuta intervención de Morrow, el embajador de Estados Unidos en México.

Para que la nueva alianza tuviese efecto, fueron sacrificados el movimiento agrarista y el movimiento obrero, los que a pesar de estar controlados parcialmente por dirigentes pequeñoburgueses y reformistas, hubieran podido constituirse en una fuente de antagonismos serios al interior del nuevo partido. Así, el Partido Nacional Agrarista fue castrado y purgado antes de entrar a la nueva coalición; la CROM y Morones, por su parte, fueron

puestos a un lado y languidecieron sin el apoyo del Estado; para nada fue tomada en cuenta la lucha de los obreros revolucionarios que al grito de “¡Viva la CROM! ¡Abajo su Comité Central!” intentaron formar un frente único proletario. El cisma se consolidaba, el Estado se separaba de la sociedad civil.

Aun cuando la solución a la crisis de 1928 no tiene un carácter bonapartista, es indudable que el nuevo sistema manifiesta la existencia de un acentuado caudillismo; aunque Calles no gobierna directamente, es indudable que ejerce un gran poder como “Jefe Máximo de la Revolución”. Se podría decir que el “maximato” que gobierna al país hasta 1934 es un bonapartismo institucionalizado; en esta paradoja se oculta una verdadera contradicción, pues la “institucionalización” del poder político provocó dos efectos: uno de ellos buscado y deseado por Calles, pero el segundo fue inesperado; el efecto esperado fue la liquidación del caudillismo a nivel de las altas esferas de la política (que se termina de consolidar con la derrota de las insurrecciones de Escobar, Aguirre, Manzo, Urbalejo y Caraveo en 1929). Pero lo que no esperaba Calles (más bien lo que no comprendió) fue que la nueva apariencia de autonomía del aparato estatal iba a cambiar la naturaleza del juego político; ahora las ciegas fuerzas de la sociedad civil ya no podían ni debían expresarse tan abierta y violentamente al nivel del Estado y del PNR; se creó un “efecto” de independencia de los grupos y personajes políticos, de tal forma que aun sin pisotear las todavía rudimentarias y elementales reglas del juego (“ser fiel al Jefe Máximo”, etcétera), se logró un proceso tan aparentemente incomprensible como el de la llegada a la presidencia de Lázaro Cárdenas.

El nuevo libre juego de intrigas vino

a sustituir las funciones que hubiese podido cumplir la democracia burguesa, en caso de no haber sido derrotadas las fuerzas populares y clausuradas sus posibilidades de expresión política independiente. No obstante, el "nuevo estilo" institucional permitió que las contradicciones de clase, las fricciones sociales y las inadecuadas relaciones de producción en algunos sectores se expresasen de manera más precisa como necesidades burguesas en el interior del Estado. Para decirlo de otra forma: el aparato político mexicano, al aumentar su aparente autonomía, se volvió más sensible a la realidad del país; debido a ello los regímenes de Portes Gil, Ortiz Rubio y Abelardo Rodríguez —a pesar de la estrecha vigilancia que sobre ellos ejercía Calles— se caracterizaron por una crisis política permanente y por una serie de vaivenes políticos que nunca lograron cristalizar en una línea definida. Pero la nueva "autonomía" no soportó el burdo caudillaje de Calles ni la conflictiva realidad social nacional, que veía agudizar sus contradicciones por los efectos de la crisis económica mundial. Así, la misma "institucionalización" impuesta por Calles fue la trampa en que sucumbió él mismo; pues no cabía liquidar al caudillismo como forma principal de manifestación de la lucha política sin sacrificar su propio papel como máximo y único caudillo.

II

El Estado mexicano no se define como burgués solamente por su propia dinámica interna, sino que adquiere ese carácter en la lucha de clases; es el desarrollo de la lucha de clases lo que permite que el Estado se convierta en el instrumento de poder de la burguesía. Sin embargo, las peculiaridades del surgimiento del

Estado moderno en México —en cuyo interior se desarrollaba una gran parte de las luchas sociales— han originado la ilusión de que es el Estado quien decide el carácter de la lucha de clases y quien decide su propio contenido clasista.⁷ Esta ilusión, que tanto ha contribuido a asegurar la hegemonía de la burguesía moderna, es una forma peculiar en que se manifiesta la estructura de mediación del Estado mexicano. Es una apariencia lograda por la institucionalización de las ilusiones de una conciliación de las contradicciones de clase.

Durante el periodo de reformas políticas que desemboca en la institucionalización "revolucionaria" de la burguesía, el Estado mexicano consolida su contenido burgués en un proceso de extraordinaria violencia y lucha entre clases sociales; este intenso proceso contempla el nacimiento de la lucha independiente y revolucionaria del campesinado y el proletariado, su derrota y sometimiento al nuevo orden burgués, y la creación de las bases para su incorporación posterior a la maquinaria burocrática estatal. El llamado populismo y reformismo del Estado mexicano, que se consolida durante el régimen de Lázaro Cárdenas, tiene por base y antecedente el aniquilamiento de la lucha obrera y campesina independiente; si la burguesía no hubiese previamente aplastado a las fuerzas populares y tomado en sus manos el control del aparato estatal, no hubiese podido en modo alguno realizar la reforma agraria y la nacionalización del petróleo con un grado

⁷ Por ejemplo: "El régimen político mexicano, régimen populista por obra de una revolución, es también, por supuesto, un régimen clasista. Este carácter aparece claramente, no tanto porque una clase se encuentre en el poder, sino porque el poder del Estado promueve de un modo específico los intereses de una clase." Arnaldo Córdova, *La formación del poder político en México*, Ed. Era, México, 1972, p. 62, subrayados míos.

tan elevado de seguridad para su propia hegemonía y sin modificar la estructura no democrática del Estado.

La época termidoriana que se inicia con la crisis de 1928, y que se extenderá hasta 1934, no es simplemente un proceso de reacomodo de las facciones políticas al interior del Estado; es fundamentalmente el resultado de las luchas sociales, y la expresión de la ruptura del pacto bonapartista, que había logrado Obregón, entre la burguesía revolucionaria y las masas populares. Esta ruptura no se produce por la voluntad del Estado, sino por la agudización de las contradicciones de clase.

El mismo pacto obregonista surgió a causa de las fuertes contradicciones que se agudizaron bajo el gobierno de Carranza. Este último no sólo había dejado abierta la dolorosa herida de un movimiento campesino derrotado, que las promesas de la ley del 6 de enero de 1915 no lograron cicatrizar, sino que bajo su presidencia se intensificaron las luchas obreras. Desde 1918, año en que en Saltillo se organizó la primera central obrera a escala nacional (la CROM), el país vivió sacudido por una serie, en constante aumento, de luchas y huelgas obreras. La dirección de la CROM fue tomada por Luis N. Morones, un taimado dirigente obrero que supo sacar provecho de su habilidad para la intriga y su fogosa demagogia; estas cualidades personales se sumaron a la explotación del nacionalismo, en base al prestigio que había adquirido Morones en las negociaciones que en 1916 se sostuvieron con Estados Unidos a propósito de una violación de la soberanía mexicana en El Carrizal; gracias al apoyo de Gompers, máximo dirigente de la AFL (American Federation of Labor), Morones contribuyó a disuadir las intenciones agresivas del presiden-

te Wilson. Aunque en realidad allí Morones inició su larga carrera proimperialista y su pacto con el movimiento obrero reformista, logró hacerse pasar por el héroe que había salvado a México de la intervención militar norteamericana. La alianza entre la CROM de Morones y el obregonismo fue un elemento importante de equilibrio político, pues permitió marginar y reprimir al sector independiente y revolucionario del movimiento obrero, que apenas estaba comenzando a salir de su larga inmersión en el anarco-sindicalismo. Esta alianza se consagró en la organización del Partido Laborista Mexicano (PLM) apoyado por caudillos más o menos reformistas como Emilio Portes Gil, Francisco Serrano y Felipe Carrillo Puerto, y en un famoso "pacto secreto" entre este partido y Obregón; el PLM no era más que la cara política de la CROM y el "pacto secreto" preveía —entre otras cosas— la creación de una Secretaría del Trabajo y la cesión de este ministerio a "una persona identificada con los intereses obreros" (Morones aspiraba al cargo, que por cierto no le fue concedido).⁸

De esta manera, gracias al reformismo de la CROM, Obregón pudo llevar a cabo *una política antiobrera con respaldo obrero*; Morones no sólo le dio una dirección reformista al movimiento obrero, sino que hizo de la CROM un instrumento del gobierno para reprimir a la clase obrera. Morones mismo podía ser controlado fácilmente con unas cuantas monedas y dando libertad a su corrupción insaciable, gracias a que el movimiento obrero en

⁸ En cambio, Obregón le dio la superintendencia del Departamento de Establecimientos Fabriles y Militares, que le permitió enriquecerse rápidamente; además le confirió el dudoso honor de viajar a Washington, en 1920, a asegurarle a Wilson que el nuevo gobierno no intentaba dañar los intereses financieros norteamericanos en México.

México carecía de madurez y experiencia, y se caracterizaba por un gran atraso político e ideológico; además, la clase obrera constituía un sector aún muy pequeño —con fuertes tintes artesanales— inmerso en un país esencialmente agrario.

La alianza entre el obregonismo y el movimiento campesino tuvo un carácter muy diferente; el agro mexicano era el nudo de contradicciones que había despertado al movimiento revolucionario de 1910, era el teatro de todas las operaciones militares importantes y constituía la base económica del país. La alianza con y el control del campesinado atravesaba por una cadena extraordinariamente compleja de intermediarios, que aseguraban el precario equilibrio; equilibrio, por cierto, bastante inestable a causa precisamente del carácter de dichos intermediarios.

Estos intermediarios, quienes junto con Morones y los rancheros-militares de Sonora formaban el núcleo del bloque heterogéneo Obregón-Calles, estaban conformados por dos grandes grupos: a) los representantes de un primitivo agrarismo burgués, ponderadamente reformistas y moderadamente cristianos, dirigidos por Antonio Díaz Soto y Gama y organizados en el Partido Nacional Agrarista; b) los caudillos radicales, representantes de la pequeña burguesía rural, fuertemente atraídos por las ideas socialistas: Adalberto Tejeda, Francisco Múgica, Lázaro Cárdenas, Emilio Portes Gil, Felipe Carrillo Puerto, José G. Zuno, Manlio Fabio Altamirano, Heriberto Jara, Tomás Garrido Canabal, etc.

El Partido Nacional Agrarista (PNA) constituye fundamentalmente la versión "civil" del caudillismo militar obregonista; representa exactamente los mismos intereses —los de la burguesía ranchera—,

pero bajo una forma más refinada e intelectual. Al igual que su contraparte militar, el grupo encabezado por Soto y Gama está impregnado de posiciones pequeñoburguesas; el PNA es el zapatismo sin Zapata, es el agrarismo revolucionario pasado por el cedazo de los intereses de la burguesía. Pero su extraordinario valor, para el grupo hegemónico, es precisamente el hecho de que representa —a los ojos de una parte del campesinado— los ideales de Emiliano Zapata. El PNA es usado por el gobierno de Obregón principalmente como *instrumento ideológico* y como medio de atracción, no tanto como medio de organización. Este sentido tiene el Primer Congreso Nacional Agrarista, celebrado bajo los auspicios de Obregón en mayo de 1923 y organizado por Díaz Soto y Gama, en donde él y Lombardo Toledano tuvieron algunas dificultades para bloquear las demandas campesinas de acción directa contra los terratenientes, para imponer en cambio proposiciones sobre la legislación agraria.

Mucho más importante en la consolidación de la "alianza variopinta", como definió Mariátegui al bloque Obregón-Calles, fueron los caudillos radicales; ellos representaban a la pequeña burguesía rural del sur y del centro de México, la cual tenía muchas más dificultades que su contraparte norteña en abrir el cauce a las nuevas relaciones de producción capitalistas en el campo. Debido a ello, este grupo tenía mucha mayor conciencia de la necesidad de realizar una reforma agraria que destruyese las formas atrasadas porfiristas de concentración de la tierra, y se daba cuenta de que la transformación del agro sólo podía darse en base a una alianza con las masas rurales. En todos los casos, estos caudillos radicales organizaron y fomentaron grupos políticos dinámicos y combativos que

cumplieron un papel de gran importancia en la transformación social y económica del país. Así, Felipe Carrillo Puerto, gobernador de Yucatán, canalizó el intenso movimiento agrario y sindical hacia la organización de las combativas Ligas de Resistencia y hacia la consolidación del Partido Socialista del Sureste. Al mismo tiempo, el general Francisco Múgica, apoyado por la Federación de Sindicatos Obreros y Campesinos, y por el Partido Socialista Michoacano, se enfrenta violentamente a los poderosos hacendados michoacanos en una lucha por la gubernatura del Estado; aunque pierde la gubernatura, el movimiento de masas rurales cristaliza en una Liga de Comunidades y Sindicatos Agrarios de Michoacán (fundada en 1922). Asimismo, el gobernador de Veracruz —Adalberto Tejeda— propicia abiertamente la organización de la Liga de Comunidades Agrarias y Sindicatos Campesinos del Estado de Veracruz, dirigida por Ursulo Galván y orientada por el Partido Comunista Mexicano; fue esta Liga, sin duda, la que logró canalizar con mayor combatividad las luchas campesinas y sentar las bases para la organización a escala nacional de las masas rurales.

A diferencia de lo que fue posteriormente, la cadena de mediaciones políticas entre el grupo hegemónico burgués y las masas campesinas y obreras canalizaba con gran violencia y vigor las formas más activas de la lucha de clases. Un gran número de sindicatos obreros y de ligas campesinas eran más que simples instrumentos del Estado; combatían por los intereses de las clases que representaban con creciente audacia y autonomía. La alianza del proletariado y el campesinado con el grupo Obregón-Calles, que se instrumenta principalmente por medio de los caudillos radicales, el PNA y la CROM,

fue una alianza llena de tensiones, convulsiones y escaramuzas; fue una alianza *bonapartista* llena de todas las contradicciones características del equilibrio de fuerzas. Se trataba, por lo tanto, de una *forma transitoria* de unidad: mantenía en su interior las condiciones para la agudización de la lucha de clases en su expresión revolucionaria; pero contenía también las semillas de una estructura de mediación, es decir, las bases para el anquilosamiento y fijación de la lucha de clases y su desviación hacia canales burocráticos preestablecidos. Fueron las luchas de clase que ocurrieron entre 1920 y 1935, junto con la fuerza y experiencia acumulada durante el proceso revolucionario de 1910-20 por cada fracción de clase, las que decidieron el camino. La revolución mexicana había dotado —por decirlo así— de una carga histórica y de una memoria colectiva a cada una de las clases sociales; el proletariado y el campesinado cargaban, respectivamente, una historia de alianzas con la burguesía (Batallones Rojos carrancistas) y una secuela de derrotas sangrientas (Zapata, Villa), que eran un lastre en el lento proceso de adquisición de una conciencia y organización revolucionarias. La burguesía, por su parte, tenía frente a sí el problema de lograr la *unidad de la clase dominante*, fragmentada en múltiples facciones durante el proceso revolucionario; pero en cambio gozaba del prestigio de sus victorias militares, contaba con la posibilidad —y la necesidad— de llevar a cabo reformas económicas y sociales para, por ejemplo, liquidar al latifundismo, y podía, en fin, utilizar como elemento de cohesión el enfrentamiento de los intereses nacionales a los intereses imperialistas extranjeros. Frente a la burguesía las clases populares no carecían de fuerza acumulada: el campesinado fue siempre

el espectro de la violencia agrarista, base de la revolución de 1910; la clase obrera absorbía con extraordinaria rapidez las enseñanzas del socialismo y comenzaba a guiar las luchas campesinas.

Las intensas movilizaciones y combates de las masas rurales fueron desembocando en organizaciones cada vez más importantes; los nuevos líderes y sus organizaciones recibieron un gran impulso durante la lucha contra el levantamiento delahuertista, apoyado por los hacendados. Sin embargo, al mismo tiempo, esta lucha condujo a estrechar la liga entre el gobierno obregonista y el campesinado, con lo cual se fortaleció el poder manipulador del Estado, aunque también le arrancó concesiones importantes (repartos de tierra sobre todo). Obregón y Calles lograron derrotar a De la Huerta en gran medida gracias al apoyo del movimiento campesino; por otro lado, el fruto más importante de las intensas luchas agrarias fue la creación, en 1926, de la poderosa Liga Nacional Campesina, bajo la dirección del Partido Comunista y encabezada por Ursulo Galván, Luis G. Monzón, Diego Rivera, Rodríguez Triana y J. Guadalupe Rodríguez.

Por otro lado, uno de los episodios más dramáticos de este periodo fue, indudablemente, la *cristiada*. Entre 1926 y 1929 el campesinado mexicano ve crecer y fortalecerse a un gobierno que le ha arrebatado su revolución, que cada vez que gana una batalla con ayuda de las masas rurales le paga el servicio con la represión y el asesinato, que le arrebatara las mismas consignas que ha creado y que, por último, profana el último reducto espiritual en el que se han refugiado sus sectores más atrasados: la religión. El movimiento cristero tiene por base de apoyo al campesino más atrasado, manipulado por la burguesía más retardataria. El go-

bierno de Calles desencadenó con la guerra cristera la forma más degradada de la lucha de clases, grandiosa en su abyección, en la que el Estado burgués se mostró anticampesino hasta en su lucha contra los terratenientes reaccionarios. La versión mexicana del Terror, magnífica en su vulgaridad, se ensañó en la utopía medieval y en la imagería piadosa de unos campesinos que se revolcaron violentamente en los intersticios que dejó abiertos el desfase entre las reformas políticas y las reformas socioeconómicas del nuevo Estado, y que por ello fueron lanzados a los brazos de la oligarquía católica porfirista. La guerra cristera significó un enorme desangramiento y una gran desorientación para las masas rurales, sobre las cuales la nueva burguesía aún no tenía idea clara del lugar que debían ocupar en el nuevo modelo político que se institucionalizaba. Lo que sí veía con claridad era la necesidad de, primero, impedir la unificación del campesinado; segundo, bloquear su alianza con la clase obrera; y tercero, frenar su radicalización. La guerra cristera cumple una función importantísima en el logro de estos objetivos, pues se constituye en un factor de cohesión de todas las facciones burguesas revolucionarias al interior del nuevo Estado, contra los intereses de la oligarquía terrateniente porfirista; también permite la atracción de la parte radicalizada del campesinado hacia el nuevo proyecto burgués, frenando así una mayor radicalización que podría conducir a su alianza con la clase obrera. El gobierno de Calles y sus tres presidentes peleles se concentró primero (1926-29) en el combate contra los campesinos cristeros; una vez derrotados éstos, se dedicó a liquidar a los campesinos radicales (1929-34). Contra los primeros luchó en nombre del socialismo; contra los segun-

dos en nombre de la libertad burguesa. El resultado fue que no se estableció en el sistema político mexicano ni el socialismo ni la libertad, sino la dictadura institucional de la burguesía.

Durante la crisis política de 1928-29 el movimiento campesino radical —a pesar de encontrarse fortalecido por las luchas de los últimos diez años— mostró que no había arraigado en él una orientación verdaderamente proletaria y que su alianza con el bloque Obregón-Calles había provocado una inevitable gravitación de su órgano más combativo, la Liga Nacional Campesina, hacia posiciones pequeñoburguesas. En efecto, la Liga no comprendió que la “institucionalización” a la que Calles apeló después del asesinato de Obregón significaba nada menos que la ruptura del bonapartismo obregonista y el inicio de la represión del movimiento popular; ciertamente la situación política en 1929 se asemejaba a la de 1923: el levantamiento de Escobar, Aguirre y otros militares era la segunda versión del alzamiento delahuertista. La diferencia radicaba en que el gobierno de 1929 no era el de 1923, pues la hegemonía burguesa se había fortalecido considerablemente detrás del Jefe Máximo. El Partido Comunista se dio cuenta, tardíamente, de este cambio; en *El Machete* del 20 de julio de 1929 se declaraba con amargura: “Ciertamente, al comenzar la lucha contra Escobar y compañía, el gobierno logró engañar al pueblo y aparecer desempeñando un papel revolucionario... Esta ciega confianza en las palabras bonitas de sus enemigos la está pagando ahora el pueblo trabajador con la represión y con la sangre de los camaradas Rodríguez y Gómez... [el Partido Comunista] cometió el error gravísimo de luchar SOLAMENTE contra Escobar y compañía, de luchar junto al gobierno

de Portes Gil y Calles, aliado al imperalismo yanqui. Sin poder prever una tan rápida transformación del gobierno en un gobierno contrarrevolucionario; sin poder adivinar detrás de la fraseología revolucionaria de Calles al futuro asesino de los comunistas y de los campesinos revolucionarios sin partido...”

La crisis política que desencadena el asesinato de Obregón es aprovechada por el gobierno callista para resolver la contradicción que crecía incesantemente en el interior del aparato estatal y que era parte de la intensificación de la lucha de clases en todo el país. Las fuerzas revolucionarias populares, dirigidas por el Partido Comunista, se estaban reagrupando en un Bloque Obrero-Campesino compuesto por la Liga Nacional Campesina y por la parte del movimiento obrero no controlada por Morones organizada en la Confederación Sindical Unitaria de México (CSUM) fundada en enero de 1929. A mediados de ese año el gobierno desencadena la represión, que coincide con la agudización en México de los efectos de la gran crisis económica mundial; la Liga Nacional Campesina se divide: su dirigente más importante, Ursulo Galván, que se ha aliado estrechamente a Adalberto Tejeda y se niega a luchar contra la represión callista, es expulsado del Partido Comunista y arrastra a una gran parte del movimiento campesino (especialmente a la parte veracruzana). Otra fracción de la Liga queda organizada en torno a Graciano Sánchez, quien dirige el ala más oportunista del campesinado y logrará, en 1933, fundar —con el apoyo de caciques como Saturnino Cedillo, Gonzalo N. Santos y Portes Gil— la Confederación Campesina Mexicana (CCM), precursora de la actual Confederación Nacional Campesina (CNC) que se ha convertido en un apéndice del Estado.

Otra parte del campesinado organizado se mantiene en posiciones radicales y se integra a la CSUM dirigida por el Partido Comunista. El Estado ha demostrado su carácter burgués no sólo al nivel de las instituciones y de su orientación política, sino también —y fundamentalmente— en el áspero terreno donde se decide la historia: en la lucha de clases. El Estado mexicano logró quebrar el espinazo de la organización independiente de las masas rurales.

En cambio, paralelamente, la burguesía se organizaba y se disponía a consolidar sus canales de comunicación con el Estado. Los empresarios, en 1929, fundaron la Confederación Patronal de la República Mexicana (COPARMEX) y comenzaron a prepararse para defender sus intereses en relación al proyecto de Ley Federal del Trabajo (que se aprobó en 1931). Por otro lado, los comerciantes —que desde 1917 habían creado la Confederación de Cámaras Nacionales de Comercio (CONCANACO) ya en 1927 se habían consolidado como *parte misma del Estado*, como lo declara orgullosamente su cronista oficial: la CONCANACO había logrado “que sus delegados y representantes figurasen en todas las ramas de la administración pública, donde debían ser tomadas en cuenta sus opiniones... , tanto el Ejecutivo Federal como las Secretarías de Estado, no sólo permitieron que la Confederación enviase al seno de sus actividades a sus representantes, sino que concedieron a éstos la prerrogativa de formar parte de los tribunales o comisiones dependientes de esas mismas Secretarías de Estado”.⁹ La burguesía industrial, cuya actividad durante esta época merece-

ría un largo estudio, se había mantenido cuidadosamente agazapada; aun cuando el sabor fuertemente agrario de la lucha política la había obligado a replegarse y marginarse políticamente, había aprovechado con astucia todos los resquicios abiertos por el proceso de domesticación de la revolución.

El proceso político que vivió México durante los años veintes y principios de los treinta significó no sólo la institucionalización de la burguesía, sino también el origen de la absorción de la parte “domesticada” del movimiento popular por parte del Estado, y la expulsión y represión de su parte revolucionaria. Se ha dicho más arriba que el Estado va al encuentro de su naturaleza clasista en virtud de la lucha de clases; a esto hay que agregar que durante los años veintes el Estado mismo fue el escenario más importante de la lucha de clases, y que la burguesía requería urgentemente una “limpieza” de lo que se convirtió en su hogar político natural. Las convulsiones políticas al interior del Estado no fueron un simple “reflejo” de la lucha de clases, sino la misma lucha de clases instalada —en toda su grandeza y con toda su violencia— al interior del propio Estado. La “limpieza” que requiere la burguesía se materializa a partir de 1929 en una sangrienta disección que separa al Estado de la sociedad civil; que establece una frontera entre las formas burocratizadas (“legítimas”) de la lucha de clases y sus formas revolucionarias.

De esta manera, bajo la dirección de Calles, a mediados de los años treinta el Estado mexicano ya ha adquirido la forma que se vislumbraba en 1920: el Estado no democrático de la revolución burguesa y el Estado burgués de la revolución campesina, fusionados bajo una misma estructura política. Lo único que restó del

⁹ Julio Riquelme Imda, *Cuatro décadas de vida, 1917-1957, CONCANACO*, México, 1957, p. 20; citado por M. A. Alcázar, *Las agrupaciones patronales en México*, El Colegio de México, Jornadas, p. 37.

carácter democrático de la revolución mexicana —de la intensa participación popular en el proceso— fue la incorporación al aparato estatal de las formas mediatizadas de la lucha de clases, que vinieron a sustituir las funciones de la democracia burguesa. Afuera, alrededor del Estado, quedaron esparcidas las cenizas calientes del movimiento popular derrotado. Pero en la historia, como en la mitología, las cenizas ocultan semillas no destruidas.

BIBLIOGRAFIA

Puesto que este texto no es el resultado de un trabajo de rescate de información desconocida, sino que es el fruto de un ensayo de interpretación, citaré aquí solamente los textos de los cuales he tomado directamente datos y aquéllos que a mi juicio contienen ideas interesantes que he tomado en cuenta directa o indirectamente. No se incluyen los que ya han sido citados en el texto. Debo señalar que muchas de las ideas contenidas aquí han sido discutidas ampliamente con mis colaboradores Ariel Contreras, Manuel Coello y Jorge Gutiérrez, a quienes además debo una considerable ayuda en el desarrollo de la investigación.

Alessio Robles, Miguel, *Historia política de la Revolución*, tercera edición, Ed. Botas, México, 1946, 393 pp.

Agetro, Leafar [Ortega, Rafael], *Las luchas proletarias en Veracruz. Historia y autocrítica*, Ed. Barricada, Jalapa, 1942, 275 pp.

Alisky, Marvin, *The Governors of Mexico*, Southwestern Studies, Monograph No. 12, vol. III, No. 4, 1965, 31 pp.

Amaya, Gral. Juan Gualberto, *Los gobiernos de Obregón, Calles y regímenes "peleles" derivados del callismo, tercera etapa, 1920 a 1935, s/e*, México, 1947, 458 pp.

Brandenburg, Frank R., *The making of Modern Mexico*, Prentice-Hall, Inc., Englewood Cliffs, New Jersey, 1964, 379 pp.

Buford, Camille Nick, *A Biography of Luis N. Morones, Mexican Labor and Political Leader*, dissertation, Louisiana State University, 1971, 323 pp.

Cabrera, Luis, *Veinte años después (El balance de la revolución; la campaña presidencial de 1934; las dos revoluciones)*, Ed. Botas, México, 1938, 412 pp.

Córdova, Arnaldo, *La ideología de la Revolución Mexicana*, Ed. Era, México, 1973, 502 pp.

Dulles, John W. F., *Yesterday in Mexico. A Chro-*

nicle of the Revolution, 1919-1936, University of Texas Press, Austin, 1961, 805 pp.

Fowler, Heather, *The agrarian revolution in the state of Veracruz, 1920-1940: the role of peasant organizations*, dissertation, The American University, Washington, 1970, 602 pp.

Friedrich, Paul, *Agrarian revolt in a Mexican Village*, Prentice-Hall, Inc., New Jersey, 1970, 158 pp.

Fuentes Díaz, Vicente, *Los partidos políticos en México*, Ed. Aitiplano, 2a. edición, México, 1969, 398 pp.

Gómez, Marte R., *La reforma agraria en México. Su crisis durante el período 1928-1934*, Ed. Manuel Porrúa, México, 1964, 128 pp.

Gómez Jara, Francisco A., *El movimiento campesino en México*, Confederación Nacional Campesina, México, 1970, 333 pp.

Hoffman, Abraham, *The repatriation of Mexican Nationals from the United States during the Great Depression*, Ph.D. Thesis, University of California, 1970, 271 pp.

Huizer, Gerrit, *La lucha campesina en México*, Centro de Investigaciones Agrarias, México, 1970, 111 pp.

Iglesias, Severo, *Sindicalismo y socialismo en México*, Ed. Grijalbo, México, 1970, 195 pp.

Kirshner, Alan M., *Tomás Garrido Canabal and the Mexican Red Shirt Movement*, dissertation, New York University, 1970, 301 pp.

Larin, Nicolás, *La rebelión de los cristeros (1926-1929)*, Ed. Era, México, 1968, 260 pp.

Liewen, Edwin, *Mexican Militarism. The political Rise and Fall of the Revolutionary Army, 1910-1940*, The University of New Mexico Press, Albuquerque, 1968, 194 pp.

Márquez Fuentes, M. y Rodríguez Araujo, O., *El Partido Comunista Mexicano (en el período de la Internacional Comunista: 1919-1943)*, Ed. El Caballito, México, 1973, 372 pp.

Meyer, Jean, *La révolution mexicaine, 1910-1940*, Ed. Calman-Lévy, París, 1973, 325 pp.

Meyer, Jean, *La Cristiada*, Ed. Siglo XXI, México, 1973, 3 tomos.

Neymet, Marcela de, *La CNC, los campesinos y el Estado*, mecanografiado, Instituto de Investigaciones Sociales, México, 1974, 228 pp.

Portes Gil, Emilio, *Autobiografía de la revolución mexicana. Un tratado de interpretación histórica*, Instituto Mexicano de Cultura, México, 1964, 865 pp.

Ramos Pedrueza, Rafael, *La lucha de clases a través de la historia de México*, Secretaría de Educación Pública, México, 1936, 2 tomos.

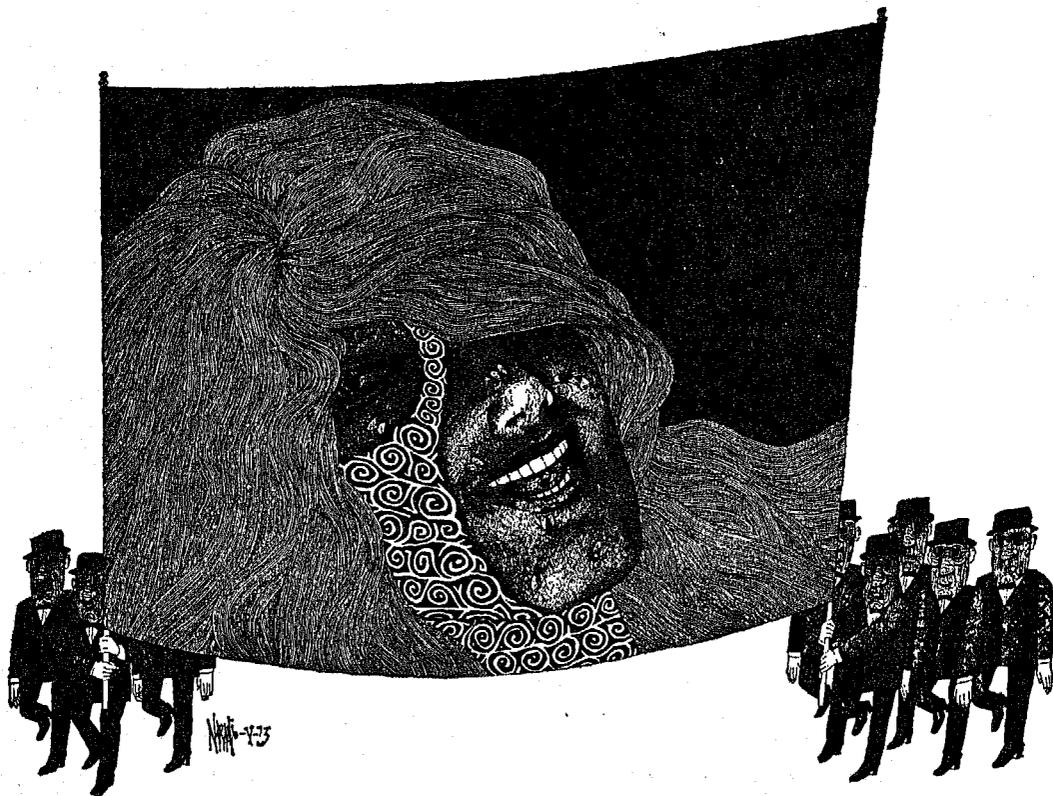
Rodríguez, Gral. Cristóbal, *La Iglesia católica y la rebelión cristera en México (1926-1929)*, Ed. La Voz de Juárez, México, 1960, 336 pp.

Salazar, Rosendo y Escobedo, José G., *Las pugnas de la gleba, 1907-1922*, Ed. Avante, México, 1923, 2 tomos.

Semo, Enrique, "El gobierno de Obregón, la deuda exterior y el desarrollo independiente de México", en *Historia y sociedad*, No. 2 (primera época), México, 1965, pp. 25-49.

Valadés, José C., *Historia general de la Revolución Mexicana*, M. Quesada Brandl Ed., Cuernavaca, 1967, 10 tomos.
Vasconcelos, José, *Breve historia de México*, Cía. Editorial Continental, México, 1956, 565 pp.
Wilkie, James W. y Wilkie, Edna Monzón de, Mé-

xico visto en el siglo XX. *Entrevistas de historia oral*, Instituto Mexicano de Investigaciones Económicas, México, 1969, 770 pp.
Zevada, Ricardo J., *Calles, el presidente*, Ed. Nuestro Tiempo, México, 1971, 171 pp.



La crisis económica en México

Sergio de la Peña

La actual crisis ha cobrado algunas nuevas características a consecuencia del desarrollo capitalista. Ciertamente se desprenden de tendencias existentes desde 1929 y que en estas cuatro décadas se han consolidado.

1. Características de la crisis capitalista actual.

Los elementos esenciales del surgimiento y desarrollo de las crisis capitalistas han sido establecidos en la teoría marxista desde hace mucho tiempo. Las causas centrales se desprenden principalmente de la falta de correspondencia entre relaciones productivas y distributivas. Ha sido ampliamente estudiado a este respecto el peso de cuestiones tales como los procesos de acumulación, las relaciones de explotación, la forma de toma de decisión de los procesos productivos, la vigencia de las relaciones de propiedad de medios de producción y productos, todas las cuales son componentes en la formación de la crisis.

La solución de la crisis consiste en alcanzar un nuevo ajuste para reiniciar la expansión capitalista. En esencia reside esa operación en la acción de dos meca-

nismos que actúan simultáneamente, alimentando con ello la lucha de clases. Esta a su vez determina los límites y la forma de operación de dichos mecanismos:

—*Ajuste de relaciones y estructuras productivas y distributivas.* En el caso de la esfera productiva consiste en la destrucción masiva de empresas (por vía del derrumbe de su demanda) y en el surgimiento eventual de algunas nuevas.

En el caso de la esfera distributiva tienen lugar alteraciones profundas en el nivel y distribución del ingreso. Esas alteraciones son causadas por la contracción de la ocupación y del salario real, así como por la caída de la tasa de ganancia en la inmensa mayoría de las empresas y por su elevación en otras. El proceso de ajuste desemboca en el estímulo a la renovación de la inversión por el incentivo de una tasa de ganancia que se eleva y por el surgimiento de capitalistas más aventurados. Tal proceso se ve reforzado poderosamente por el gasto deficitario público y privado encaminado, no sólo a incre-

mentar artificialmente la demanda, sino también a modificar su composición.

—*Abatimiento de la tasa de salarios.*

La clausura de centros de trabajo por la contracción de la actividad económica y la competencia de obreros por ocuparse ha sido el mecanismo tradicional para degradar el salario. Se establece así un nivel menor del salario relativo que garantiza una elevada ganancia al capital, el cual en consecuencia renueva la expansión de la producción, dentro de un proceso acumulativo, ayudado por la inventiva, por el crédito, etc.

En la actualidad estos dos mecanismos se han alterado por varias causas que operan en diversos sentidos.

La primera causa es el avance del poder de la clase obrera, que impone límites económicos y políticos a la degradación del salario.

La segunda causa consiste en la expansión extraordinaria del crédito, lo que supone la posibilidad de la burguesía de girar sobre valor futuro. Esto facilita y amplifica la operación del capitalismo, incluyendo la multiplicación de procesos productivos, pero también acentúa la explotación del trabajo al pagarlo, en parte, con promesas de valor futuro aún no creado ni realizado. Esta operación se expresa monetariamente en forma de una inflación permanente que, por leve que sea, actúa contra el salario.

Una tercera causa de alteración de los mecanismos de ajuste consiste en la extensión de la interdependencia internacional, que permite un grado de compensación de algunos factores de la crisis (monetarios, comerciales, etc.). Ello sucede principalmente a través de la imposición de precios, financiamientos o acuer-

dos de ayuda, como es el caso en la esfera monetaria entre Estados Unidos y el resto de los países capitalistas.

Un cambio notable que surge por la influencia de las causas antes mencionadas, es la combinación de deflación con inflación como forma de expresión de la crisis. Esta combinación, en parte, facilita la degradación del salario (por desocupación e incremento de precios). También impone limitaciones a algunas políticas de estímulo de la demanda a través de la expansión del gasto deficitario, sea éste público o privado, siempre encaminadas, en última instancia, a incrementar la tasa de ganancia.

Debe subrayarse que en todos los casos la terminación de la crisis, al llevarse a efecto los ajustes, supone la elevación de la productividad (o sea de la explotación), de la acumulación, de la ocupación, del consumo, del crédito, etc. En fin, el capitalismo inicia un estadio más elevado del desarrollo, incluyendo desde luego la gestación de una crisis más intensa y una lucha de clases más brutal y exitosa.

2. Particularidades de la crisis en México.

En el conjunto de países capitalistas operan los mecanismos de la solución de la crisis antes señalados. La diferencia en México y en otras naciones de capitalismo tardío con un grado relevante de industrialización, consiste en que operan con otra intensidad y que además se encuentran presentes algunos elementos adicionales y ausentes otros.

Empecemos por lo más sencillo, como es el grado de integración internacional. Resulta evidente la afirmación de que, no siendo México un país hegemónico, sólo constituye una de tantas naciones terminales del sistema capitalista por lo que

está más en condiciones de dar cooperación internacional que de recibirla. En consecuencia, está casi incapacitada para transmitir o imponer parte de la crisis al exterior, o para encontrar apoyo para la compensación de desequilibrios. Por ahora sólo se beneficia de la enorme oferta de financiamiento internacional. Pero debe aclararse que ésta no es producto del apoyo, sino de la tendencia a la eclosión de oportunidades de inversión en otras economías, de la enorme expansión mundial del crédito y de la liquidez, y de la búsqueda desesperada de los países industrializados de mercados donde colocar, aunque sea a crédito, los grandes excedentes de productos manufacturados.

El gasto deficitario se ha extendido ampliamente en México (pasa el crédito interno total del 20 al 50% del producto entre 1950 y 1972).¹ Sin embargo esto sucede dentro de una economía que adolece de importantes deficiencias productivas. Por tal razón resulta que el efecto inflacionario "básico" (o sea el mínimo, que no puede reducirse aun en las mejores condiciones), sea más elevado que en países industrializados. En contraste, será y es menor que en el caso de países con estructura productiva con menor correspondencia con la demanda interna.

Por su parte, el mecanismo de degradación del salario se forma en México no sólo por el aumento en la desocupación sino también por el poderoso y tradicional componente inflacionario (el ajuste salarial por debajo del incremento de precios), y por el extraordinario efecto amortiguador de la lucha salarial y política que ejerce la enorme masa subocupada y desocupada.

En efecto, una de las características no-

¹ Cálculo con cifras del Banco de México citadas en NAFINSA, *La economía mexicana en cifras*, México, 1974, pp. 24 y 267.

tables del conjunto de países adentrados en el capitalismo tardío, es la incapacidad de la burguesía para explotar plenamente las fuerzas productivas que tiene a su alcance. Esto proviene de que se trata todavía de un capitalismo incipiente, primitivo, con limitaciones en el desarrollo de las relaciones de producción. Algunos teóricos burgueses han atribuido esta incapacidad a la ausencia de factores empresariales (falta de iniciativa), o a deficiencias mentales y emotivas en su disposición para acumular. Ambas afirmaciones son acertadas, pero incompletas en la medida que centran el problema en la voluntad del empresario.

En realidad, el proceso complejo y largo, que subyace en la formación del capitalismo, rebasa a las voluntades individuales. Para entender este proceso es necesario hacer consideraciones sobre la acumulación, la producción, la explotación, la administración pública, la organización política y la estructura legal, entre otras cuestiones, pero principalmente sobre la profunda transformación social del capitalismo que conduce a considerar como objetivo central la obtención de la máxima ganancia mediante la explotación del trabajo asalariado.

La incapacidad actual de la burguesía en México para incorporar a la explotación capitalista a la totalidad de las fuerzas productivas, se expresa en la reconocida desocupación y subocupación del trabajo, en la expansión monstruosa de las actividades improductivas y por el correspondiente fenómeno masivo de la "marginalidad" urbana y rural. Ello forma la base del ejército de reserva, pero alcanza tal magnitud que rebasa los límites capitalistas del ejército necesario en "acción", o sea el que presiona directamente para mantener los salarios bajos. En cambio esa masa excedente forma la

reserva del ejército de reserva, por cuanto entra en operación mediante su incidencia directa sobre el mercado de trabajo en el momento infrecuente en que el ejército de reserva tiende a reducirse por efecto de la eventual elevación de la ocupación.

La gran desocupación y las formas que cobra se deben en parte a la presencia de grandes núcleos rurales que el capitalismo aún no incorpora a la explotación. Parte de esos núcleos procura, en su lucha por subsistir, formas de producción que se apartan en diverso grado de las capitalistas. Sin embargo el desarrollo capitalista es un proceso dinámico, no necesariamente lineal, que tiende a imponer la operación generalizada de la ley del valor. Esto es, la tendencia incontenible, aunque lenta, es hacia el establecimiento de relaciones capitalistas por parte de una burguesía en formación. Estas relaciones pueden tener particularidades locales, pero en todo caso se sustentan en abiertas y claras relaciones de explotación capitalistas.

Ahora bien, en la medida en que el proceso de proletarización del trabajo no afectó a la parte sustantiva del campesinado en México, era imposible la proletarización generalizada del trabajo por cuanto esa enorme masa campesina operaba a manera de amortiguador social. Esto es, la generalización del trabajo asalariado no podía traducirse en una verdadera proletarización (o sea, la formación de la clase obrera que actuase como tal), mientras operase como enorme reserva del ejército de reserva la gran masa de campesinos semiproletarizados.

Desde mediados de la década de los años sesentas se empieza a delinear finalmente la superación de los poderosos efectos de la política de mediatización agraria,

al terminarse las tierras distribuíbles. Ello ha conducido cada vez más a destruir el sentido campesino del trabajo agrícola al imponer la creciente desvinculación de éste con la parcela.

Debe considerarse que, a pesar de que aún no se alcanza la condición en la que la mayoría del trabajo en el campo sea asalariado (a pesar de que existen tres millones de jornaleros), tampoco es necesaria para establecer el carácter capitalista de la explotación. Basta con que esta forma de explotación del trabajo corresponda al núcleo preponderante para la reproducción del aparato productivo agrícola y que aporte el sustento agropecuario al sistema nacional.

La mayoría de los actuales campesinos sobreviven más por los ingresos obtenidos mediante los trabajos asalariados que realizan (sea en el agro o en centros urbanos), que de las magras cosechas que obtienen. Obvio es que gradualmente pierdan peso en la determinación clasista de las luchas rurales campesinas a cambio de cobrarlo del lado de la clase obrera.

Se puede adelantar la hipótesis de que el efecto del notable cambio en las relaciones productivas y clasistas preponderantes en la agricultura incide también sobre la mano de obra que migra hacia centros urbanos. Gradualmente se transforma el carácter de la influencia que ejerce, ya que empieza a reforzar la formación clasista urbana, en vez de diluirla.

Sin embargo, las anteriores son apenas tendencias de un cambio que se inicia. Actualmente las enormes masas de marginales urbanos y rurales, que padecen elevada subocupación y desocupación aun sin crisis, constituyen un formidable amortiguador que absorbe casi sin protesta los efectos depresivos mediante la contracción de su consumo.

3. La magnitud de la crisis en México.

En México se observa con claridad que la crisis se desarrolla con un atraso de alrededor de seis meses con respecto a los Estados Unidos. Ello se debe probablemente a la inercia de su mercado interno, a la autonomía relativa de las importaciones en relación a las variaciones de las exportaciones (por el financiamiento externo), así como a los efectos amortiguadores de la masa de subocupados.

En efecto, se puede fácilmente constatar que México continuó su crecimiento por un tiempo más, después de la contracción de la economía norteamericana en 1970, cuando decreció el producto en 0.4%.² Se mantuvieron elevadas las ganancias y siguieron aumentando en México las importaciones a lo largo de ese año. En este país las expresiones principales de la perturbación mundial consistieron en la elevación del ritmo de la inflación (pero aun ésta alcanzó aumentos del 6% a nivel de consumidor, o sea mucho más bajos que en otros países no industrializados), y de la desocupación y subocupación de la mano de obra.

En cambio, en 1971 se observan retrocesos generalizados en contraste con la recuperación norteamericana. Vemos que en México³ los indicadores a precios constantes muestran el escaso crecimiento del producto (3.5%), la marcada concentración de las importaciones (se reducen casi 5%) y el decaimiento de la inversión bruta que se contrae peligrosamente debido a la reducción brutal e irresponsable de la inversión pública (que decae casi en

9%). Tuvo lugar una recuperación en los dos años siguientes, aun cuando dentro de presiones cada vez mayores de los precios internos (crecen 16% en 1973, en la capital), y desde luego bajo condiciones de desajuste generalizado de los mercados externos. Vale resaltar que dentro de modalidades locales sucedió algo similar, pero mucho menos intenso, en la mayoría de los países latinoamericanos en el lapso de 1971 a 1973.⁴

Para 1974, cuando la economía norteamericana ya estaba en plena crisis (decrece su producto en cerca del 2%), se consignan en México tendencias similares a las prevalecientes en los dos años previos. Sin embargo el examen de algunos indicadores interanuales muestra la existencia de graves alteraciones hacia finales del año. En efecto, en el segundo semestre se va perfilando la peligrosa combinación de la contracción del precio y volumen de las exportaciones más importantes, del turismo, de la producción industrial, de la construcción e inclusive del ritmo de crecimiento de las importaciones.⁵ Lo que crece en ese semestre es la producción agrícola y los servicios, pero también la deuda externa, los precios internos y la desocupación. La inversión privada medida a precios constantes, que había mostrado debilidad a principios de año, parece que se estancó en la segunda mitad. Igual sucedió con el volumen del crédito en términos reales.

Aun considerando la escasez e incertidumbre de la información oficial, ésta per-

⁴ En 1971 América Latina creció 6.4%, después de tres años seguidos de aumentos en el producto de cerca del 7%. En cambio 1972 y 1973 fueron años de elevada expansión. Igual sucedió con la exportación. Véase CEPAL, *El desarrollo latinoamericano y la coyuntura económica regional. Desarrollo económico y social (E/CEPAL/AC. 69/2)*, vol. I, p. 115 y 132.

⁵ Banco de México, *Informe Anual 1974, México, 1975.*

² Fondo Monetario Internacional, *Informe Anual, 1973*, Nueva York, 1974.

³ CEPAL, *México: notas para el estudio económico de América Latina, 1974*, México, 1975 (versión en mimeógrafo).

mite establecer que la crisis se generalizó desde los primeros meses de 1975. Por lo que hace a la producción industrial, dichos indicadores permiten apreciar sin dificultad una baja en las ramas de bienes de consumo no duradero, en respuesta a la continua contracción desde 1974 del ingreso popular. Esta contracción resulta de la mortífera combinación de una menor ocupación, crecimiento de los precios y ajustes de los salarios por debajo de éstos. Evidentemente el consumo de los estratos privilegiados, que tal vez se ha sostenido, no es suficiente para apoyar la expansión de estas ramas.⁶

A su vez las ramas de bienes de consumo duradero muestran una tendencia hacia el estancamiento, tras haber sido las responsables principales del crecimiento industrial en los dos años anteriores. Debe resaltarse que estas ramas respondieron al efecto de la mayor demanda que se generó en el bienio previo por la inflación, al combinarse la concentración del ingreso con la inclinación de los núcleos beneficiados por esta concentración a adquirir bienes duraderos, tales como autos, estufas, muebles, etc., para evadir el efecto de la elevación de precios.

Obvio es que los núcleos de la alta burguesía beneficiados por la inflación y la crisis, que no son pocos, destinaron gran parte de las fortunas amasadas a efectuar inversiones especulativas (bienes raíces), e inversiones industriales, mineras y agropecuarias altamente rentables (que las sigue habiendo), al mismo tiempo que elevaron su consumo. También se sospecha que no pocos tomaron la patriótica medida de abrir y ampliar cuentas bancarias en Suiza. Esto desde luego no quiere decir que la alta burguesía ha cobrado un

beneficio neto de la crisis, sino tan sólo que, dentro de la amplia gama de condiciones existentes, junto con empresas que quiebran se encuentran otras que han logrado elevadas ganancias. Esto se expresa claramente en la rápida elevación del turismo al exterior y del gasto en sitios de lujo.

Los indicios de más peso, en cuanto a la magnitud de la crisis, consisten en el estancamiento, con inclinación al retroceso, de la producción de ramas industriales de bienes intermedios. Pese a la heterogeneidad existente en las ramas seleccionadas en los indicadores oficiales, se puede señalar que algunas tan indicativas del desarrollo capitalista como la de ácido sulfúrico, de productos de hierro y acero, de ciertos materiales de construcción, de urea, de sosa cáustica, de papel, de botellas de vidrio, etc., muestran contracciones alarmantes en los primeros meses de 1975. Estos son indicios claros de una caída de la base principal del crecimiento industrial, ya no en un sentido coyuntural sino más profunda, que afecta seriamente las perspectivas inmediatas del sector.

La producción agrícola observa comportamientos contradictorios según se trate de la producción para exportación o para uso interno. La segunda, en el caso del maíz, frijol, trigo y legumbres, demuestra recuperaciones y avances considerables, pese a pérdidas en algunas regiones. En cambio, en los insumos industriales, ya sea debido a la menor demanda por la crisis (por ejemplo la reducción de producción de cerveza), ya por los monumentales absurdos de la política pública (por ejemplo en azúcar), las contracciones son de gran importancia.

En el caso de los productos agrícolas de exportación la violenta caída de precios y de mercados externos ha ejercido en

⁶ "Indicadores económicos de México", Secretaría de Industria y Comercio, enero-febrero, 1975. Citado en *El Mercado de Valores*, No. 18, 5 de mayo de 1975.

conjunto efectos devastadores. Para ello basta mencionar la afectación en los casos del algodón, tomate, fresa, henequén y café, entre otros.

Es oportuno incursionar brevemente en el conjunto del sector externo. Aquí la clausura de los mercados norteamericanos y la incapacidad empresarial para competir, han condicionado un grave quebranto desde fines de 1974. Destacan la casi total cancelación de la exportación de ganado en pie (del que se vendía medio millón de cabezas) y de carne congelada. Pero además la tendencia se extiende a otros productos de exportación que se ven afectados tanto por contracciones acentuadas de precios como del volumen. Tal es el caso de las manufacturas, por cuanto productos tan importantes como minerales concentrados y semielaborados (plomo, zinc, cobre, bismuto, etc.), petróleo y derivados, textiles, henequén y sus manufacturas, partes de automóviles, alimentos preparados, etc., señalan caídas que en algunos casos son radicales.

Las importaciones señalan una peligrosa tendencia a la contracción en términos reales y a una violenta elevación de los precios unitarios. Desde 1971 se aceleró rápidamente el valor corriente de la importación, entre otras causas, por la necesidad de adquirir grandes volúmenes de granos a elevados precios debido a la irresponsable conducción pública de la política agrícola, dando lugar al aumento extraordinario del déficit corriente.

Al delicado problema monetario del déficit externo se añade desde fines de 1974 la reducción del volumen físico de importaciones esenciales, ya sean alimentos, ya bienes intermedios, ya bienes de capital. En el bimestre inicial de 1975 los indicadores oficiales de la muestra señalan la contracción abierta del volumen físico de la compra de bienes de consumo

duradero así como de prácticamente todas las materias primas, y el estancamiento en el caso de las importaciones de maquinaria y equipo.⁷ En parte, ello se debe a las importaciones masivas que se realizaron en 1974 en previsión de la elevación de precios (el quantum creció 22%),⁸ pero es necesario considerar que también incide poderosamente la contracción de la actividad económica y a su vez la acentúa.

La capacidad para importar (y en esta medida, la oferta de bienes), ha sido ampliada por encima de las aportaciones de las exportaciones de bienes desde tres décadas atrás. Primero fueron los fondos de los braceros, luego se añadió el turismo. Desde finales de los años cincuenta se eleva por el aumento de la deuda externa y la inversión extranjera, que se convierten en las fuentes principales para cubrir el déficit corriente. Todo ello ha sido la base para que las importaciones se eleven y cobren cierta autonomía de las variaciones de las exportaciones. Con esto no sólo se apoyó la oferta interna, aliviando el mecanismo inflacionario, sino en años recientes propició que el sistema económico evadiera por algún tiempo los efectos de la crisis.

Desde luego, esta forma característica del crecimiento capitalista no es exclusiva de México, puesto que se comprueba una situación similar en gran número de países latinoamericanos. Un indicador del auge relativo entre 1971 y 1974, pese a la gestación de la crisis mundial, consiste en que acumularon en esos años reservas a niveles inusitados.⁹ La diferencia en el

⁷ SIC, Dirección General de Estadística, "Comercio Exterior de México, enero-marzo de 1975", citado en *El Mercado de Valores*, No. 26, 30 de junio de 1975.

⁸ Estimación del autor con base en cifras oficiales.

⁹ Por ejemplo la exportación de América Latina creció sólo 1% en 1971 a precios constantes, sin

caso de México ha sido sólo la intensidad de esta tendencia y el hecho de que se inició desde varios lustros antes que en la mayoría de los otros países de la región.

4. *Perspectivas.*

Las consecuencias económicas de la intensificación de la crisis capitalista consisten en la mayor cesantía, en la contracción creciente del consumo familiar de las grandes masas por la reducción del ingreso y por el crecimiento de los precios, en la alteración de la composición de la demanda y en la alteración del aparato productivo. Existen indicios de que esas consecuencias ya alcanzan perfiles de gravedad que se expresan en la generalización de la miseria.

Es de suponerse que la crisis seguirá acentuándose hasta principios de 1976, de acuerdo con las tendencias prevaletientes. Sólo a mediados de ese año se iniciará la recuperación generalizada.

Mientras tanto, los efectos internos de la crisis consistirán en la proliferación de la desocupación y subocupación (que algunos estimaron para 1970 en más del 40% de la población activa, como el Grupo de Estudio del Problema del Empleo) y en la rebeldía de las clases explotadas. Sin embargo en ésta seguirá incidiendo la influencia de las masas marginales, además del peso brutal de la represión. A pesar de todo es de suponer que proseguirá el avance de la formación de sindicatos independientes y de los embates al poderoso aparato oficial de mediación y control laboral, dentro de expresiones clasistas económicas y políticas.

que ello alterase en ese año ni después el crecimiento de la importación real que mantuvo un incremento entre 6 y 9% anual de 1971 a 1973, pese al aumento de precios. A su vez las reservas se elevaron en 7,600 millones de dólares en la región entre 1971 y 1973, sobre todo en Brasil, Venezuela y México. Véase CEPAL, *op. cit.*, pp. 132 y 164.

La crisis, con todos sus horrores, conduce posiblemente a intentar movilizaciones populares más amplias. Sobre todo se pueden prever en el futuro formas de luchas de clase cada vez más acentuadas a consecuencia de la proletarianización del trabajo que estimulará la crisis.

Esta crisis debe convertirse, por lo tanto, en otra etapa de la lucha por alterar las relaciones de explotación, pero bajo condiciones más favorables para el proletariado. Con ello será posible acercar el fin del largo y terrible periodo de explotación despiadada encubierta bajo el "paternalismo laboral" del Estado y de la protección ilimitada a la burguesía, que ha sido posible por la enorme vulnerabilidad y debilidad de las clases explotadas. La situación desfavorable que ha padecido la clase obrera en México, que se explica por los diversos factores antes señalados, se aprecia mediante dos indicadores ilustrativos de sus penalidades. Uno consiste en la escasa proporción de trabajadores agremiados del total de la fuerza de trabajo, que era apenas del 16% en 1972. El segundo revela que no más de la cuarta parte de la población total del país se encontraba protegida por los sistemas de seguridad social en ese año.¹⁰

Es evidente que la posibilidad de imprimir un giro positivo al resultado final de la crisis depende de la decisión y habilidad de la clase obrera para llevar a efecto sus luchas. Si ello se logra se alcanzará un estadio superior en el desarrollo capitalista. Este implica un elevado costo social, que debe pagar la clase obrera, pero también un nivel mucho más elevado e intenso de la lucha de clases que acerca la destrucción final del capitalismo mediante la implantación de las relaciones de producción socialistas.

¹⁰ NAFINSA, *op. cit.*, *passim*.

El Estado mexicano y la crisis económica: 1971-1974

Raúl González Soriano

Para poder situar la fase actual del capitalismo en México y entender por tanto las perspectivas de su desarrollo, se hace necesario en este punto aclarar la *sincronización* ocurrida a principios de los años setentas entre dos procesos de orden diferente pero estrechamente interrelacionados. Se trata en esencia del choque entre las tendencias principales de la acumulación interna que se producen en el marco de la crisis del capitalismo dependiente y la dinámica de la que será indudablemente la depresión más profunda de la posguerra que transcurre a partir del 2o. semestre de 1974 en los países capitalistas industrializados, pero cuyas raíces se extienden a los problemas monetarios y financieros registrados en 1970-71, los que precipitaron la crisis cíclica a finales de 1973.

Mientras que el primer grupo de procesos se da en la estructura económica de México formada a partir del reordenamiento de la posguerra, en la que tuvo mucho que ver el resultado de las reformas de los años 30 y el posterior fortalecimiento de los grupos monopolistas cuyo poder descansaba por primera vez preponderantemente en el mercado interno. Los segundos se refieren al curso cíclico

que inevitablemente adquieren los procesos básicos en los países capitalistas "centrales" y que en esta ocasión han afectado al conjunto del sistema capitalista al producirse con gran fuerza en su núcleo fundamental: la economía norteamericana.

Evidentemente que entre ambos tipos de procesos no existe una separación absoluta. Por el contrario, se trata más bien de dos aspectos de una sola unidad, de cuya interacción se crea el movimiento del capitalismo en los últimos años.

Precisamente el hecho de que estas tendencias coincidan en los actuales momentos, nos señala que su *convergencia* se produce dentro de la dinámica general de la reproducción del sistema del cual forman parte. Así, la fase que hemos llamado de formación del capitalismo dependiente —que abarca de 1950 a 1965— conoció las crisis del sistema capitalista de 1953-54, con la que se inicia la etapa a raíz de la terminación del conflicto en Corea; la de 1957-58, que afectó a numerosos países capitalistas, en especial a los Estados Unidos, y a los países subdesarrollados principalmente en la esfera del comercio exterior; y, finalmente, el prolongado auge cíclico que se extendió hasta 1970 y cuyos orígenes fueron la profunda

militarización de la economía y la ampliación hasta niveles sin precedentes del capitalismo monopolista de Estado.

Lo más importante es, sin embargo la agudización de la crisis estructural de la economía mexicana que se produce a partir de la segunda mitad de la década de los sesentas y abarca hasta el receso de la economía mexicana de 1971, coincidiendo por tanto con el inicio de lo que será la tercera y más profunda crisis cíclica del capitalismo en la posguerra.

A) Los límites del capitalismo dependiente; reordenamiento de la base de la acumulación y elevación de la lucha social

La unidad de estos procesos resalta cuando consideramos los acontecimientos más recientes. La fase actual de sincronización se caracteriza por el predominio progresivo que ha logrado el capital monopolista —nacional y extranjero— sobre la dinámica de la acumulación en beneficio de sus intereses. Esta hegemonía del capital monopolista se encontraba limitada por dos hechos principales: a) su imposibilidad de asegurar, sin la participación estatal, el curso de la reproducción del capital social; y, b) su no predominio en la esfera política el cual se manifiesta por diversas mediaciones que hacen inestable la subordinación del resto de clases y fracciones de clase a su política.

Dentro de este contexto el Estado mexicano, que representa los intereses globales de esta burguesía monopolista, tiene como función principal la de crear las condiciones para que la reproducción del capital social continúe en la compleja situación que se ha creado como resultado de las tensiones que el desarrollo capitalista de carácter monopolístico y dependien-

te generó y en el marco de la depresión general del sistema capitalista.

El cumplimiento de las condiciones que aseguren la reproducción del capital social en los marcos del capitalismo dependiente se desarrolla así en tres niveles de la actividad estatal:

- a) Por un lado, la articulación del sector monopolizado con cierto nivel de equilibrio con el exterior, que mantenga la dependencia en un grado tal que no impida la acumulación del capital global sino que, por el contrario, la estimule.
- b) Crear una base interna de acumulación que posibilite el eslabonamiento intersectorial, así como cierta redistribución de la plusvalía generada en beneficio del sector monopolizado.
- c) Finalmente, asegurar que el volumen de la demanda efectiva no se reduzca al punto en el que impida un proceso continuo en la inversión.

Sin embargo, la capacidad del Estado está restringida en última instancia por las tendencias prevaletcientes en la dinámica del sector monopolizado cuyos intereses específicos lo orientan a:

- a) Fusión estrecha con el capital monopolista internacional, lo cual acelera los desequilibrios con el exterior e impide la formación de una base de acumulación más congruente con las necesidades internas.
- b) Participación de la plusvalía social a través de los precios subsidiados de los productos y servicios del sector estatal, lo que mina las posibilidades de acumulación de este sector y por tanto su capacidad para asegurar la reproducción del capital social.
- c) Acentuación de las condiciones anta-

gónicas de la distribución por su política de abatimiento de los salarios reales y la intensificación de los ritmos de trabajo, con la consecuente aparición de tendencias hacia el desempleo y el subconsumo.

De estas tres tendencias, sólo la última puede considerarse como fundamental para el capital monopolista ya que de ella depende su tasa de ganancia, y consecuentemente su creciente participación dentro de la plusvalía social generada a costa de la miseria social de millones de mexicanos y el desarrollo desigual de sectores y regiones de la economía nacional. Y esta es la esfera que la política económica del Estado mexicano no ha tocado. Todo lo contrario, la utilización de los crecientes déficits presupuestales y su incapacidad para promover la producción agrícola, han contribuido en el periodo reciente de manera importante al descenso del salario real de la población trabajadora y al abatimiento en los niveles de vida de los asalariados.

Desde un punto de vista muy general los objetivos que orientan la política económica del gobierno actual persiguen mantener la dependencia en un nivel que no impida la acumulación del capital social y encontrar simultáneamente un equilibrio dinámico entre la acumulación del sector estatal y el sector monopolizado. Esto último se inscribe dentro del surgimiento de un capitalismo monopolista de Estado.

Los intentos realizados por la política gubernamental durante los últimos cuatro años nos muestran que el Estado intenta ensanchar la base interna de la acumulación para hacerla compatible con un predominio abierto del sector monopolizado y el reforzamiento de la dependencia. Consideramos que la relativa autonomía que parece observarse dentro de la acumula-

ción estatal, sólo nos indica la función global que cumple este sector: asegurar en las condiciones de crisis del capitalismo dependiente y la de la crisis cíclica del sistema la continuidad del proceso de reproducción en beneficio del gran capital.

Sin embargo, este ensanchamiento de la base interna de la acumulación transcurre en medio de una elevación general del nivel de la lucha popular, cuyo punto de reanimación fue el movimiento estudiantil popular de 1968 y cuyas expresiones más relevantes son el ascenso del movimiento obrero y sindical de los dos últimos años.

B) Estancamiento y crisis estructural: 1971-72

Al iniciarse los años setentas habían madurado las condiciones que agudizaron la crisis estructural de la economía mexicana y determinaron la recesión de 1971 y del primer semestre de 1972. La serie de medidas de política económica adoptadas por el nuevo gobierno estaban dirigidas básicamente a enfrentar los rasgos más peligrosos de esta crisis y a restablecer, a la sombra de la incertidumbre propia del principio de un régimen sexenal, un nuevo equilibrio que permitiera al Estado recuperar cierto grado de autonomía relativa respecto al sector monopolizado y al capital extranjero, a fin de reconstruir la base interna de la acumulación de capital, en las condiciones del desmoronamiento —ya entonces manifiesto por la crisis monetaria internacional— del orden surgido de la posguerra.

Esta etapa se caracteriza, asimismo, por la represión generalizada que se desencadena en contra de aquellos núcleos que mantenían una lucha abierta contra las raíces mismas de la crisis y que apuntan alternativas hacia su solución: el movi-

miento estudiantil y las luchas de las capas más depauperadas del campesinado y del proletariado agrícola; sin dejar de lado la lucha sorda pero persistente de núcleos aislados del proletariado, que amenaza con desbordar las barreras de contención del *charrismo*. Estos movimientos se encontraban limitados, en esta fase, por dos hechos fundamentales: su heterogeneidad programática, que impidió una acción más coordinada entre estos destacamentos, y su dispersión y relativo aislamiento que posibilitaba su mediatización a través de concesiones parciales o su rápido aplastamiento. En la superficie social aparece por parte del gobierno un intento, poco visible en un principio y más evidente posteriormente, por ganar legitimidad mediante la llamada "apertura democrática" cuyo centro se localiza en la política presidencial.

Nos interesa en particular seguir los cambios económicos ocurridos en el inicio del sexenio echeverrista ya que ellos confirman la agudización de la crisis estructural. Los rasgos más sobresalientes de esta crisis estructural han sido ya explicados: déficit de la producción agrícola, desequilibrio creciente con el exterior, tendencia aguda hacia el subconsumo, incremento de las relaciones de dependencia, etc. Lo que hay que destacar ahora es que fue una combinación entre estos diversos componentes de la crisis estructural, lo que determinó su agudizamiento en el inicio de la década de los setentas y precipitó la situación político-social de gran efervescencia con que se inició esta década.

De este modo, la política económica del nuevo gobierno se orientó más bien a tomar medidas de corto plazo que permitieran salvar los profundos desajustes generados y restablecer el papel rector del Estado dentro de la magnitud y dirección

del proceso de acumulación. Las medidas adoptadas en esta primera fase fueron:

- a) Incremento a la exportación de manufacturas que permitiera restablecer el equilibrio con el exterior manteniendo el patrón dependiente de desarrollo.
- b) Reorientación del gasto público a fin de contener los desequilibrios más agudos del sistema.
- c) Aumento de la inversión pública que permitiera reconstruir el sector de medios de producción internos —energéticos e insumos— y aumentara el empleo, principalmente en la agricultura, posibilitando la atenuación de la crisis agraria.
- d) Renegociación de la dependencia.

El resultado conjunto de estas medidas fue el estancamiento de la producción y la contracción de la inversión privada en 1971 y el primer semestre de 1972. La reorientación del gasto público afectó principalmente a la industria de la construcción y, diversas medidas tomadas por el gobierno, afectaron el crecimiento desordenado de las industrias productoras de bienes de consumo durable, con excepción de la industria automotriz. Esto, unido al lento crecimiento de la producción agrícola y el sector de petróleo determinaron el inicio de un periodo de reajuste en medio del estancamiento. El gobierno advirtió que éste era el único camino posible si se quería reducir el nivel del endeudamiento externo considerado ya en niveles peligrosos para el mantenimiento de la estabilidad en 1970.

C) *Inflación y recesión: el periodo reciente, 1972-74*

La agudización de la crisis del capitalis-

mo dependiente determinó que no pudiera recurrirse al crédito externo para financiar una inversión y gasto público crecientes, orientados al ensanchamiento de la base interna de la acumulación. A partir del segundo semestre de 1972, el Estado se orientó a obtener sus recursos mediante la ampliación del endeudamiento interno y la emisión monetaria, produciéndose de este modo un proceso inflacionario que aceleró la demanda agregada, reanimó la actividad de los sectores monopolizados y trasladó el peso de la crisis sobre las masas de asalariados.

El Estado obtuvo además recursos adicionales mediante la elevación de los precios de los productos de las empresas estatales para financiar la expansión de este sector, y a través del incremento de la carga fiscal mediante diversas medidas impositivas que no incidieron sobre el gran capital.

Esta ampliación de la demanda interna de carácter deficitario, así como cierto dinamismo de las exportaciones, constituyeron las fuentes del crecimiento en el periodo 1972-74. Empero, el reanimamiento económico no fue firme, pues esta limitada reanimación perdió terreno rápidamente desde el segundo semestre de 1974, cuando en medio de una elevación sin precedente de la inflación, la economía mexicana entró nuevamente en un periodo de desaceleración.

En esta nueva situación influyeron principalmente dos factores: de una parte los efectos de dos años de política inflacionaria abierta que mermaron sustancialmente el poder adquisitivo de los salarios y aumentaron las tendencias hacia el subconsumo en grandes sectores de la población. En segundo término, la desaceleración de la demanda externa que se dejó sentir desde la segunda mitad de 1974 y especialmente en el primer trimestre de

1975 (cuando las exportaciones caen en -7.4%, que contrasta notablemente con el aumento anual de 33.5% que experimentaron en 1974), a causa de la agudización de la depresión cíclica en la economía norteamericana.

Esta accidentada situación se reflejó en un práctico estancamiento de la inversión privada. El sector monopolizado obtuvo ganancias de la reanimación sobre la base de la utilización de capacidad ociosa, pero no se iniciaron grandes proyectos que se tradujeran en una ampliación firme de la inversión, la producción y el empleo. El proceso inflacionario que afectó la estructura y el dinamismo de la demanda agregada, y el desaceleramiento de la demanda externa, se tradujeron a finales de esta etapa en el surgimiento de un fenómeno nuevo que es llamado inflación con recesión.

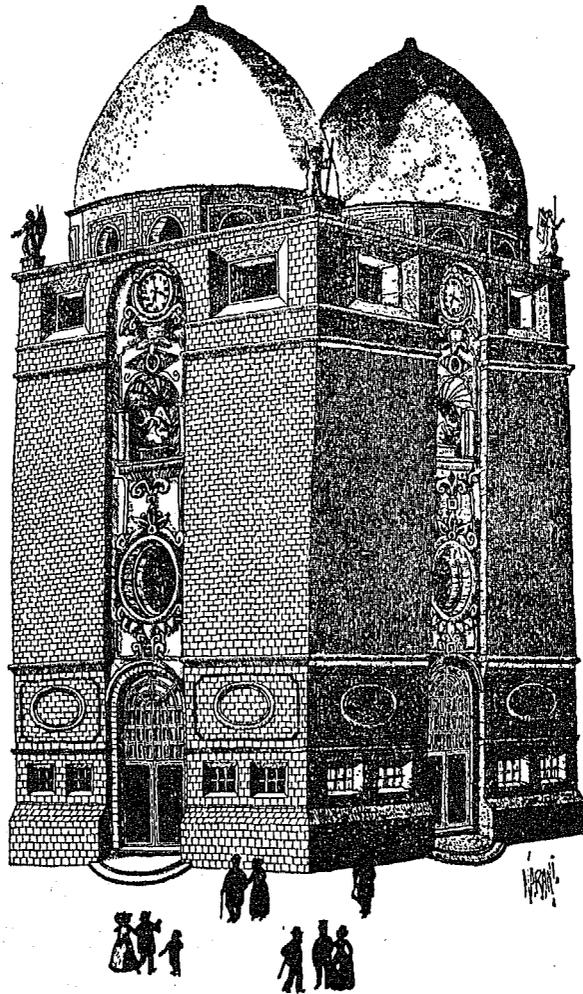
El Estado, por su lado, se vio obligado a acelerar su inversión (aproximadamente en 22% en términos reales durante 1970-73) con objeto de enfrentar los rasgos más peligrosos de la crisis estructural y estimular un mayor dinamismo de la acumulación interna que atenuara los efectos desaceleradores de la depresión cíclica de la economía norteamericana.

Lo fundamental es que estas contradicciones que ocurren dentro del juego interno del mecanismo de la acumulación, no pueden resolverse únicamente en esta esfera. Tienen que ser superadas con la participación abierta de las clases fundamentales del sistema. La etapa de crisis abierta del capitalismo dependiente va por ello acompañada de fuertes enfrentamientos de clases que enfilan su lucha contra las estructuras de dominación creadas durante el periodo de acumulación dependiente y reacción política. La solución de la crisis de la economía mexicana no puede en realidad producirse sin la

participación del movimiento obrero y popular.

La acción de esta fuerza, algunos de cuyos principales destacamentos sostienen una lucha que se prolonga ya por varios años, define en estos momentos la viabilidad de cualquier alternativa global para resolver la crisis, si bien no puede todavía imponer su propia alternativa. Es indudable que en la medida que el mo-

vimiento obrero cobre conciencia de la importancia que tiene su participación en la resolución de la crisis, las posibles salidas tendrán un carácter más avanzado y democrático. La experiencia del periodo inflacionario reciente demuestra que no se pueden alcanzar soluciones de fondo si no se despliega abiertamente la lucha de la clase obrera.



La revolución teórica comunista en las Tesis sobre Feuerbach

Bolívar Echeverría A.

CONSIDERACION GENERAL¹

Una comparación analítica del texto de las *Tesis* con los textos de los dos escritos principales de Marx en estos años —los “Manuscritos de París” y *La ideología alemana*— revela fácilmente que todas las aseveraciones singulares discernibles en el primero pueden también ser reconocidas sea en uno de los otros dos o en ambos. Basta eliminar del texto de las *Tesis* el plano aparentemente accidental en que tiene lugar su unidad, el plano de su formulación ocasional como sucesión de once

enunciados aforísticos (donde sí es innegable la presencia de expresiones nuevas y exclusivas), para que el residuo, la lista de aseveraciones aisladas que se encuentran en él, resulte carente de todo aporte original o indispensable en el nivel propiamente conceptual, y para que, en consecuencia, todo el texto pierda lo propio o distintivo y se vuelva reductible a los dos textos mayores.

Pero el mensaje comunicado en el texto de las *Tesis* no consiste únicamente en la lista de aseveraciones que contiene, ni es tampoco independiente del contexto con-

¹ DATOS: Además del manuscrito que ocupó a Marx durante los primeros meses de su estadía en Bruselas, el de su primera “Crítica de la economía política”, elaborado en 1844, en París; además de los cuadernos con los apuntes de lectura que acompañaban a sus estudios de economía, teoría social e historia; además del manuscrito de *La ideología alemana*, redactado junto con Engels en 1845 y 1846, se conserva también, entre otros documentos de esta época de su vida, la agenda o memorándum que le sirvió entre 1844 y 1847. En esta libreta, que contiene casi exclusivamente títulos de libros y recados domésticos, se encuentran también algunas anotaciones sumarias o esquemáticas de Marx que tienen una relación directa con sus manuscritos propiamente teóricos.

La principal de estas anotaciones teóricas es la que se compone de las famosas once tesis “ad Feuerbach”.

Se supone generalmente que las *Tesis* fueron anotadas por Marx en marzo de 1845; otras consideraciones permitirían pensar, sin embargo, que

fueron escritas a principios de 1846. Lo que sí puede afirmarse con seguridad es que su redacción tuvo que ver directamente con la intervención de Marx y Engels, durante 1845 y 1846, en la discusión propiamente alemana de los problemas del socialismo; es decir, que sus aseveraciones forman parte del tratamiento crítico al que fueron sometidas por Marx y Engels en esos años tanto las versiones de la doctrina socialista que prevalectan en Alemania como las construcciones filosóficas en que ellas pretendían encontrar su justificación teórica.

Es en enero de 1846 cuando Marx y Engels deciden ampliar y transformar sustancialmente el escrito que preparaban contra Bauer y Stirner. La redacción de esta nueva obra, *La ideología alemana*, que debe incluir un capítulo inicial sobre Feuerbach, es, después de la redacción de *La sagrada familia*, la oportunidad más próxima que tiene Marx de abordar una consideración global del materialismo y de la filosofía de Feuerbach. Cfr. Marx-Engels-Lenin Institut, K. Marx, *Chronik seines Lebens*, Moscú, 1934, p. 30.

figurado por los otros trabajos marxistas de la época. Por el contrario, la intención significativa manifiesta en la unidad ocasional del texto sobredetermina su mensaje al realizar de manera peculiar su integración en el proceso discursivo que se lleva a cabo en la obra de Marx en estos años, y que hemos definido como momento teórico de la revolución comunista.²

Basta tomar en consideración esta densidad del texto de las *Tesis*: reconocerlo como una totalidad significativa perteneciente a un proceso discursivo que aprovecha precisamente la peculiaridad de su expresión al adjudicarle su sentido definitivo, para que se revelen las posibilidades que tiene su mensaje de ser original o irreductible, es decir, no redundante sino complementario con respecto al mensaje aportado por los "Manuscritos de París" y *La ideología alemana*.

El examen de las *Tesis* que intentaremos hacer en las páginas siguientes se guía por una idea general acerca de cómo se da y en qué consiste este carácter original o irreductible del mensaje transmitido en su texto.

Pensamos que la manera en que el texto reúne a las once tesis o enunciados aforísticos en el plano de la formulación ocasional —la figura de un programa o manifiesto que postula un conjunto de principios sobre un tema determinado— posee una función significativa propia, y la medida en que delimita una dirección e indica una tendencia a las aseveraciones organizadas según ella. Que esta función consiste en convertir a las once tesis motivadas por la presencia teórico-política de Feuerbach en una serie de pasos de argumentación, cuya sucesión elabora una región problemática más general cum-

² El presente trabajo forma parte de otro más amplio, en el que intentamos estudiar de manera especial la relación entre la revolución teórica de Marx y el proceso de constitución del movimiento proletario en movimiento comunista.

pliando un requerimiento indispensable del proceso discursivo en que se efectúa la revolución teórica comunista.

Afirmamos además que la región problemática circunscrita de modo especial o predominante, mediante esta secuencia argumental, por el conjunto de las *Tesis* constituye un sector decisivo, central o fundamental del campo problemático general abierto en el proceso de fundación de la teoría marxista; un sector que en otros textos sólo es tratado de manera general, tangencial o supeditada. Que esta zona decisiva de la problemática teórica marxista es precisamente aquella en que aparecen las cuestiones tendientes a la definición del carácter y el tipo esenciales del discurso teórico comunista, y que contiene por tanto el problema de la especificidad de la teoría marxista.

Creemos, en efecto, que la cuestión central en torno a la cual se organiza la problemática interna del texto de las *Tesis* —y que hace de su mensaje un aporte original, es decir, esencialmente complementario dentro del sistema teórico marxista— puede ser explicitada en estos términos: ¿Cómo es posible un discurso teórico propiamente comunista? Es decir: ¿cómo afecta la peculiaridad del mensaje comunista a la configuración fundamental del discurso teórico? ¿De qué afirmación básica sobre la objetividad y sobre el tipo de actividad teórica adecuado a ella parte el discurso teórico comunista?

Así, pues, la idea general que orienta nuestro examen de las *Tesis* —y que trata de ratificarse y pormenorizarse en él— considera a su escritura o redacción como un paso necesario dentro de esa intervención propiamente teórica de Marx en el proceso de constitución del movimiento comunista a la que hemos calificado de revolución teórica. Necesario por cuanto precisamente a través de él esa intervención adviene a su autorreconocimiento y

por tanto a su autoafirmación como revolución teórica, es decir, como reconfiguración fundamental del campo de posibilidades de composición del discurso teórico.

La redacción de las *Tesis* se nos presenta, entonces, como un intento constitutivo de la intervención teórica de Marx, en el cual ésta define sobre la marcha el carácter y el alcance de su propia realización. Como un acto de reconocimiento provisional del trayecto recorrido y del que queda por recorrer en el proceso de la revolución teórica; como un acto de afirmación, por una parte, de la diferencia entre el discurso teórico comunista y el discurso teórico tradicional, y, por otra, de la problemática fundamental que promueve esta especificidad del nuevo discurso y adquiere con él la posibilidad de su formulación adecuada.

EL ORDEN DE LAS TESIS

Un reconocimiento inicial del texto de las *Tesis* en su conjunto revela que su unidad en el plano de la formulación inmediata resulta de la presencia de un cierto orden de argumentación, esbozado en la secuencia de los once enunciados afóristicos que lo componen; que su constitución como totalidad de significación se debe a que cada una de sus aseveraciones se halla contribuyendo al cumplimiento aproximado de una intención argumental determinada.*

* Ernst Bloch ha sido el primero en reconocer la ganancia teórica que implica el tratar a todas las *Tesis* como un texto unitario y en proponer un reordenamiento de las mismas capaz de mejorar la eficacia de su exposición. Reproducimos a continuación un pasaje (pp. 293-94) de la parte de su libro *Das Prinzip Hoffnung* (Frankfurt/Main, 1959) en el que introduce al lector en su comentario de las *Tesis*: "[...] Pero numeración no es sistematicidad, es un recurso para suplirla, del cual Marx es quien menos necesidad

Este orden y esta intención lógicos, constatables en el texto de las *Tesis*, poseen o siguen un sentido deductivo: La *Tesis I* cumple la función de premisa, mientras las otras diez ilustran, explican o particularizan lo postulado por ella. Si en la *Tesis I* encontramos una definición del carácter específico del nuevo materialismo, en las demás reconocemos las conclusiones o resultados de la aplicación de esa definición al tratamiento de varias cuestiones especiales, tales como la explicación de los límites teóricos e históricos de la filosofía tradicional, la delimitación de la necesidad, el objeto y la función de la nueva teoría comunista, la ubicación de la base real de la enajenación, la caracterización del proceso de transformación social, etcétera.

Pero debemos observar también que la manera como se muestran este orden y esta intención refleja el carácter provisional e inconcluso del texto de las *Tesis*, el hecho de que se trata de un escrito no acabado, resultado de una redacción interrumpida. No aparecen, en efecto, ni como un orden lógico construido y equilibrado en toda su coherencia ni como una

tiene. Por ello, el ordenamiento debe ser filosófico y no aritmético: la sucesión de las *Tesis* sólo puede ser la de sus temas y contenidos. No existe, de lo que se puede ver, ningún comentario sobre las 'once *Tesis*'; sin embargo, solamente con él —como algo que tiene lugar a partir de un compromiso común— se manifiesta la interdependencia dinámica de su brevedad y su profundidad. Aparece entonces: en primer lugar, el grupo de teoría del conocimiento, referido a *intuición y actividad* (*Tesis V, I, III*); en segundo lugar, el grupo histórico-antropológico, referido a la *auto-enajenación, sus causas reales, y el verdadero materialismo* (*Tesis IV, VI, VII, IX, X*); en tercer lugar, el grupo sintetizador o grupo 'teoría-práctica', referido a la *prueba y la demostración* (*Tesis II, VIII*). Resulta, en último lugar, la tesis más importante, a manera de *consigna* ante la cual los espíritus toman partido definitivamente y, una vez que se sirven de ella, dejan de ser espíritus puros (*Tesis XI*). [...] Prescindimos, por razones de espacio, de la necesaria discusión que debería comparar este reordenamiento de las *Tesis* con el nuestro.

intención argumental depurada y desarrollada en todas sus implicaciones esenciales. La exposición de las *Tesis* presenta ciertas características —interrupciones, saltos, repeticiones, etc.— que, si bien no afectan a la composición de su sentido general, sí lo vuelven menos evidente.

Resulta entonces conveniente comenzar el examen de las *Tesis* con una primera intervención, destinada a fortalecer la consistencia de la distribución propia del texto y a permitir así que el orden y la intención argumentales de su exposición resalten con mayor nitidez. En nuestra opinión, esta intervención debe consistir en el trazo de una división en la serie de las *Tesis*, que acentúa la pertenencia de cada una de ellas —reubicándolas incluso, en ciertos casos— a uno de los pasos de la argumentación reconocida en el texto.

La división que nosotros proponemos distingue cuatro temas predominantes en el contenido del texto y delimita en referencia a ellos cuatro grupos en la serie de las once *Tesis*; destaca además al primero de éstos en calidad de premisa de los demás. Nuestro examen distribuye, pues, el texto de las *Tesis* en los siguientes

grupos:

1. El *Grupo A*, cuyo tema predominante es la determinación del carácter dialéctico materialista (o práctico) como carácter específico del discurso teórico comunista, que está compuesto centralmente por casi toda la *Tesis I* y por la *Tesis V*, y que incluye también a las *Tesis II* y *VIII*, en las que, a manera de corolario, se determina a la actividad teórica como momento constitutivo de la praxis social material.

2. El *Grupo B*, cuyo tema predominante es la determinación de la historia de las configuraciones de la sociedad como problemática específica del discurso dialéctico materialista, que está compuesto por las *Tesis IV*, *VI* y *VII*.

3. El *Grupo C*, cuyo tema predominante es la determinación de la necesidad histórica del discurso dialéctico materialista, que está compuesto por las *Tesis IX* y *X* y por la última parte de la *Tesis I*.

4. El *Grupo D*, cuyo tema predominante es la determinación del concepto dialéctico materialista de transformación social, que está compuesto por las *Tesis III* y *XI*.

LAS TESIS DEL GRUPO A

Los pasajes del texto de las *Tesis* que hemos reunido en este grupo son los siguientes:³

En primer lugar, la parte inicial de la *Tesis I*:

“La principal insuficiencia de todo el materialismo tradicional /bisherig/ (incluido el de Feuerbach) es que [, en él,] el objeto I /Gegenstand/, la realidad, la materialidad /Sinnlichkeit/ sólo es captada bajo la forma del objeto II /Objekt/ o de la intuición sensible /Anschauung/; y no como actividad humana material /sinnlich/, [como] praxis; no subjetivamente. De ahí que, en oposición al materialismo, el aspecto activo [haya sido] desarrollado de manera abstracta por el idealismo

³ Transcribimos de acuerdo al texto original, publicado por primera vez por D. Riazanov en: “Marx-Engels Archiv”, tomo I, Francfort/M., 1928, pp. 222-230.

—el cual, naturalmente, no conoce la actividad real, material /sinnlich/ en cuanto tal.”

A continuación, la Tesis V y la parte intermedia de la Tesis I:

“Feuerbach, insatisfecho con el *pensamiento abstracto*, quiere [volver a] la *intuición sensible* /Anschauung/; pero no capta la materialidad /Sinnlichkeit/ como actividad *práctica*, material-humana.”

“Feuerbach quiere [referirse a] objetos materiales /sinnliche Objekte/, realmente diferentes de los objetos pensados /Gedankenobjekte/: pero no capta la propia actividad humana como actividad *objetiva* /gegenständlich/.”

En segundo lugar, la Tesis VIII y la Tesis II:

“Toda vida social es esencialmente *práctica*. Todos los misterios que inducen /veranlassen/ a la teoría al misticismo encuentran su solución racional en la praxis humana y en la comprensión /Begreifen/ de esta praxis”.

“La cuestión de si al pensamiento humano le corresponde /zukomme/ una verdad objetiva /gegenständliche/ no es una cuestión de la teoría sino una cuestión *práctica*. En la praxis debe el hombre demostrar la verdad, esto es, la realidad y el poder /Macht/, la terrenalidad /Diesseitigkeit/ de su pensamiento. La disputa sobre la realidad o irrealidad /Nichtwirklichkeit/ del pensamiento —que está aislado de la praxis— es una cuestión puramente *escolástica*.”

Pero conviene observar que la función determinante o de premisa que pretendemos reconocer en este grupo no se extiende por igual a todos los pasajes que lo integran. Se concentra en el pasaje inicial del texto, es decir, en el primero de los tres que hemos transcrito en primer lugar. Los otros dos incluidos a continuación y las Tesis VIII y II, transcritas en segundo lugar, sólo participan de manera secundaria o derivada en esa función de premisa; aquellos aportan una ilustración de lo afirmado en el pasaje inicial, mientras éstas lo confirman sobre una cuestión particular, a manera de corolario.

En consecuencia, nuestro examen debe también concentrar su atención en el pasaje inicial y determinante del texto de las Tesis.

1

¿Cuál es y cómo se halla realizado el propósito teórico del pasaje inicial de las Tesis? Esta es la pregunta que debe res-

ponder una primera aproximación a su texto.

Su preocupación más evidente está dirigida a las virtudes y los defectos del “materialismo” (tradicional) y el “idea-

lismo". Esta preocupación —que de por sí no parece distinguirse de una curiosidad filosófica puramente profesional— define su sentido cuando la relacionamos con la última frase de la misma *Tesis I* y la consideramos dentro de las vicisitudes del proceso global de trabajo teórico que ocupa a Marx en esos años.

De acuerdo a esa frase, lo que es necesario comprender es "la significación de la actividad revolucionaria"; y si interesa un juicio sobre el "materialismo" (tradicional) y el "idealismo" es precisamente en la medida en que éstos son los dos modos básicos en que se suele de hecho satisfacer esa necesidad. Ahora bien, como hemos indicado anteriormente, la necesidad de esta comprensión es experimentada por el nuevo movimiento comunista, en el que interviene teóricamente Marx, como una necesidad que pone en crisis al campo vigente de posibilidades de comprensión de todo objeto del tipo de la "actividad revolucionaria, crítico-práctica". Las aporías en que van a encerrarse las elaboraciones doctrinales socialistas de la década de 1840 demuestran la imposibilidad de que el discurso teórico revolucionario alcance autosuficiencia, coherencia y efectividad bajo la sujeción ideológica a la estructura del discurso capitalista y a su dinámica de autoafirmación y autorreproducción. La necesidad de pensar el proceso revolucionario resulta ser, simultáneamente, necesidad de revolucionar el proceso de pensar.

Podemos decir, entonces, que lo que busca centralmente el pasaje inicial de las *Tesis* es el carácter que conviene al discurso teórico comunista como discurso revolucionario: revolucionario por tratar adecuadamente de la revolución y por ser, él mismo, momento constitutivo (teórico) de la revolución. Es esta búsqueda la que se abre paso mediante el juicio crítico sobre el "materialismo" (tradicional) y el

"idealismo" en tanto que caracteres contrapuestos pero complementarios del discurso teórico que es necesario revolucionar.

Efectivamente, la delimitación del carácter específico del discurso teórico comunista sigue un procedimiento negativo o crítico: marca con precisión —en referencia a la "actividad revolucionaria" como objeto por pensar— los defectos esenciales de que adolece el discurso teórico tradicional e indica, *en calidad de tarea por cumplir*, la posibilidad de un nuevo discurso teórico, que no esté afectado por ellos.

2

¿Pero qué es propiamente lo que entra en la mira de la crítica de Marx, cuando se refiere al "materialismo" (tradicional) y al "idealismo"? No es, sin duda, el contenido de los filosofemas definitorios de dos doctrinas presentes en el panorama de la historia del pensamiento: no se trata de elegir entre dos posiciones u opiniones filosóficas ni de sintetizarlas o superarlas en otra concepción del mundo. Marx habla claramente del "materialismo" (tradicional) y el "idealismo" como horizontes o ámbitos de la aprehensión cognoscitiva, como campos de posibilidad del comportamiento teórico, en los que un objeto puede ser "captado" ("gefasst") o no. Su crítica apunta no tanto hacia el saber producido explícitamente en el discurso científico-filosófico moderno, sino precisamente hacia el horizonte de posibilidades cognoscitivas planteado como condición de ese discurso, hacia su carácter o hacia la configuración específica de su estructura fundamental. Es esta estructura básica del discurso teórico —generalmente implícita o latente pero siempre determinante en todas las formulaciones científico-filosóficas desarrolladas de hecho— la que es tenida en cuenta por Marx en su juicio crítico sobre el "materialis-

mo" (tradicional) y el "idealismo"; éstos son tratados como las dos modalidades particulares complementarias de la configuración moderna o capitalista de la estructura fundamental del discurso teórico.

¿Y en qué consiste esta estructura básica del discurso teórico, su horizonte o campo de posibilidades cognoscitivas? El pasaje que examinamos parece definirla a partir de lo que podríamos llamar el núcleo de todo mensaje teórico latente, es decir, más precisamente, a partir de una significación central que, por su máxima simplicidad y radicalidad, se inscribe en el nivel del código lingüístico y lo penetra decisivamente, esbozando así una subcodificación totalizadora, capaz de sobre-determinar todo mensaje explícito posible. En efecto, lo que el texto de Marx reconoce como determinante y característico del campo de posibilidades cognoscitivas o de "captación" teórica es la definición última, más simple y más radical, contenida en él, de lo que es la objetividad (el "objeto I"), "la realidad, la materialidad" del objeto (el "objeto II"). Lo más elemental y fundamental, lo determinante "en" el ámbito de una teoría es la manera en que allí se da cuenta de la experiencia irreductible de la presencia de sentido en lo real, de la presencia de lo real como dotado de sentido y no como un caos inefable o como un en-sí absolutamente indefinido; o, lo que es lo mismo, la manera en que allí se da cuenta de la propia capacidad de aseverar algo —así sea la simple existencia— del objeto, de la propia capacidad de producir significaciones.

Es la versión que la época moderna o burguesa ofrece de esta "definición" fundamental la que es tratada críticamente por Marx cuando delimita las virtudes y los defectos del "materialismo" (tradicional) y el "idealismo". Dicho en otras pa-

labras, lo que propiamente es afectado por la crítica del pasaje inicial de las Tesis son las dos modalidades que presenta la significación central de la estructura del discurso teórico, cuando éste se especifica históricamente como discurso teórico capitalista.

Y el texto de este pasaje llega a una conclusión precisa, como resultado de su labor crítica: mientras la modalidad materialista-empirista del discurso teórico moderno se basa en una problematización insuficiente o poco radical de la objetividad del objeto, la modalidad idealista-racionalista se comporta de manera inconsecuente con el principio de problematización adecuada del que ella parte en su "captación" teórica de la objetividad.

3

La modalidad materialista-empirista de la estructura del discurso teórico moderno o capitalista se levanta en torno a una noción básica de objetividad ("objeto I"), en la que ésta queda reducida o asimilada a la constitución propia del objeto de la intuición o contemplación ("objeto II"), es decir, a la constitución de un objeto que se impone, en plena exterioridad, como pura presencia casual a un sujeto preexistente que lo constata. En esta delimitación básica, la objetividad es aprehendida teóricamente como una sustancia inherente al objeto, independiente de todo tipo de relación sujeto-objeto; la presencia de sentido en lo real es tratada como un estado expresivo espontáneo o inerte de las cosas, como una significatividad constituida naturalmente, previa a toda actividad de comunicación y significación.

La crítica de Marx pone en evidencia el defecto o la limitación principal de esta problematización de la objetividad en el discurso materialista-empirista. Este

trata de fijarla como substrato metafísico, como cosa exterior siempre ya dada frente al sujeto, pero lo específico de la objetividad desborda el alcance de este intento teórico. Para problematizar adecuadamente lo que distingue a la objetividad en cuanto tal es necesario considerarla "*subjetivamente*", esto es, como proceso en curso, y como proceso que afecta esencialmente y por igual tanto al objeto como al sujeto que aparecen en él; considerarla "*como actividad*", como praxis que funda toda relación cognoscitiva sujeto-objeto y que constituye por tanto el sentido de lo real y la posibilidad de comunicar y significar.

Esta evidente insuficiencia del discurso materialista-empirista no impide, sin embargo, que Marx se reconozca a sí mismo como un continuador revolucionario de su desarrollo. En la metafísica "objetivista" de este discurso, Marx distingue la exageración de un elemento teórico que el discurso comunista debe rescatar: la insistencia en el carácter irreductible de la esencia del objeto a la actividad unilateral del sujeto.

A su vez, la modalidad idealista-racionalista de la estructura del discurso teórico moderno, según la crítica que de ella esboza este pasaje de las *Tesis*, se revela inconsecuente: dueña de un principio válido, al que ella sin embargo deforma y mistifica.

La noción básica propia de este discurso implica una problematización de la objetividad que sí alcanza a plantearla en su especificidad: la considera "subjetivamente", como proceso fundante, como actividad de constitución. Para el "idealismo" moderno, la objetividad es siempre un acto de conversión fundamental de un en-sí, de un algo unitario simple e indiferenciado en una unidad o totalidad compleja y diferenciada de sujeto y objeto;

totalidad dentro de la cual únicamente se constituye un sentido, esto es, una conexión correlativa entre una realidad significativa y una conciencia significadora.

Pero es precisamente esta problematización adecuada de la objetividad, planteada por la modalidad idealista del discurso teórico moderno, la que, contradictoriamente, sólo se encuentra en ella de manera deformada y mistificada: empobrecida de un elemento central o de una componente esencial de ella misma. El "idealismo" descuida y deja de lado el carácter prioritario de la relación sujeto-objeto con respecto a cada uno de sus dos términos, y erige al primero de ellos, al sujeto, en calidad de fuente y fundamento de ella; abandona así, al mismo tiempo que la presupone, la noción de objetividad como proceso de constitución tanto del sujeto como del objeto, e introduce en su lugar una noción diferente, en la cual el proceso de constitución aparece como un acto unilateral de construcción del objeto por parte del sujeto.

La inconsecuencia del discurso idealista-racionalista consiste, pues, en que se desdice del principio en que se sustenta, al presentarlo de manera menguada y unilateral; en que reduce la noción de objetividad a la de un proceso emanado del acto en que el sujeto "pone" al objeto.

El pasaje inicial de las *Tesis* califica de "abstracta" a esta manera inconsecuente en que el discurso teórico idealista-racionalista "desarrolla el aspecto activo" o "subjetivo" de la objetividad. Y explica: este desarrollo es abstracto —es decir, deja de lado la totalidad del proceso de constitución y sólo tiene en cuenta, exagerándola, la actividad pura del sujeto— porque la estructura teórica básica en que tiene lugar se ha formado también en referencia (abstracta) a un sólo nivel de la praxis social: al nivel de la actividad es-

piritual o teórico especulativa. La "definición" idealista-racionalista de objetividad se da dentro de una problemática fundamental que "no conoce la actividad real, material, en cuanto tal" (en la que sujeto y objeto prácticos se constituyen recíprocamente), o que "conoce" únicamente la actividad en que la razón o la fantasía parecen expresarse soberanamente en un medio pasivo a su entera disposición.

4

La crítica del discurso teórico moderno o capitalista cumple su función cuando confronta entre sí a las dos modalidades estructurales de este discurso con el fin de delinear por contraste, a partir de los resultados de esa confrontación y desde la perspectiva de las necesidades teóricas de la revolución comunista, la posibilidad de un nuevo discurso, del discurso teórico propiamente comunista.

En efecto, esta posibilidad es reconocible a partir de la constatación de que la estructura del discurso teórico moderno tiene necesariamente que elegir entre dos versiones igualmente contradictorias de una "captación" teórica inadecuada de la objetividad: o bien, en la versión de su modalidad materialista-empirista, olvida el "aspecto activo" de la objetividad, preocupada hasta la exageración metafísica por rescatar la irreductibilidad de ésta a las determinaciones del sujeto; o bien, en la versión de su modalidad idealista-racionalista, elimina esta irreductibilidad en favor de una acentuación mistificada y abstracta de ese "aspecto activo".

La posibilidad de un discurso teórico a salvo de este dilema que afecta estructuralmente al discurso teórico capitalista es reconocida por la teoría comunista, que se autodefine y se desarrolla en este escrito de Marx, como una tarea

por cumplir. Esto lo advertimos cuando, para completar la realización del principal propósito del pasaje inicial de las *Tesis*, volvemos explícitas las determinaciones centrales que esa posibilidad indica como específicas para el carácter del discurso teórico comunista y definimos a éste como un discurso teórico cuya estructura básica debe ser *dialéctica* y *materia- lista*.

En efecto, el nuevo discurso teórico debe, en primer lugar, vencer la limitación o insuficiencia de la problematización materialista-empirista de la objetividad y asumir al mismo tiempo la radicalidad, traicionada por el idealismo-racionalismo, de su problematización "subjetiva" o (según la terminología definitiva y más adecuada de Marx) *dialéctica*: debe sustentarse en una aprehensión teórica de la objetividad como proceso o praxis fundante de toda relación sujeto-objeto y por tanto de toda presencia de sentido en lo real.

Debe, en segundo lugar, "poner de pie" y recobrar la totalidad de la problematización dialéctica de la objetividad, mistificada y parcializada en su desarrollo idealista-racionalista, planteándola —mediante una adopción crítica de la insistencia materialista-empirista— como una problematización dialéctico-práctica o *dialéctico-materialista*: debe sustentarse en una aprehensión teórica de ese proceso fundante como un proceso básicamente material, como un proceso de "metabolismo" práctico entre el hombre y la naturaleza.⁴

El complejo proceso histórico-teórico que lleva a Marx a delimitar la estructura básica o el carácter específico que conviene al discurso teórico comunista

⁴ En el examen de este pasaje inicial de las *Tesis* hemos recogido algunas ideas del ensayo *La cosificación y la conciencia del proletariado* en: G. Lukács, *Geschichte und Klassenbewusstsein*, Der Malik Verlag, Berlín, 1923, pp. 94-228.

culmina, en la segunda mitad de la década de 1840, con la crítica de los intentos socialistas alemanes destinados a construir una base teórica para su doctrina y su lucha mediante la adopción y politización de la filosofía materialista de Feuerbach. Es precisamente el examen crítico del discurso feuerbachiano, como matriz propuesta para el discurso revolucionario, el que —realizado a la luz de las necesidades teóricas del movimiento proletario en su proceso de constitución en movimiento comunista— conduce a Marx a las conclusiones anotadas en el pasaje inicial de este *Grupo A* de las *Tesis*.

Decisiva en una perspectiva histórico-teórica, esta presencia de la filosofía de Feuerbach en la elaboración de la teoría marxista sólo puede reproducirse en calidad de ejemplo o ilustración en la perspectiva de la construcción lógica de las *Tesis*. El discurso materialista de Feuerbach aparece, en los dos pasajes que hemos transcrito a continuación del primero, como ejemplo de lo que no debe ser el discurso materialista del movimiento comunista; como ilustración de un intento bien intencionado pero fallido de trazar los lineamientos fundamentales de la teoría revolucionaria del proletariado.

Un intento doblemente fallido, pues oscila entre la insuficiencia del materialismo-empirismo y la inconsecuencia del idealismo-racionalismo. Las pretensiones del discurso de Feuerbach se desvanecen por una doble razón: porque —según el primero de estos dos pasajes— cuando quiere ser materialista, descuida el “aspecto activo” de la objetividad (“la materialidad como actividad”), no llega a ser “subjetivo”, dialéctico, y porque —de acuerdo al otro pasaje— cuando quiere considerar ese “aspecto activo” (“la propia actividad humana”), deja de ser materialista.

Circunscrito a la consideración de aquella actividad particular que sirve de paradigma al discurso idealista-racionalista en su aprehensión del “aspecto activo” o “subjetivo” de la objetividad, la actividad específicamente teórica, el discurso dialéctico-materialista debe arribar a un corolario, anotado por Marx en sus *Tesis VIII* y *II*: el campo y el material significativos, cuya elaboración específicamente conceptual da base a la necesidad de la actividad teórica en cuanto tal, deben ser concebidos como condición de ésta y no como su producto o resultado. La praxis social, que funda toda relación sujeto-objeto, es ella misma proceso de constitución de sentido en lo real, de relación específicamente semiótica; las significaciones que se componen en este nivel fundamental delimitan y estructuran el campo de posibilidades de significar de la actividad teórica específica.

La “verdad” del discurso teórico —y por tanto también su “falsedad”, su evasión “al misticismo”— sólo puede ser explicada si ese discurso es concebido como momento componente del proceso práctico-histórico en su totalidad (y no como acto independiente de figuración adecuada o inadecuada, “realista” o “irrealista” de una cosa). Es este proceso el que, según la tendencia immanente de su desarrollo general, organiza en cada una de sus épocas el campo de posibilidades de la producción de significaciones, es decir: jerarquiza los niveles y las regiones de problematicidad en lo real y ubica la perspectiva desde la cual ésta puede ser abordada eficazmente. Por esta razón, lo que constituye la “verdad” del discurso teórico es precisamente su compenetración con este proceso —como elaboración conceptual de las significaciones que en él se producen y que, trabajadas, deben revertirse

sobre él para su autotransformación; en la realización concreta de la tendencia
otras palabras, su "verdad" es su "poder", fundamental de este proceso práctico-his-
su contribución o participación específica tórico.

LAS TESIS DEL GRUPO B

La Tesis IV:

"Feuerbach parte del *factum* de la autoenajenación religiosa, de la duplicación del mundo en uno religioso y otro mundano. Su trabajo consiste en disolver /auflösen/ el mundo religioso en su base /Grundlage/ mundana. Pero el [hecho de] que la base mundana se desprende /abhebt/ de sí misma y se fija [como] un reino independiente en las nubes sólo es explicable a partir del autodesmembramiento /Selbstzerrissenheit/ y [del] autocontradecirse de esta base mundana. Es ésta entonces, en sí misma, la que debe ser tanto comprendida /verstanden/ en su contradicción como revolucionada prácticamente. Es decir, por ejemplo, una vez que la familia terrenal /irdische/ ha sido descubierta como el misterio de la Sagrada familia, debe ahora ser aniquilada /vernichtet/ teórica y prácticamente."

La Tesis VI:

"Feuerbach disuelve la esencia religiosa /das religiöse Wesen/ en la esencia humana /das menschliche Wesen/. Pero la esencia humana no es un *abstractum* inherente /inwohnend/ al individuo singular. En su realidad, es el conjunto de las relaciones sociales /das ensemble der gesellschaftlichen Verhältnisse/.

"Feuerbach, que no entra en la crítica de esta esencia real /dieses wirklichen Wesens/, está obligado, por tanto:

"1) a hacer abstracción del acontecer /Verlauf/ histórico y a fijar como independiente /für sich/ al ánimo /Gemüt/ religioso, y a presuponer un individuo humano abstracto (*aislado*),

"2) por lo tanto, la esencia /das Wesen/ sólo puede ser captada como 'género' /Gattung/, como universalidad interior, inexpressiva /stumme/, que conecta /verbindende/ *naturalmente* a los muchos individuos."

La Tesis VII:

"Feuerbach no ve, por lo tanto, que el propio 'ánimo religioso', es un producto social, y que el individuo abstracto que él analiza pertenece a una forma determinada de sociedad /einer bestimmten Gesellschaftsform/."

El tema predominante en el conjunto de estas tres Tesis se halla supeditado directamente al que es tratado en calidad de premisa por el Grupo A. Mientras en éste tiene lugar la definición del carácter específico del discurso teórico comunista en tanto que momento del proceso práctico, en el Grupo B se lleva a cabo la determinación de lo que debe ser la problemática específica del mismo en tanto que discurso sobre ese proceso práctico.

Basta considerar al discurso teórico dialéctico-materialista como un discurso que por necesidad está situado históricamente dentro del proceso práctico, para que se vuelva evidente que su propio carácter dialéctico-materialista implica ya una jerarquización del campo problemático que se abre ante él. Si lo real, concebido como proceso práctico, se encuentra en una era en que su acontecer lo determina esencialmente como proceso de transformación fundamental de la socialidad, resulta necesario que su problematicidad se concentre precisamente en el lado de su estructura que entra en crisis en una época tal: en lo que es propiamente su composición histórico-social. El discurso dialéctico-materialista se define así concretamente en referencia a la problemática específica de la historia de las formas sociales dentro de las cuales se realiza el proceso productivo, la praxis o actividad práctica constituyente; se configura como materialismo histórico, como teoría materialista y dialéctica de la sociedad y de su historia.

Los lineamientos centrales de esta concretización de la definición del discurso teórico comunista son los que encontramos trazados en el Grupo B de las Tesis.

El procedimiento mediante el cual se llega a este esbozo consiste en una crítica del concepto con el que el discurso materialista de Feuerbach intenta pensar la situación revolucionaria de su tiempo: el

concepto de "autoenajenación religiosa de la esencia humana". Se demuestra primero la insuficiencia de la problematización feuerbachiana para aprehender teóricamente el lugar (el mundo de la "esencia humana") en que se da esa situación revolucionaria, ese fenómeno de "enajenación"; y después se convierte a esta demostración en una indicación de lo que debe ser la problematización suficiente para tal efecto: la problematización histórico-materialista.

¿Cómo explicar el hecho de la enajenación religiosa: "la duplicación del mundo en uno religioso y otro mundano" y la sujeción de éste bajo el primero? Esta es la cuestión que se plantea el discurso de Feuerbach y que intenta resolver, en dirección materialista, mediante la determinación de la vigencia de la entidad divina a partir de una necesidad constituida en la existencia profana; mediante una argumentación que "disuelve el mundo religioso en su base mundana". El hecho de la enajenación se comprenderá así como el resultado de un acto de enajenación: un acto en que la "base mundana" o mundo del sujeto, de la esencia humana, cede o transfiere la función "subjetiva", activa o determinante, que le pertenece esencialmente, al "mundo religioso", mundo creado o mundo-objeto.

En este intento feuerbachiano de problematizar el fenómeno de la enajenación, las Tesis encuentran una debilidad constitutiva: la ausencia de los elementos conceptuales necesarios para dar cuenta, en general, de ese proceso de enajenación, cesión o transferencia de la función de sujeto, y, en particular, de esa forma religiosa que él puede adoptar. En efecto, en una concepción como la de Feuerbach —para la cual el "mundo mundano" es el medio de la realización, autoafirmación u objetivación de la "esencia humana", y

ésta es un conjunto unitario y fijo de necesidades-potencialidades o ánimos, común a todos los individuos de la especie o "género" humano— el origen de ese "mundo enajenado" que "se desprende" del mundo real queda como un hecho casual o innecesario, es decir, inexplicable. Igualmente, el concepto feuerbachiano de la composición de esa "esencia humana", que exalta al "ánimo religioso" como su elemento predominante, no tiene otra necesidad teórica que la de ser la descripción fáctica o casual del tipo de individuos humanos (el "individuo abstracto" de la religión moderna) que es observable en una sociedad peculiar, la sociedad que transita de la forma feudal a la forma burguesa.

Para concebir a la enajenación como determinación de la situación revolucionaria, indica este grupo de las *Tesis*, se requiere una problematización que, en lugar de "diluir" el "mundo enajenado" en su "base mundana", muestre la *necesidad* de que el primero "se desprenda" de ésta y cumpla con respecto a ella una función determinante. Una problematización que únicamente puede darse a partir de la estructura del discurso dialéctico-materialista, por cuanto sólo ella permite concebir a esa "base mundana", no como una substancia ya constituida y permanente, sino como el proceso en que se constituye la totalidad de un sujeto social y un objeto práctico, y en el que por tanto esas "autocontradicciones", "duplicaciones" o "en-

ajenaciones" y "revolucionamientos" se producen como momentos necesarios.

Esta indicación queda precisada (en la *Tesis VI*) cuando Marx enfrenta a la definición que da Feuerbach del sujeto de la enajenación, de la "esencia humana", la suya propia: la "esencia humana real", anota, "es el conjunto de las relaciones sociales".⁵ Son éstas, entonces, las que, en el fenómeno de enajenación, neutralizan su contradicción con las necesidades del proceso práctico, instituyéndose en un mundo autónomo que actúa determinadamente sobre él, y las que, al obstaculizar así su desarrollo, lo conducen a una situación revolucionaria.

Precisada en estos términos, la indicación del *Grupo B* de las *Tesis* es al mismo tiempo una delimitación del campo problemático específico donde el carácter *dialéctico-materialista* del discurso comunista se realiza concretamente: el campo problemático de la historia de las "formas determinadas de sociedad". La posibilidad histórica real del materialismo dialéctico está en el trabajo teórico del *materialismo histórico*.

⁵ No nos parecen convincentes las razones aducidas por A. Schaff (*Au sujet de la traduction des Thèses de Marx sur Feuerbach*, en "L'homme et la société", No. 22, pp. 30-31), para traducir "das menschliche Wesen", al comienzo de la *Tesis VI*, por "un être humain". El injustificado cambio de la determinación del artículo exagera la "terrenalización" del concepto de "esencia" —en el paso de "la Esencia (metafísica, intemporal) del Hombre" a "la esencia (histórica) humana"— al identificarlo con "estructura singular de la persona" y no, como sería lo indicado por el contexto, con "estructura general del sujeto histórico".

LAS TESIS DEL GRUPO C

En este grupo hemos reunido, en primer lugar y de manera central, a la *Tesis X* y, en segundo lugar y en papel complementario, a la *Tesis IX* y a la parte final de la *Tesis I*. Transcribimos:

La Tesis X:

“La posición /Standpunkt/ del viejo materialismo es la sociedad civil [o burguesa] /die bürgerliche Gesellschaft/; la posición del nuevo es la sociedad humana o la humanidad social.”

La Tesis IX:

“Lo máximo a lo que llega el materialismo de la intuición sensible /der anschauende Materialismus/, es decir, el materialismo que no concibe /begreift/ a la materialidad /Sinnlichkeit/ como actividad práctica, es a la observación /Anschauung/ de los individuos singulares y de la sociedad civil /der bürgerlichen Gesellschaft/.”

La parte final de la Tesis I:

“De ahí [: de la insuficiencia de su materialismo] que [Feuerbach], en *La esencia del cristianismo*, sólo considere al comportamiento teórico como el auténticamente humano, mientras la praxis sólo es captada y fijada en su forma sucientemente judía de manifestación /in ihrer schmutzig jüdischen Erscheinungsform/. De ahí que no comprende /begreift/ la significación /Bedeutung/ de la actividad ‘revolucionaria’, ‘crítico-práctica’.”

El tema predominante que unifica a estos pasajes del texto de las *Tesis* no es ya una derivación inmediata del primero y principal, elaborado en el *Grupo A*. Resulta, más bien, de la realización o el ejercicio efectivo del discurso dialéctico-materialista, como teoría histórico-materialista, en el tratamiento de una cuestión particular de importancia excepcional: la cuestión de la actualidad o de la necesidad histórico-social *de su propia existencia*. ¿Cuál es, y en qué circunstancias históricas se configura como determinante, la problemática peculiar cuyo tratamiento exige la acción de un discurso teórico de carácter dialéctico-materialista? Esta es la doble pregunta central que creemos reco-

nocer como motivo de las anotaciones reunidas en este *Grupo C*.

El procedimiento que lleva a su respuesta —es decir, tanto a la identificación de tal problemática como a su ubicación histórica— consiste, también en este caso, en una contraposición crítica de la fuente de determinación que da origen al discurso materialista-dialéctico con aquella de la que proviene el discurso materialista tradicional. A su vez, esta fuente de determinación es considerada, en ambos casos, tanto en su sentido sincrónico —esto es, como nivel de la problemática social— como en su sentido diacrónico —esto es, como proyecto histórico efectivo.

La identificación de la fuente social de determinación del materialismo dialéctico se realiza mediante la siguiente contraposición: mientras el discurso materialista tradicional trabaja sobre la base de la problematidad que se constituye en el nivel propiamente "civil" del comportamiento social, el discurso dialéctico-materialista trabaja sobre la base de la problematidad que se constituye en el nivel propiamente "humano" del comportamiento social (o en el nivel propiamente "social" del comportamiento humano).

El nivel "civil" de la socialidad es, de acuerdo a la tradición hegeliana de su definición,⁶ aquel nivel del comportamiento y de la estructura sociales compuesto por el conjunto de las relaciones que mantienen entre sí los hombres en calidad de personas libres o aisladas, propietarias privadas de mercancías, es decir, en calidad de agentes del proceso de intercambio de mercancías o de distribución de la riqueza abstracta. Por el contrario, el nivel propiamente "humano" de la socialidad es, de acuerdo al contexto de la obra de Marx en estos años,⁷ aquel nivel básico del com-

portamiento y la estructura sociales compuesto por el conjunto de las relaciones que mantienen entre sí los hombres en tanto que agentes de la producción de la riqueza social cualitativa, es decir, en tanto que elementos singularmente diferenciados dentro del sujeto colectivo o comunitario de la praxis o actividad práctica fundamental.

Pero esta identificación del nivel de la socialidad cuya problematidad requiere o exige una elaboración dialéctico-materialista no es suficiente para indicar la *necesidad real* del discurso teórico dialéctico-materialista. Para serlo debe avanzar hasta volverse un reconocimiento de la oportunidad, adecuación o actualidad histórica de ese requerimiento o exigencia. Por ello, las *Tesis del Grupo C* consideran a la fuente de determinación de la necesidad de los dos "materialismos" también en su sentido diacrónico: son dos movimientos o proyectos históricos reales, *representativos* de esos dos niveles o modos diferentes de la socialidad, los que constituyen verdaderamente a los dos tipos de problematidad abordados respectivamente por el "viejo" discurso materialista y por el "nuevo".

La problemática del materialismo empirista o tradicional se levanta en realidad a partir de un movimiento histórico: del

en el trabajo como de la ajena en la procreación, se manifiesta inmediatamente como una doble relación —de una parte, como una relación natural, y de otra como una relación social— [...]"

"Esta concepción de la historia [la del nuevo materialismo] se basa, pues, en la comprensión del proceso real de producción, partiendo para ello de la producción material de la vida inmediata, y en la concepción de la forma de convivencia correspondiente a este modo de producción y engendrada por él, es decir, de la sociedad civil en sus diferentes fases, como el terreno de toda la historia [...]" Marx, *La ideología alemana*, M.E.G.A., Berlín, 1932, I, 5, pp. 19 y 27. Cfr. *Neuveröffentlichung des Kapitels I*, en: "Deutsche Zeitschrift für Philosophie", No. 10, Berlín, 1966, pp. 1212 y 1221.

⁶ "B. *sociedad civil*, unión de los miembros como individuos independientes en una universalidad que es por ello formal, en virtud de sus necesidades y gracias a la carta jurídica como medio para la seguridad de las personas y de la propiedad y a través de un orden exterior, para sus intereses particulares y comunes..." Hegel, *Grundlinien der Philosophie des Rechts*, Werke, tomo VII, § 157, p. 306, Suhrkamp, Francfort/M., 1970. Allí mismo § 182 — § 188, pp. 339-346.

⁷ "La creación práctica de un mundo objetivo, la elaboración de la naturaleza no orgánica es la efectuación del hombre como un ser genérico conciente, es decir, como un ser que se comporta en referencia al género como a su propia esencia o que se comporta como un ser genérico. [...]"

"Precisamente en la elaboración del mundo objetivo el hombre se efectúa realmente como ser genérico. Esta producción es su vida social en trabajo. A través de ella aparece la naturaleza como su obra y su realidad. [...]" Marx, *Manuscritos económico-filosóficos*, M.E.G.A., Berlín, 1932, I, 3, pp. 88-89.

"La producción de la vida, tanto de la propia

movimiento histórico "burgués" (*bürgerlich*), que tiende a afirmar y ratificar, a reproducir y perpetuar al nivel "civil" (*bürgerlich*) del comportamiento social en su función de nivel predominante o principal de toda la estructura social.⁸ Por el contrario, la problemática propia del materialismo dialéctico se constituye a partir del movimiento histórico tendiente a la instauración del nivel práctico-comunitario del comportamiento social como nivel predominante o estructurante de la sociedad *en su conjunto*; se constituye, por lo tanto, a partir de un movimiento histórico tendencialmente comunista, radicalmente revolucionario con relación a la organización vigente de la sociedad en términos burgueses.

Podemos decir, en resumen, que en el Grupo C de las Tesis, el discurso teórico materialista dialéctico es presentado como un discurso que tiene una necesidad histórica en la medida en que es discurso teórico comunista: un discurso teórico que elabora una problemática nueva —la problemática del proceso histórico de la praxis social—, abierta para él por el movimiento histórico de la revolución comunista.

Complementarias del tratamiento direc-

⁸ Los dos usos —estructural e histórico— del término "*bürgerliche Gesellschaft*" ("sociedad civil", "sociedad burguesa") son distinguidos con claridad por Marx en *La ideología alemana*, pp. 25-26: "La sociedad civil abarca todo el intercambio material de los individuos en una fase determinada de desarrollo de las fuerzas productivas [...]" Cfr. también el apéndice de la carta de Engels a Marx del 23-9 de 1852, en: MEW, tomo 28, p. 139.

to dado al tema de este Grupo C por la Tesis X son las observaciones, anotadas en la Tesis IX y en la parte final de la Tesis I, sobre el intento hecho por Feuerbach de aprehender teóricamente la actividad social.

Dentro de la problemática de un materialismo como el de Feuerbach —materialismo empirista, que gira en torno al comportamiento social "civil" o "burgués— todo intento por concebir conceptualmente la praxis o la actividad cualitativamente productiva tiende necesariamente a reducir esta actividad fundamental al modelo de la actividad propia de los burgueses, de los individuos civiles aislados e interconectados sólo por el movimiento del dinero: al modelo de la actividad "suciamente judía".⁹

Por ello, cuando Feuerbach impugna el orden social imperante, tiene obligadamente que desconocer la posibilidad de la actividad como actividad revolucionaria, como actividad materialmente o "prácticamente crítica". Tiende, más bien, con igual necesidad, a exaltar a la actividad teórica como la única que escapa a la sordidez burguesa que él quisiera combatir. Tiende a ver a la transformación del mundo burgués más como un proceso pedagógico que como un proceso revolucionario.

⁹ Sobra decir que por actividad "suciamente judía" Marx no entiende la actividad propia de aquella función tesorisadora o acumuladora de capital-dinero, que las sociedades europeas adjudicaron a determinados miembros de la comunidad judía durante la época mercantilista de la acumulación originaria del capital. Cfr. Marx, *La cuestión judía*, M.E.G.A., Francfort, 1927, pp. 605-606.

LAS TESIS DEL GRUPO D

La Tesis III:

"La doctrina materialista acerca de la transformación de las circunstancias /Umstände/ y de la educación olvida que las

circunstancias /deben ser transformadas por los hombres y que el propio educador debe ser educado. Tiene por tanto que dividir /sondieren/ a la sociedad en dos partes, una de las cuales está por encima de ella /über ihr erhaben ist/.

“La coincidencia /Zusammenfallen/ del cambio de las circunstancias y de la actividad humana o [la] autotransformación sólo puede ser captada y comprendida racionalmente /gefasst und rationell verstanden werden/ como *praxis revolucionaria*.”

La Tesis XI:

“Los filósofos sólo han *interpretado* /interpretiert/ el mundo de distintas maneras; de lo que se trata es de *transformarlo*.”

El tema predominante en estas dos Tesis¹⁰ resulta de una exploración más detenida del tema tratado en el Grupo B. La determinación de la problemática específica que concretiza al discurso dialéctico-materialista como teoría histórico-materialista —la problemática de *la historia* de las “formas de sociedad” en que tiene lugar el proceso práctico— circunscribe necesariamente al concepto de “transformación” social, de modificación histórica del sujeto práctico, en calidad de concepto clave dentro de esa problemática. Y las Tesis del Grupo D insisten precisamente en él; parecen responder a esta pregunta: ¿cuál debe ser el concepto propiamente dialéctico e histórico-materialista de “transformación social”?

Una vez más, será la crítica de la versión que de este concepto da el materialismo empirista, en este caso humanista, la que abra el espacio para su formulación en términos dialéctico-materialistas.

El concepto materialista humanista de transformación social se construye dentro

de una problemática —derivada de la experiencia básica de la relación sujeto-objeto como una relación innecesaria o de exterioridad— que parte de la aprehensión teórica de la vida social como un proceso de adecuación o de conflicto entre dos entidades heterogéneas, preexistentes a su enfrentamiento: el “hombre” y las “circunstancias” (materiales o económico-políticas y espirituales o cultural-educativas). Sometido a este dualismo, el núcleo de la teoría social del materialismo tradicional oscila entre dos explicaciones antinómicas, ambas unilaterales e insuficientes —la una fatalista, la otra voluntarista— de la relación de determinación entre el sujeto social y el medio social: o bien define al sujeto social como resultado del medio (material y espiritual), y entonces “olvida” la actividad humana (olvida que las circunstancias son transformables por él); o bien define al medio social como pura construcción o creación (material y espiritual) del sujeto, y entonces “olvida” la vigencia autónoma de las instituciones (olvida que las circunstancias “educan” al hombre). Para este núcleo teórico del materialismo social tradicional, pensar la unidad de ambas determinaciones es tarea imposible.

¹⁰En el examen de las Tesis de este grupo hemos tenido en cuenta, sobre todo, el estudio que de ellas hace el maestro Sánchez Vázquez en las pp. 130-135 de su libro *Filosofía de la praxis*. Grijalbo, México, 1967.

De ahí que, cuando la concepción materialista humanista —a diferencia de la concepción materialista mecanicista— de la transformación social intenta salvar eclécticamente este dilema, adoptando la posición voluntarista pero sin rechazar la fatalista, lo único que hace es compendiar sus dos deficiencias. La transformación social aparece entonces como la actividad ejercida por un sector del sujeto social, por una élite reformadora y educadora —para la cual el mundo institucional sería materia dúctil, absolutamente determinable, mero resultado o creación— sobre el resto del sujeto social —para el cual el mundo institucional sería imposición férrea, absolutamente determinante.

Una verdadera superación del dilema inherente a la problematización materialista tradicional de la vida social sólo puede darse dentro de una problemática estructurada en torno a una aprehensión (dialéctica) de la realidad social como proceso totalizador, constitutivo por igual del sujeto y del objeto sociales, de los agentes y de las instituciones sociales: en una problematización que reconozca una relación necesaria o de interioridad entre ellos. Esta problematización, como hemos visto, es precisamente la que lleva a cabo el discurso teórico histórico-materialista.

Cuando el materialismo histórico desarrolla su concepto de transformación social, no está obligado a elegir ni entre fatalismo y voluntarismo ni entre humanismo elitista y mecanicismo espontaneísta; rebasa el planteamiento teórico que desemboca en estas encrucijadas y parte de la aprehensión básica del proceso histórico como proceso de "autotransformación" de la sociedad, de interpenetración de la dinámica "objetiva" o de las instituciones sociales, por un lado, y la dinámica "subjetiva" o de los agentes sociales, por otro. En su concepto, la transformación social

decisiva es el momento del proceso o la praxis social en que sus dos dinámicas interrelacionadas (el "cambio de las circunstancias" y la "actividad humana") "coinciden" en el plano de lo concreto: es un proceso o "*praxis revolucionaria*".

Esta definición permite precisar el colorario que destacábamos en el *Grupo A* de las *Tesis*, sobre la actividad teórica como elemento constitutivo del proceso práctico. El pasaje final del texto, la *Tesis XI*, aporta esta precisión.

Si es la praxis social la que funda la relación semiótica básica y la que entrega así a la actividad teórica el campo y el material significativos sobre los cuales ésta realiza su labor específicamente conceptual; y si la praxis social es un proceso histórico que decide sus configuraciones concretas (y por tanto las estructuraciones efectivas del campo semiótico) en los movimientos revolucionarios o de transformación social, resulta necesario concluir que también las posibilidades concretas que tiene la actividad teórica de alcanzar la "verdad", la calidad propia de su producción, dependen esencialmente de esas "transformaciones del mundo". La "verdad" de la producción teórica sólo puede consistir en su "poder" revolucionario específico, es decir, en la realización concreta, en su plano conceptual, de esa reestructuración o transformación radical del campo semiótico que es esbozada por el proceso revolucionario y que debe desarrollarse como componente esencial del mismo. Al asumir y efectuar la necesidad de revolución inscrita espontáneamente en el campo de trabajo teórico, la actividad teórica deviene, al mismo tiempo que revolucionaria (dotada de "poder"), "verdadera": supera las limitaciones ideológicas en lugar de someterse a ellas.

Así, de lo que se trata para la teoría, si pretende ser "verdadera", es de ser re-

volucionaria: de intervenir en el sentido del proceso que decide las posibilidades de su trabajo específico. No hacerlo sería comportarse como "los filósofos": los que ratifican con su actividad una problemática que invierte este orden real de determinación, y parten por tanto de la presuposición de que la configuración histórica del sistema semiótico en la que teorizan o bien es inmutable o bien se transforma en virtud de una dinámica autosuficiente del propio sistema. Sería, en consecuencia, operar repetitivamente pero bajo la ilusión de una creatividad teórica

independiente: pretender que se es el origen de un nuevo saber al tiempo que lo único que se hace en realidad es componer mensajes redundantes dentro de un campo discursivo solidificado y pasivamente enigmático, superado ya por el proceso histórico práctico. Sería, en fin, enfrentarse al mundo ofreciéndole productos teóricos pretendidamente nuevos, que deberían iluminarlo y guiarlo, y no entregarle más que imágenes remozadas de lo que él fue en el pasado: hermenéuticas, "interpretaciones" de lo que él ya no es.



Hacia el fin de la edad de oro de las "clases medias"

Julián Meza

Menos aberrante que la creencia en el carácter monolítico de las "clases medias", pero no menos equivocada, es la concepción según la cual el "terciario" ha crecido a expensas del proletariado industrial, reduciendo así a éste a una minoría en la "moderna sociedad industrial". Para refutar esta concepción bastaría con señalar que no por ello esta "minoría" ha dejado de desempeñar el papel determinante que, en su relación antagonica con los patrones, configura las características fundamentales del modo de producción capitalista. Pero es preciso ir al fondo de esta concepción y subrayar el hecho de que si cuadros técnicos y empleados aumentan continuamente no es precisamente en detrimento del proletariado que, en otra proporción y a otro ritmo, también sigue en aumento. En realidad, cuadros técnicos y empleados aumentan, en tanto que asalariados, a expensas de las viejas mediana y pequeña burguesía (pequeños comerciantes, artesanos, pequeños y medianos industriales, pequeños rentistas, etc.), de la misma manera que el proletariado in-

dustrial aumenta a expensas de la emigración campesina a las ciudades: no es el obrero el que desaparece convirtiéndose en cuadro (indefectiblemente, un minero será siempre un minero, y el hijo de un minero, salvo excepciones que no desmienten sino que reafirman la imposibilidad de romper esta continuidad social, será también un minero), no es el obrero el que "desaparece" o "disminuye", al mismo tiempo que crece la "clase media"; son los campesinos pobres y los pequeños burgueses en bancarrota los que se transforman de la noche a la mañana en asalariados de distinto tipo: arruinado por los grandes propietarios agrícolas, el campesino pobre abandona su parcela para ofrecer su fuerza de trabajo como obrero en las grandes ciudades, en tanto que, progresivamente, las nuevas capas de asalariados no productivos ocupan el lugar que anteriormente le correspondió a la vieja pequeña burguesía ahora desposeída, es decir toman el lugar de los antiguos pequeños propietarios, no el de los obreros industriales.

A menudo concebidos como "clases medias", pequeños productores y profesionistas independientes no son otra cosa que esa clase bastarda que era y sigue

* Este trabajo forma parte de la investigación que el autor realiza actualmente en el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM sobre *La práctica política contemporánea del proletariado y las "clases medias" en México.*

siendo la pequeña burguesía: en tanto que propietarios de medios de producción (reducidos), o gente relativamente independiente, los miembros de esta clase son patronos que obtienen un beneficio de su capital (plusvalía); pero en la medida en que son ellos mismos quienes hacen funcionar estos medios de producción, es decir en tanto que se explotan y se pagan a sí mismos un salario son también asalariados. El pequeño campesino y el artesano, decía Marx, están divididos, son dos personas: cada uno de ellos, "en tanto que capitalista, se paga un salario, obtiene beneficio de su capital, se explota a sí mismo como asalariado y se paga en la plusvalía el tributo que el trabajo debe al capital".¹

Progresivamente desarticulados por el desarrollo de las relaciones de producción capitalista, los miembros de la antigua pequeña burguesía se han convertido en trabajadores dependientes, en asalariados de "cuello blanco" (Wright Mills). En consecuencia, si la pequeña burguesía tradicional está constituida por gente independiente, por gente que no tiene necesidad de vender su fuerza de trabajo para poder existir, por la misma razón un profesionalista *asalariado*, un trabajador de cuello blanco no es, no puede ser de ninguna manera miembro de esta clase, sino precisamente un trabajador asalariado no proletario. Su condición de asalariado, de miembro de una capa social que depende de un salario para poder existir impide, por tanto, situarlo en el mismo plano que el propietario de medios de producción en pequeña escala, aunque no por ello puede ser situado en el mismo plano que el trabajador asalariado proletario, no obstante que en mu-

chos casos económica y socialmente se halle más próximo a este último que al primero. Así ocurre, en primer término porque vende su fuerza de trabajo para poder existir, pero también porque el foso que lo separa de las condiciones de vida propias del propietario de medios de producción es cada vez más profundo. Y esta profundidad tiende a ahondarse no obstante que, en determinados casos y en ciertos lugares, se haya producido una relativa elevación de las condiciones de vida del trabajador asalariado, proletario o no, puesto que no por ello las condiciones de existencia de la clase capitalista se han visto mermadas, sino que, por el contrario, han seguido elevándose, a un ritmo y en una progresión mayores que las de los trabajadores asalariados. También es cierto que en los últimos años se han registrado incrementos en la producción, en la expansión de los servicios y, en menor medida, en el ingreso,² pero no son la producción en sí, ni la expansión de los servicios, ni mucho menos el ingreso los factores que tienden a homogeneizar a la mayor parte de la población, cuando es precisamente el incremento de la producción lo que ahonda el foso que separa a los capitalistas de los asalariados, son los servicios los que intensifican la explotación del proletariado industrial y es la desproporcionada repartición del ingreso lo que más contribuye a la pauperización de capas cada vez más vastas de la población.

Ciertamente hay quienes podrían ar-

² Según T. B. Bottomore en los últimos años también se ha registrado una mejor distribución de la renta y un aumento en la seguridad del empleo (*Las clases en la sociedad moderna*, Ed. Pléyade, Buenos Aires, 1973, pp. 36-7), pero la elevada tasa de desempleo mundial y la pauperización progresiva de cada vez más amplias capas de la población desmienten categóricamente esta creencia.

¹ Carlos Marx, *Histoire des doctrines économiques*, Ed. Mollitor, t. II, p. 209.

guir que la pauperización en la moderna sociedad capitalista no representa el mismo problema que representó para las "sociedades industriales" del siglo XIX. Pero, contrariamente a esta pretensión de "economicistas" y "cientificistas", el problema de la pauperización, derivado de la acumulación capitalista, no ha desaparecido. En última instancia, es posible aceptar que, en cierta forma, este problema se halla actualmente situado en otra dimensión. Originalmente la clase de los capitalistas se beneficiaba fundamentalmente a expensas del proletariado industrial. Actualmente, a este beneficio original se suma el beneficio extraído del empobrecimiento progresivo de capas cada vez más amplias de la población (trabajadores asalariados no proletarios). Es cierto que hoy esta situación en México no se manifiesta claramente del todo: se vive una época de aparente paz social y de una todavía más aparente estabilidad económica que en gran medida logran ocultarla. Pero esta época no es imperecedera y tarde o temprano esta situación se tornará evidente desde múltiples puntos de vista. Más aún: esta situación empieza a hacerse patente en la devastadora desocupación que amenaza e incluso empieza a afectar ya no sólo a los trabajadores asalariados proletarios, sino muy especialmente a los trabajadores asalariados no proletarios que se anuncian como un nuevo ejército de reserva. Base y razón de ser del "desarrollo", el "terciario" también será su ruina, y esto son los mismos "expertos" y patronos quienes lo señalan: "la transformación de los servicios plantea, es preciso decirlo, un problema social grave e incluso dramático;" "el 'terciario' 'cobra cada vez más importancia'; esto provoca 'un bloqueo hacia el alza' de los precios porque 'los

progresos de la productividad son (en el terciario) mucho más lentos que en la industria o en la agricultura'." ³

En un país industrialmente desarrollado estas observaciones se traducen en un desencanto que echa por tierra las ilusiones fomentadas en la "clase media" durante más de diez años. En México, los efectos de estas observaciones son todavía más inquietantes, puesto que el sueño de construir un país donde las "clases medias" serían un magnífico soporte de la estructura política del sistema es todavía más reciente. De aquí el desencanto de los propios "expertos" cuando ven a los políticos profesionales hacer insistentes llamados a esas capas medias en las que fincaban todas sus ilusiones por lo que toca al porvenir del sistema político mexicano: "los llamados se orientan hacia todas las clases y todos los grupos sociales; en la práctica sólo la clase media sale beneficiada con la nueva política. Si el aparato del partido se disgrega y las rivalidades entre los sectores son cada vez más palpables, si la inexperiencia de una gran parte del personal del Estado lo lleva a quedar aislado de la base del poder, si el abstencionismo le resta día a día amplitud al asiento de su legitimidad, si el oportunismo de la oposición la somete a la voluntad del gobierno, sólo queda buscar una nueva base y ésta ha creído encontrarse en la clase media. Basta leer el *Análisis ideológico del PRI* para ver la intensidad del llamado y las ofertas que entre líneas se hacen a estos grupos. Pero estos grupos no responden y es dudoso que lo hagan en el futuro próxi-

³ Bertrand de Jouvenel: "Chroniques d'actualité", S.E.D.E.I.S., enero de 1973; Philippe Simonot: "L'Avenir du système monétaire", R. Laffont, 1972, p. 57; citados por A. Glucksmann: "Nous ne sommes pas tous prolétaires" en *Les Temps Modernes*, No. 330, París, enero de 1974, p. 1154.

mo." El razonamiento de este "experto" no es desacertado pese a que las razones que da del posible fracaso se centren únicamente en uno de los aspectos que permiten su "previsión": "En primer lugar porque se sigue insistiendo en los temas revolucionarios, en las reformas y en el cambio, temas opuestos a la ideología de la clase media, más atenta a la moralidad del aparato administrativo, a la redistribución fiscal de la riqueza, y no a las derramas, al buen funcionamiento de los servicios urbanos y, sobre todo, a la educación racional, eficiente y orientada hacia sus valores y comportamiento."⁴ Obviamente, el "experto" en cuestión deja de lado en sus "previsiones" un elemento fundamental para la comprensión no del rechazo del aparato de Estado por parte de las "clases medias", sino del rechazo de que son objeto éstas al ser afectados sus intereses con reformas fiscales que favorecen fundamentalmente al gran capital y a sus administradores.

Todos los "progresos" otrora loados por los "expertos" se desvanecen, pues, en la realidad del desarrollo capitalista. Pero en sí mismos, estos "progresos" nunca constituyeron un índice que tradujese una mejora de las condiciones de existencia de los trabajadores asalariados no proletarios, puesto que al mismo tiempo que se registraban como triunfo del "desarrollo industrial", se registraba también un reparto cada vez más desigual de lo producido, un incremento de los egresos mayor que el de los ingresos en las capas medias de la población, sobre todo, en el proletariado de fábrica, y una insuficiencia creciente de los servicios: construcción de aulas, clínicas, etc., carentes del personal y el mobiliario indispensa-

bles para su funcionamiento. El incremento de la productividad, de los servicios y de los ingresos constituyen en cierta forma artificios que pueden influir y de hecho han influido ideológicamente en la conciencia de los explotados, pero de ninguna manera han transformado cualitativamente sus condiciones de vida. La posesión de ciertos productos específicos de la "sociedad industrial" (televisión, coche, refrigerador, lavadora) no implica en sí una manifestación de ascenso social. En tanto que productos específicos de la "sociedad industrial", destinados a un mercado cada vez más amplio, estos productos hacen de sus poseedores simples consumidores. Deducir de su posesión una manifestación de ascenso social equivale a suponer que, por ejemplo, la posesión de los bienes producidos en forma restringida en los inicios del capitalismo mercantil significó para sus poseedores (artesanos, pequeños productores independientes, etc.), en la fase del capitalismo mercantil desarrollado, un ascenso en la escala social y no una transformación cuantitativa en la distribución y el consumo, producto del desarrollo capitalista.

Además, es cierto que pueden no existir diferencias en la esfera del consumo entre ciertas capas del proletariado y algunas capas de las "clases medias", pero la esfera que en lo fundamental sigue determinando la condición social de todas esas capas sociales es la de la producción y no, de ninguna manera, la del consumo: el salario de un obrero de fábrica puede permitir a éste la adquisición (a plazos) de un refrigerador, pero entre el refrigerador de éste y el refrigerador adquirido (al contado) por cualquier cuadro medio de esa fábrica la diferencia puede ser de varios miles de pesos. Al igual que los miembros de las "clases

⁴ Rafael Segovia, "La política nacional" en *Plural*, No. 22, México, julio de 1973, pp. 17-8.

medias", los proletarios pueden consumir todo cuanto se produce precisamente para el consumo, e incluso, pueden consumir más allá de sus posibilidades reales de consumo (tarjetas de crédito, préstamos bancarios, compras a plazos) pero no por ello la diferencia fundamental entre unos y otros dejará de ser el papel que desempeñan en la producción.

Los criterios y "teorías" tendientes a "unificar" a todas las clases y capas sociales en una gran cofradía universal se enfrentan a diversos obstáculos que sólo pueden ser franqueados desde el punto de vista de la lucha de clases.

Sin necesidad de ser proletarios, sin que sea preciso caracterizarlos como proletarios, por el simple hecho de ser *asalariados*, tanto los trabajadores que se denominan intelectuales como aquellos que se desempeñan en los "servicios" se alían mediante su práctica social con el proletariado. Un ejemplo: cuando, en octubre de 1974, los trabajadores de la UNAM manifiestan su disponibilidad para ir a una huelga por aumento de salarios, no se sienten diferentes de los obreros ni por sus salarios, ni por sus reivindicaciones laborales, ni por la opresión de que son objeto, ni por el tipo de lucha que están dispuestos a llevar a cabo, pues ésta trasciende el "estrecho" marco de sus reivindicaciones económicas al inscribirse en un contexto de luchas sociales en el que los obreros de fábrica encabezan las luchas por la defensa del salario y ven a éstos y a otros trabajadores de los "servicios" como sus aliados en las luchas contra los patrones.

Estas y otras manifestaciones de descontento similares (intento de sindicalización de los empleados bancarios en 1971-72) no traducen una tendencia a la supresión de las diferencias entre las clases,

sino una clara orientación al rechazo del orden social establecido que progresivamente *allá* a las diferentes capas y clases sociales que padecen la opresión del capital: los empleados que se rebelan contra la degradación de sus salarios y contra el papel social específico que se les asigna (subordinación, opresión) atacan algo que pesa a la vez sobre ellos mismos y sobre el conjunto de la población: la dominación del capital y la política que para hacer posible esta dominación llevan a cabo los administradores de los capitalistas.

Pero por otra parte no se trata, sin embargo, de una situación dada, de un hecho determinado en un solo sentido por las relaciones de producción. Estas tienden normalmente a separar, a distanciar, a oponer a una clase contra otra, a una capa social contra otra, a un grupo de individuos contra otro. Y, por esto mismo, sus luchas contra el sistema que los oprime son luchas que no buscan la identidad sino la alianza de una clase con otra, de unas capas con otras, de un grupo de explotados con otros. Lógicamente, pues, la unidad entre el proletario y los trabajadores asalariados manuales o intelectuales no está dada, sino que está siempre por realizarse. La opresión a la que se hallan sometidos tiende a oponerlos: la anarquía burocrática exaspera al obrero, fatiga al empleado y deja abatidos al uno frente al otro. Lo que los unifica no es la *identidad* de una misma condición proletaria, sino las posibilidades de *alianza* entre dos fracciones oprimidas del pueblo (A. Glucksmann).

Esta opresión unificadora que pone en cuestión la supuesta identidad de todas las clases y capas sociales, a las que se presenta agrupadas monolíticamente con fines políticos, es posible advertirla por-

que los asalariados no proletarios de base sólo en apariencia gozan de los privilegios de los que se les hace creer que disfrutan: las presiones sociales, los convencionalismos estandarizados materialmente obligan a la empleada del supermercado, a la taquimecanógrafa, a la recepcionista que ingresa actualmente no más de mil quinientos o dos mil pesos mensuales a gastar buena parte de sus salarios en arreglos personales (ropa, cosméticos) que les impiden o les limitan toda posibilidad de "ocio" (distracciones, vacaciones) como aquella de la que regularmente disfruta cualquier patrón. Y esto para no referirse a las necesidades más elementales (comida, habitación, transportes) que, en muchas ocasiones, son apenas sufragadas, es decir reducidas a su mínima expresión: la subsistencia siempre al borde de la anemia, de la desnutrición que pasa por dieta o es enmascarada por los cosméticos. Y aun aceptando que existen "cuellos blancos" que disfrutan de ciertos privilegios una vez satisfechas sus necesidades elementales, se verá que estos privilegios no son tales al confrontarlos con las necesidades generadas por el desarrollo de las fuerzas productivas. ¿O acaso constituye un privilegio para un "empleado de confianza" que trabaja en una fábrica situada en la zona industrial de Tlalnepantla y que vive en el sur de la ciudad de México recorrer aproximadamente cien kilómetros diarios en su volkswagen para ir de su casa a su lugar de trabajo y viceversa, añadiendo así dos o tres horas a su jornada "normal" de trabajo? ¿O bien será un privilegio para este moderno asalariado presenciar un partido de fútbol por televisión el domingo por la mañana, después de haber recorrido durante la semana entre quinientos y seiscientos kilómetros

que aumentan considerablemente el tiempo de trabajo que invierte en llevar la contabilidad de una empresa, cuyos "expertos" le proporcionan un abrumador caudal de cifras destinado a minimizar las ganancias y a abultar los costos?

Sociólogos y "expertos" están de acuerdo en definir a los asalariados que no desempeñan ningún trabajo manual en base a su calificación técnica y al papel que ésta desempeña en la producción y en la organización de la producción. Y precisamente por esto el problema de su pertenencia de clase, cuando se le toma en cuenta, sólo interviene con posterioridad. Definida así, al margen de las clases, en el cuadro neutro de la producción en general, la calificación de los trabajadores intelectuales tiende a hacer de ellos una no clase. En el estudio de las clases sociales, esta "definición" introduce la confusión que sirve a los mismos sociólogos y "expertos" para hacer todavía más incomprensibles las relaciones sociales específicas de la sociedad capitalista moderna. Políticamente las pretensiones son todavía más ambiciosas: privilegiar la apariencia de la paz social con la que se pretende embalsamar a la sociedad del terciario (A. Glucksmann).

Surgida recientemente en apariencia, las raíces de esta concepción remontan a muy lejos. Y su supuesta neutralidad se da la mano con los criterios "científicos" que, pretendiéndose despojados de toda ideología, ven en los productos de la ciencia y de la técnica el resultado de un trabajo "objetivo", situado por encima de las clases y de las ideologías. Ya Th. W. Adorno y Max Horkheimer denunciaron esta pretendida neutralidad en el pasado,⁵ pero actualmente no son pocos

⁵ Cf. Th. W. Adorno y Max Horkheimer, *Dialéctica del Iluminismo*, Ed. Sur, Buenos Aires, 1970.

los trabajos que han puesto al descubierto su falsedad.⁶ Situadas en el interior del cuadro de las relaciones de producción capitalista, ciencia y técnica obedecen a las necesidades del desarrollo capitalista en toda "sociedad industrial" o "en proceso de desarrollo industrial", y los asalariados técnicos y científicos, convertidos en abanderados del "progreso" por obra y magia de los "expertos", no son en absoluto ajenos a estas necesidades. Producto del desarrollo de las fuerzas productivas, técnicos y científicos disfrutaban de la división del trabajo que los apologistas del "desarrollo" pretenden ignorar o tratan de ocultar por todos los medios a su alcance, pero que día a día se manifiesta con toda nitidez ahí donde la fábrica sigue siendo el fundamento de las relaciones de producción capitalista.

En las sociedades donde el "desarrollo industrial" es sólo una declaración de fe o un objetivo por alcanzar (México, por ejemplo), hasta fechas muy recientes el crecimiento del "terciario" aún no había sido visto como un problema o, por lo menos, como un obstáculo para el desarrollo de la producción industrial a mediano y largo plazo. Antes bien, el progresivo incremento del "terciario" se concebía e interpretaba como expresión del "desarrollo industrial" que se consolidaría definitivamente cuando tres de cada cuatro individuos laborasen en el "sector de los servicios". Esta era la nueva edad de oro prometida por los exégetas del "progreso" a las sociedades que ven en el "desarrollo industrial" el fin de las clases y los "conflictos" entre las clases. La lla-

mada inflación mundial primero, y la amenaza de una recesión, después, han venido a poner punto final a estos sueños de iluminado. Al igual que la prometida edad de oro se anuncia a los "países en proceso de desarrollo" vía los "expertos" de las "naciones desarrolladas", el anuncio de sus últimos días son también estos mismos "expertos" quienes lo hacen. Advertidos de la urgencia de hacer frente a la llamada inflación mundial, "expertos" nacionales e internacionales proponen ahora un sinnúmero de restricciones y frenos a la "capacidad de consumo" de las capas sociales que apenas hace unos años ellos mismos consideraban base y razón de ser del "progreso" y la paz social en la sociedad capitalista moderna. En los Estados Unidos es John Kenneth Galbraith uno de los primeros en confirmar que la prometida edad de oro amenaza con convertirse en edad de piedra: "De ninguna manera nadie debe creer en las predicciones de que está mejorando. Ya llevamos seis años oyendo esas predicciones. No están basadas en pruebas sino en esperanzas y también en la inquebrantable fe de los economistas y hombres de negocios, cuando éstos laboran en la administración pública, a efecto de que si ellos predicen que las cosas van a mejorar así sucederá." Pero ¿por qué este descreimiento? Simplemente porque la inflación está arruinando a "los viejos, débiles y pequeños, para darles a los grandes, organizados y hábiles", al mismo tiempo que reduce los ingresos reales "de las universidades, hospitales, bibliotecas y toda clase de instituciones útiles adicionales [¿servicios?] y de la gente que trabaja en ellas [¿clases medias?]". ¿Cómo, pues, combatir la inflación y reorientar la marcha de las sociedades, si no hacia otra nueva edad de oro por lo menos

⁶ Cf. Jürgen Habermas, *La science et la technique comme "idéologie"*, Gallimard, París, 1973; Alain Jaubert y J. M. Lévy-Leblond (*Auto*) *critique de la science* (recopilación de textos), Seuil, París, 1973.

hacia el mundo de la paz social que parecía reinar en la sociedad dividida en clases? Para Galbraith la solución está al alcance de la mano, hacer que las "clases medias" paguen el costo de la política antinflacionaria: restringir el poder adquisitivo a través del presupuesto, mediante un rápido y eficiente incremento de los impuestos. En pocas palabras, lo que propone Galbraith consiste en "gravar a aquellos que se han beneficiado más (o sufrido menos) por la inflación y exonerar hasta donde se pueda a los demás". Pero, ¿quiénes son los que se han beneficiado más? Nada menos que las "clases medias", aquellos que ingresan entre 15 y 20 mil dólares anuales. Y ¿quiénes son los demás? Pues nada menos que las corporaciones, cuyos impuestos "también deberían aumentarse un poco".⁷

Ágiles, ricos en reflejos, los "expertos" mexicanos no pueden menos que coincidir con Galbraith. Veamos lo que dice uno de ellos. Para Carlos Bazdresch sólo se puede "estabilizar la inflación" sustituyendo la llamada política de "desarrollo estabilizador" que favorece a las "clases medias" mediante una "nueva estrategia de desarrollo" que tienda a mantener la rapidez del "crecimiento", aumentar la generación de empleos, evitar exageradas alzas de precios y reducir la dependencia externa. ¿Cómo lograrlo? Muy fácilmente: hay que "reducir la rapidez del incremento del consumo de las clases media y alta. Poco importa a Bazdresch que esta política suponga un Estado fuerte "capaz de oponerse a las fuentes mismas de su poder, que se encuentran en el sector moderno", es decir a las "clases

⁷ John Kenneth Galbraith, "La inflación: un peligro mortal que no conoce ideologías" en *Diorama de la cultura de Excelsior*, México, domingo 29 de septiembre de 1974, pp. 2 a 5.

medias" que laboran en el "terciario".⁸

Puesto que los Estados Unidos hacen pagar su "terciario" al conjunto de países capitalistas "desarrollados" o "en proceso de desarrollo" (manufactura de artículos para el consumo interno y para la exportación en los países industriales de Europa y en Japón; inversión de capitales en Africa, en el sureste asiático y en América Latina, etc.), es éste el único país donde los trabajadores asalariados no proletarios son más numerosos que los obreros de fábrica. Pero en los demás países capitalistas el aumento de la masa de los asalariados no proletarios no corresponde al aumento de ese "terciario" mítico en el que se incluyen empleados, cuadros medios, cuadros superiores, profesionistas y uno que otro patrón. Así vistos, los efectos de este aumento no avanzan en el mismo sentido que los deseos de los "expertos". Todavía están por analizarse detenidamente los efectos del incremento de los servicios sobre el "desarrollo industrial", pero tal vez no resulte del todo equivocado afirmar que "el bloqueo de una economía como la inglesa se debe a lo numeroso de los cuellos blancos en ese país". Y si no, que lo digan los propios "expertos". Según B. de Jouvenal, el aumento creciente de los servicios —ese factor de encarecimiento continuo— es la fuente de la inflación actual en Japón, Francia, Inglaterra e Italia. Rampa de lanzamientos de la "revolución científica y técnica", los cuellos blancos son sobre todo los *faux frais* del "desarrollo": "La acumulación de los servicios pasaba —pasa todavía— por ser una causa del aumento del Ingreso Nacional; sin embargo, la intensificación de la competencia mundial tiene otra significación:

⁸ Carlos Bazdresch, "La política económica" en *Plural*, No. 22, México, julio de 1973, p. 19.

lo más se vuelve menos, lo que era enriquecimiento se convierte en pérdida a secas.”⁹

La conclusión a la que han llegado “expertos” y patrones da al traste con lo que fuera exigencia y preocupación principal durante algunos años: el aumento de los servicios; y los mismos “expertos” se ven obligados a aceptar que las “predicciones” de Marx no eran simples predicciones: el “desarrollo” precisa menos del “terciario” y más del proletariado, menos de las erogaciones y más de las ganancias, aunque no se olvida que no es en el marco de la “paz social” adonde se podría convencer a los “cuellos blancos” —cuyas ilusiones los mismos “expertos” alentaron durante años— de que es preciso sustituir la oficina por la fábrica, a no ser al precio de trastornos sociales que indefectiblemente echarán por tierra la apariencia de paz social. ¿O acaso antes nos será dado contemplar el espectáculo de las “oficinas cerradas”, como ya se presenciaba y se sigue presenciando el de las fábricas que cierran por falta de materias primas o por exceso de producción?

Es cierto que algunos “trabajos improductivos pueden, incidentalmente, sujetarse al proceso de producción y su precio incluirse en el de las mercancías, con lo cual el dinero gastado en ellos forma parte del capital adelantado. Así, puede parecer que estos trabajos se intercambian por capital y no por renta”. Ejemplo: el precio de los servicios del gobierno. Pero la verdad es que en “este caso se trata de *faux frais* de producción, de una forma contingente —y de ninguna manera determinada, immanente y necesaria— del proceso de producción capitalista. Si, por ejemplo, todos los impuestos indirectos

fuesen transformados en impuestos directos, habría que pagarlos tanto antes como después, pero ya no aparecerían como un adelanto del capital, sino como un gasto de renta. Su carácter contingente, indiferente y fortuito para el proceso de producción capitalista se ve en el simple hecho de que pueden cambiar de forma tan fácilmente. Por el contrario, si el trabajo productivo cambiase de forma ya no habría renta del capital y ni siquiera capital”.¹⁰

¡Cada día aumenta más el terciario!
¡Comparado con las clases medias, el número de obreros disminuye!: fúnebres cantos de victoria de los científico-positivistas que, sin embargo, nunca llegaron a explicar satisfactoriamente el por qué de ese fenómeno ni, menos aún, a prever, aunque sólo hubiese sido parcialmente, sus posibles consecuencias. Más que corroborar el innegable aumento del personal de los “servicios”, habría cabido explicar sus causas y sus posibles efectos que, bien miradas, no resultaban indiscutibles: quien explota el mayor número de obreros posible, al costo más reducido posible, hace sus productos más competitivos y atrae el mayor número de capitales. Ocurre exactamente lo contrario cuando aumenta el “terciario”, cuyo carácter parasitario se manifiesta claramente en el aumento de la población que ocupa, en el incremento de su costo y, sobre todo, en el hecho de que este aumento y este incremento redundan en perjuicio de la producción industrial, puesto que el costo de los servicios se grava en los precios de las mercancías producidas, inflándolos considerablemente.

Confirmadas estas apreciaciones, que los “expertos” no han tardado en evidenciar,

⁹ A. Glucksmann, *Nous ne sommes pas tous prolétaires*, op. cit., pp. 1153-54.

¹⁰ C. Marx, *Un chapitre inédit du capital*, 10/18, París, 1971, pp. 230-31.

los patrones empiezan a decidir sacrificar la apariencia (el "terciario") a la ganancia (la producción industrial al más bajo costo posible), y los propios "expertos" se encuentran, de la noche a la mañana, en las filas de los desocupados, confirmando en carne propia el último de sus descubrimientos: todo tiempo pasado fue mejor. Poco importa que la habilidad de los políticos profesionales pretenda encubrir los efectos de estos descubrimientos:

hay que "organizar a las clases medias"; hay que "convencerlas de que forman parte de los objetivos revolucionarios" (del PRI);¹¹ en tanto que asalariadas, la realidad social de nuestros días condena a numerosas capas de los trabajadores improductivos a soportar (a semejanza del proletariado) el peso de la dominación del capital.

¹¹ Jesús Reyes Heróles en *Excélsior*, 10 de noviembre de 1974.



Ciencia y tecnología en el desarrollo capitalista*

Enrique Leff

El origen de las ciencias es casi tan antiguo como la propia civilización;¹ el conocimiento científico surge del contacto que establece el hombre con la naturaleza, de la observación de fenómenos que han sido fuente de formas diversas de pensamiento: mitológico, religioso, filosófico y científico. Desde la antigüedad, estas formas simbólicas se desarrollaron de manera complementaria, debido a la necesidad y la capacidad inherentes al hombre de comprender e integrarse al mundo que habita, y de encontrar un sentido a su existencia. Sin embargo, la confluencia de la ciencia, la filosofía y la religión no ha estado exenta de conflictos en el curso de la historia.²

En diferentes épocas ha dominado una

de estas formas de pensamiento, delimitando el campo de desarrollo de las otras y conformando la superestructura ideológica de diferentes culturas y civilizaciones. De esta forma, el oscurantismo del pensamiento religioso durante la Edad Media fue determinante del retraso de la ciencia. Más tarde, el propio despertar de la ciencia y su desarrollo vertiginoso durante el Renacimiento, fueron factores importantes en la transformación de las bases (materiales e ideológicas) en que se apoyaba la sociedad europea hasta el siglo XIV. La concepción de un sistema solar heliocéntrico venía a romper las concepciones religiosas, filosóficas y estéticas que situaban a la Tierra en el centro del Universo y al hombre como ser supremo de la creación, cuestionando de esta forma los principios en los que se apoyaba la Iglesia como centro hegemónico del poder ideológico, político y económico de la época. Esto produjo el rechazo de las instituciones religiosas a los avances de la ciencia surgidos del pensamiento de Copérnico y Kepler, culminando con las persecuciones que sufrió Galileo hasta su muerte por sostener dichas teorías... Esta confrontación tuvo como resultado un largo periodo de re-

* Deseo expresar mi agradecimiento a Jacqueline Fortes por sus observaciones que permitieron mejorar la redacción del presente ensayo, y a Alicia Castillo por su colaboración en la transcripción del mismo.

¹ E. Nicol, *Los principios de la ciencia*, Fondo de Cultura Económica, México, 1965.

² B. Russel, *Religión y ciencia*, Fondo de Cultura Económica, México; T. H. Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1971; J. Hodara, *Científicos vs. políticos*, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Serie Estudios No. 5, UNAM, México, 1969; véase especialmente el caso de "Galileo y la Revolución Copernicana".

traso en el desarrollo de las ciencias que perduró hasta dos siglos después de estos acontecimientos y al que puso fin la publicación de los *principia* de Newton a fines del siglo XVII. Para entonces, el advenimiento del capitalismo jugará un papel preponderante en el desarrollo subsecuente del conocimiento científico.

A diferencia de la antigüedad de la ciencia, se acepta generalmente que el conocimiento tecnológico no adquiere autonomía propia sino hasta el momento en que se distingue como un elemento estratégico de la producción, una vez que se ha desarrollado la Revolución Industrial en Inglaterra. Tomada en este sentido, la conceptualización misma de la tecnología adquiere un carácter histórico: ésta toma forma en el momento en el que confluyen una serie de factores políticos y principalmente económicos, para transformar desde sus bases la estructura social tradicional en Europa, y establecer un nuevo modo de producción que cambiaría radicalmente la organización económico-social del mundo entero.

Sin embargo, si definimos la tecnología como la organización del conocimiento para la producción, vemos que sus raíces se encuentran en el ingenio de las primeras civilizaciones para procurarse sus medios de subsistencia; podemos considerar que los instrumentos más primitivos para la pesca o la caza necesitaron una cierta organización de conocimientos. La agricultura sedentaria, el descubrimiento y la aplicación de la rueda en la producción agrícola o en la construcción de templos de culturas antiguas, así como la invención de los instrumentos necesarios para la navegación, son producto de una organización interna de la psique humana, del aprendizaje producido de la

experimentación y de la observación sistemática de fenómenos naturales, y de la capacidad pura y simple de invención del hombre,³ estos procesos creativos no son sustancialmente diferentes de aquellos puestos en marcha en la elaboración de los conocimientos tecnológicos modernos.

Más aún, ya sea en las civilizaciones europeas preindustriales que en las culturas mesoamericanas precoloniales, la tecnología (la introducción de nuevas técnicas y su organización productiva) fue un factor determinante de su desarrollo. De esta forma Wolf y Palerm⁴ concluyen sus investigaciones sobre los sistemas agrícolas de las culturas indígenas de América, afirmando que:

"...la intensidad relativa y la extensión geográfica de cada etapa de desarrollo guardan estrecha relación con la variedad de las condiciones ambientales de Mesoamérica, con las tecnologías agrícolas empleadas, y con ciertos aspectos institucionales que resultan críticos para el desarrollo y la eficiencia de nuevas tecnologías..."

Con el advenimiento del Renacimiento, la creatividad humana adquiere un impulso impresionante en las artes así como en la ciencia y la técnica. Pero fue hasta la etapa de maduración del capitalismo cuando se establece una tecnología, producto de la incorporación de los descubrimientos científicos a los factores de la producción, y especialmente al capital. Fueron estas innovaciones tecnológicas las que determinaron el desarrollo a un ritmo sin precedentes de las fuerzas productivas y permitieron suavizar las con-

³ H. Hodges, *Technology in the Ancient World*, Penguin Books Ltd., 1971.

⁴ A. Palerm y E. Wolf, *Agricultura y civilización en Mesoamérica*, Sep Setentas, México, 1972, p. 206.

tradiciones que enfrentaba la composición orgánica del capital en la profundización de su proceso acumulativo.

Antes de ese momento, la fuerza motriz de las transformaciones sufridas en las formas de producción se debió más al desarrollo de la técnica que al de una tecnología científica. A través de un análisis de la historia de las técnicas, veremos que éstas tuvieron un avance casi independiente de las ciencias; más aún, frecuentemente las primeras sirvieron de punto de partida para el desarrollo del conocimiento científico. Dumas⁵ hace resaltar este hecho en un texto por demás interesante:

"...Es tradicional subordinar el desarrollo de las técnicas al progreso científico. Nada es menos exacto. Es necesario abandonar el esquema elemental según el cual el conocimiento científico de los fenómenos naturales ha dirigido, de época en época, la evolución de las técnicas. Hace apenas un siglo solamente que las ciencias ejercen una influencia profunda sobre las técnicas, mientras que probablemente desde los orígenes del pensamiento las técnicas han sugerido a los sabios los temas de sus investigaciones.

"En el sentido que nos interesa aquí, las relaciones entre ciencia y técnica permanecieron muy fragmentadas durante más de veinte siglos. Comenzaron seguramente por los aportes elementales de la astronomía y la aritmética. La gran actividad científica del siglo de Pericles no se tradujo en ningún avance apreciable de la técnica. Si la expansión del pensamiento chino fue acompañada de una multiplicación de técnicas refinadas, éstos no recibieron prácticamente nada de las especulaciones científicas contemporáneas. Los constructores de catedrales me-

dievas aparentemente no tomaron nada de los matemáticos, en una época en que la navegación y la medicina empezaban apenas a utilizar los descubrimientos de la ciencia. Hacia fines del siglo XVI, el aporte de la ciencia se manifiesta mejor; el ejemplo más demostrativo es la aplicación que hace Huygens del isocronismo de las oscilaciones del péndulo, descubierto por Galileo, a la regulación de los relojes. Aun, éste queda como un ejemplo aislado. Hacia tiempo que se construían las brújulas cuando apareció el primer estudio moderno sobre magnetismo y el De Magnete de Gilbert no fue de ninguna utilidad a los navegantes. De la misma forma, el problema del cálculo de la longitud en altamar suscitó la creación del Observatorio de Greenwich, pero no fue verdaderamente resuelto sino cuando hacia mediados del siglo XVIII los relojeros aprendieron, con los únicos recursos de su arte, a construir cronómetros satisfactorios.

"Así fueron las cosas hasta la mitad del siglo XIX aproximadamente. Las máquinas de vapor funcionaban hacia setenta años más o menos cuando se intentó elaborar su teoría, y ésta no fue establecida sino medio siglo más tarde. De la misma forma, la construcción de las máquinas-herramienta precedió los trabajos teóricos de los mecánicos del siglo XIX, y lo mismo sucedió con la fabricación de ácidos minerales con respecto al sistema químico de Lavoisier.

"No fue sino hasta esta etapa cuando los intercambios entre los dos campos de actividad empezaron a compensarse. La industria química fue rápidamente la beneficiaria de los descubrimientos de los químicos orgánicos de la primera mitad del siglo XIX, la electroquímica y el telégrafo eléctrico aparecieron rápidamente después de los trabajos de Volta, Davy, Ampère y Faraday. Pero la electrónica tuvo que esperar, hacia fines del siglo, las invenciones de Paccionotti y de Gramme. La industria, cuya expansión, a par-

⁵ M. Dumas, *Histoire Générale des Techniques*, PUF, París, 1962, citado en D. Furia y P. Ch. Serra, *Techniques et Sociétés*, Armand Colin, París, 1969, pp. 201-202.

tir de 1850 aproximadamente, suscitó la aparición del ritmo contemporáneo de la producción industrial, la metalurgia, no recibió un estímulo importante de la investigación científica sino hasta finales de siglo solamente.

"Aun, no debemos ignorar que la técnica es frecuentemente la iniciadora. Los primeros motores de explosión funcionaron sin la ayuda de la termodinámica, los primeros aviones volaron sin la de la aerodinámica. La ciencia de la radioelectricidad nació después de las primeras emisiones de la telegrafía sin hilos, y la electroacústica después de la grabación de sonidos. Los primeros materiales plásticos no debían nada a las teorías de la síntesis química..."

El análisis anterior resulta bastante concluyente para apreciar el papel secundario que jugó la ciencia en la transición hacia el capitalismo, así como en las primeras fases de su establecimiento como modo de producción dominante. Sería pues exagerado otorgarle una función determinante en los cambios sociales que llevaron al establecimiento del sistema capitalista.

Aunque siempre las estructuras económicas condicionaron el avance de la técnica, más tarde, la consolidación del capitalismo competitivo —con la multiplicación de las manufacturas en un primer momento, y el desarrollo de un sector de bienes de capital en el desarrollo de la producción capitalista— da lugar a un ritmo progresivo de innovaciones tecnológicas que requieren cada vez de mayores conocimientos científicos para elevar la eficiencia de los procesos productivos, confiando a la tecnología industrial un carácter cada vez más importante en el desarrollo de la acumulación capitalista. Herrera ⁶ señala que:

⁶ A. D. Herrera, *Ciencia y política en América Latina*, Ed. Siglo XXI, México, 1971, pp. 58-59.

"...A medida que la abundante mano de obra disponible para la transformación de la agricultura fue absorbida totalmente, y que la expansión comercial hizo aumentar la demanda, se sintió la necesidad de mecanizar el trabajo para aumentar su productividad. La necesidad de construir máquinas y la demanda subsecuente de fuentes de energía, empezó a crear problemas que requieren, para ser resueltos, de conocimientos científicos mucho más avanzados que en la primera etapa: problemas metalúrgicos, de resistencia de materiales, de utilización eficiente de combustibles, etc. Sin embargo, es en una tercera etapa —con el desarrollo de la industria química y los comienzos de la utilización de la electricidad como fuente de energía—, que la tecnología basada en la ciencia se convierte verdaderamente en el motor del progreso industrial..."

El desarrollo de las ciencias y su incorporación a la esfera productiva de diferentes civilizaciones, nunca se ha presentado como un desarrollo del conocimiento independiente de su estructura social y de su organización productiva. En todo momento, es la complejidad del sistema social (su superestructura ideológica, su organización burocrática, sus modos de producción) la que ha determinado la forma y el contenido del desarrollo de la ciencia, así como de la incorporación de los conocimientos a las estructuras productivas y a la transformación de las relaciones de producción.⁷

Para comprender este punto, resulta interesante el estudio de las investigaciones llevadas a cabo por Needham sobre la sociedad china;⁸ su organización social fue capaz de estimular el desarrollo de

⁷ J. D. Bernal, *Science in History*, Penguin Books.

⁸ J. Needham, *La Science Chinoise et l'Occident*, Ed. du Seuil, París, 1973.

una ciencia y una técnica mucho más poderosas que en occidente durante la antigüedad y el medievo, pero al mismo tiempo impidió la aparición de una ciencia y una tecnología modernas, así como de un proceso de acumulación capitalista similar al seguido por los países industrializados. Esto se explica por el hecho de que los chinos nunca tuvieron una economía completamente monetarizada y por el fracaso de la clase de comerciantes en su ascenso hacia el poder. Inversamente, la expansión del capitalismo comercial y su concentración, fueron algunos de los factores (aunque no los únicos), que estimularon el desarrollo de la producción manufacturera en Inglaterra, desencadenando así la Revolución Industrial de occidente. Varios autores han estudiado y tratado de dar respuestas originales a este complejo proceso que determinó la evolución de la tecnología moderna y su incorporación en el desarrollo del sistema capitalista.

Para Schumpeter, lo esencial fue la existencia de una clase empresarial con un espíritu innovador especial; para Weber fue el espíritu capitalista surgido de la ideología calvinista; para Rostow el factor determinante es la interacción de estos empresarios en una sociedad con una actitud científica moderna. Sin embargo, todos estos factores resultan más los efectos que las causas que pusieron en marcha la Revolución Industrial.

Habiendo llegado a este primer punto sobre el desarrollo del conocimiento técnico-científico y sus efectos en la esfera productiva, es necesario destacar algunos de los rasgos distintivos del proceso histórico que dio nacimiento a la gran industria moderna. Las transformaciones sociales que lo antecedieron y lo acompañaron no fueron simplemente un efecto

del desarrollo del conocimiento y del *savoir faire* de los técnicos para aplicarlos a la producción industrial. De hecho, una serie de condiciones preexistentes, como la expansión de la productividad agrícola y los cambios profundos que sufrió la estructura social inglesa (y luego europea) entre los siglos XVI y XIX, fueron decisivos en la aparición del fenómeno histórico conocido como la Revolución Industrial.

Bairoch,⁹ en un análisis sistemático de la información disponible del periodo anterior y durante la Revolución Industrial en Inglaterra y Francia, trata de cualificar la importancia de los factores que desencadenaron dicho proceso. Concluye desechando como factores determinantes, al desarrollo de las técnicas industriales, a la elevación del ritmo de crecimiento demográfico, a la alza de los precios o a la acumulación del capital comercial, y destacando como motor principal al crecimiento de la productividad agrícola que precedió al desarrollo de las manufacturas. Sin embargo, en el análisis de Bairoch subyace una concepción mecanicista de las transformaciones sociales; pierde de vista que la confluencia de un mismo factor de cambio con otros, en distintos momentos históricos, adquiere una relevancia cualitativamente distinta en cuanto a sus efectos sobre las transformaciones estructurales de una sociedad, esto es, la concepción dialéctica de la historia.

Si bien la producción de un excedente agrícola era indispensable para alimentar al proletariado industrial que empezaba a formarse en la sociedad inglesa del siglo XVIII, esto tuvo como causas históricas la destrucción de las estructuras feudales preexistentes. En efecto, la "crisis" del si-

⁹ P. Bairoch, *Revolución industrial y subdesarrollo*, Siglo XXI Ed., México, 1967.

glo XVII¹⁰ tuvo como consecuencia la aparición de una economía de pequeños propietarios agrícolas, única estructura productiva que hubiera permitido la aplicación de innovaciones técnicas en la agricultura, y que el alza consecuente en la productividad, repercutiera en un crecimiento de la demanda de productos industriales, de manera que fuera estimulado el desarrollo de las manufacturas. El establecimiento de los "talleres a domicilio" transformó la estructura agraria tradicional y desarrolló la producción "industrial" antes del establecimiento del sistema fabril de producción.

En el proceso de descomposición de las estructuras agrarias, la oferta abundante de mano de obra y las innovaciones introducidas en la manufactura de textiles, permitieron la venta a precios bajos, de volúmenes crecientes de mercancías, lo que elimina progresivamente la industria artesanal, y aumenta la transferencia de trabajadores del campo a la ciudad; esto marca la primera fase de la acumulación capitalista.

La posibilidad de realizar la plusvalía extraída en la producción de bienes de consumo, y la facilidad para presionar sobre los salarios de los trabajadores hizo aumentar la masa de ganancias que comenzó a invertirse en el sector de bienes de capital de forma extensiva. La estructura del sistema productivo no imponía la introducción de innovaciones tecnológicas en dicho sector, en un primer momento; sin embargo, el crecimiento posterior de la demanda de minerales, principalmente para la producción de ferrocarriles, indujo la producción de innovaciones importantes en el campo de la metalurgia, y un

¹⁰ E. Hobsbawm, *En torno a los orígenes de la revolución industrial*, Siglo XXI Ed., describe los rasgos principales de esta "crisis". Ver en especial la primera y segunda secciones.

cambio hacia la acumulación intensiva de capital.

La absorción del excedente estructural de la mano de obra marca una transformación fundamental en la acumulación capitalista; la disminución en la oferta de trabajo induce un proceso de innovaciones en el sector de bienes de capital que cristalizan en tecnologías cada vez más ahorradoras de mano de obra. Pronto la oferta de bienes de capital rebasa la capacidad de absorción del mercado interno, pero la posibilidad de venderlos en los mercados mundiales, permite mantener las ganancias de dicho sector, y reducir los costos de inversión en la producción de bienes de consumo, estimulando las tendencias del progreso técnico hacia una mayor mecanización.¹¹

Aunque lo esencial del proceso de transformación que dio lugar a la Revolución Industrial debió nacer de cambios internos de las estructuras sociales y la organización productiva en Inglaterra, muchas causas externas influyeron en este hecho histórico.

La aparición de una mecanización incipiente de la industria textil en Flandes y el alza de precios de la lana, habían provocado la transformación de las tierras cultivables en grandes extensiones de pastizales para aumentar la competitividad de la industria lanera inglesa. Esta concentración de tierras, marcada por los famosos "enclosures" repercutió en un éxodo rural importante hacia las ciudades en el momento en que empezaban a aparecer los primeros talleres, que darían lugar a la manufactura capitalista. La aceleración de este proceso conduce a la aparición de una clase de empresarios capitalistas y a la formación de un prole-

¹¹ C. Furtado, *Desarrollo y subdesarrollo*, Ed. Eudeba, Buenos Aires, 1964.

tariado industrial desposeído de sus tierras y medios de producción propios, cuyo trabajo a precios bajos permitía una producción abundante; ésta podía ser absorbida por un grupo de pequeños propietarios rurales, por los comerciantes y los grandes propietarios aún existentes, y por la burguesía en ascenso. Esto permitía realizar la plusvalía extraída en el proceso productivo y acelerar la dinámica de la acumulación capitalista, sustituyendo progresivamente las manufacturas urbanas a la producción agroindustrial.¹²

En efecto, el nacimiento de la producción capitalista debió encontrar como condición necesaria una cierta capacidad de absorción de la producción por los mercados existentes (internos y externos), así como una capacidad para crear sus propios mercados de expansión. Hobsbawm¹³ sugiere que las condiciones de esta primera fase del capitalismo fueron tres:

1. el desarrollo del intercambio de mercancías y la concentración del comercio en los centros industriales más avanzados;
2. la formación de una demanda interna vasta, y de mercados locales de expansión, sobre todo en Inglaterra;
3. la formación de un nuevo sistema colonial, basado en la economía de esclavos en las plantaciones, así como los sistemas feudales de Europa Oriental basados en la servidumbre de la gleba.¹⁴

De esta forma, aunque el periodo cru-

¹² C. Marx, *El Capital*, especialmente la octava sección del primer tomo.

¹³ E. Hobsbawm, *op. cit.*

¹⁴ W. Kula ha desarrollado en forma brillante este último punto, descubriendo en su articulación los dos puntos precedentes a los orígenes del subdesarrollo; léase su artículo, "Il Sottosviluppo Economico in una Prospettiva Storica", *Annali della Fondazione Luigi Einaudi*, vol. 3, Turín, 1969.

cial de la transformación de las estructuras productivas en Inglaterra, a partir de 1760, pasó sin la necesidad de importar grandes cantidades de productos alimenticios, y con la capacidad de absorción de los primeros productos textiles industriales en el mercado interno, pronto éste resultó demasiado estrecho para la expansión de dicha industria, la cual dependía ya en 1805 de los mercados externos (especialmente en las zonas coloniales) para la venta de dos terceras partes de su producción.¹⁵ Es así que desde los comienzos de la Revolución Industrial, el monopolio y el control de los mercados se convierten en factores estratégicos de la realización de la plusvalía.

Aunque el progreso técnico no haya sido el factor determinante en el establecimiento del modo de producción capitalista, muchos factores técnicos participaron para dar forma al proceso de acumulación; como señala Wiener.¹⁶

"Las determinaciones técnicas, de la dirección adoptada en los orígenes de la Revolución Industrial residían en la naturaleza misma de la primera energía del vapor y de su transmisión... en la ausencia de la competencia con máquinas más perfectas, la máquina de vapor era muy poco económica en combustible, según nuestros criterios modernos. Sin embargo, esas máquinas funcionaban más económicamente a mayor que a menor escala. Contrariamente al primer motor, la máquina textil, de telar o de huso, es relativamente ligera y consume poca energía. Económicamente era necesario juntar esas máquinas en grandes fábricas donde numerosos telares y husos podían funcionar con la ayuda de un motor único."

Sin embargo, el sistema de fábricas ha-

¹⁵ E. Hobsbawm, *op. cit.*, p. 108.

¹⁶ N. Wiener, *Cybernétique et Société*, Ed. 10/18, Union Générale d'Éditions, París, 1971, p. 377.

bía empezado a instalarse antes de la introducción del sistema de máquinas, como medio de imponer una mayor disciplina en el proceso de trabajo, y de aumentar el volumen de la producción. De igual forma, cuando aparecieron otras innovaciones en el motor eléctrico —de manera que cada máquina podía tener su propio motor— eliminando las “restricciones técnicas” de la concentración en la producción, las condiciones del proceso de trabajo no se modificaron.

Por otra parte, el grado de concentración de las unidades productivas, dependió también de factores técnicos que facilitaban la creación de innovaciones cada vez más mecanizadas. Un ejemplo de lo anterior lo constituye la facilidad para mecanizar el tejido del algodón en la primera fase del desarrollo industrial, o más tarde, la posibilidad de innovar procesos continuos, dando lugar a un progreso técnico intensivo en capital. Otra participación importante de la técnica en el desarrollo del capitalismo fue, sin duda, la repercusión que tuvieron las innovaciones en el campo de la navegación, al permitir una mayor eficiencia en el intercambio de mercancías con otros países.

Los factores técnicos que intervinieron en la conformación del nuevo modo de producción no fueron en su totalidad de manufactura inglesa; por el contrario, muchos elementos determinantes fueron importados. De esta manera, el desarrollo técnico gestado fuera de la Gran Bretaña durante más de dos siglos, al insertarse en las estructuras cambiantes de la economía inglesa de los siglos XVII y XVIII, influyeron en forma importante en las transformaciones sufridas en la primera etapa de la Revolución Industrial. J. D. Bernal¹⁷ ha destacado lo anterior en su

obra monumental sobre la historia de la ciencia:

“Un pequeño cambio en los métodos agrícolas —el cultivo de forrajes como la alfalfa, y la capacidad consecuente de mantener mayor ganado durante el invierno— fue posiblemente el factor material principal, que hizo económicamente próspero al Renacimiento. Empezó, tal vez importado del Este en el siglo XIV, en Lombardía, en donde se combinó con irrigación principalmente en estados campestres de los ricos mercaderes ciudadanos. Cuando estos métodos fueron transferidos a los Países Bajos en el siglo XVI en formas mejoradas, eran más definitivamente capitalistas. Por último, en los siglos XVII y XVIII, cuando llegaron a Gran Bretaña, constituyeron la base de la revolución agrícola que sería el complemento necesario de la Revolución Industrial.”

Sin embargo, la ciencia biológica tampoco tuvo una participación importante en el mejoramiento de los sistemas agrícolas de esa época, los cuales se debieron más bien a cambios paulatinos de los métodos tradicionales, en condiciones económicas muy favorables. Aun en este campo de la ciencia, fue el propio proceso de industrialización —la elaboración de vinos y cervezas, y la manufactura de seda— el que dio origen a las primeras investigaciones bacteriológicas de Pasteur, cuyas aplicaciones permitieron el desarrollo subsecuente del capitalismo durante el siglo XIX. Gracias a éstas fue posible mantener las grandes concentraciones de trabajadores de las ciudades manufactureras; asimismo, la aplicación de la química a la producción de fertilizantes produjo un aumento de la cosecha de alimentos, y no se hubiera alcanzado la producción necesaria de materias primas tropicales importantes para el desarrollo de

¹⁷ J. D. Bernal, *op. cit.*

la industria sin la aplicación de estos conocimientos científicos a la producción agrícola y al control de las enfermedades tropicales más nocivas.¹⁸

Con la consolidación de la producción industrial, la acumulación capitalista entra en una nueva fase, cuyas características determinarán no sólo la estructura social de la nación inglesa, sino de toda la economía mundial. La especificidad de este proceso en la fase del capitalismo competitivo está marcada por un ritmo sin precedentes en el progreso técnico. Si bien los rasgos de las innovaciones producidas fueron afectadas por la variación en la oferta de trabajo, la profundización del proceso de acumulación privada de capital jugó un papel determinante. Dobb explica este proceso en los siguientes términos:¹⁹

“Bien puede haber sido el caso que la deficiencia de la oferta de trabajo sobre los otros factores en el proceso del desarrollo capitalista en la primera mitad del siglo XVIII precipitó esos cambios en la técnica que abrían las vías del nuevo avance. Pero a menos que al alba del nuevo siglo la fuerza de trabajo hubiera sido menos rápidamente abundante como parecía, el progreso que había comenzado en la industria fabril, no hubiera sido tan rápido, y hasta hubiera podido ser parado. Parece haber suficiente consenso sobre el hecho que, sea por la influencia de los niveles de salarios o no, el cambio técnico de este periodo fue, de manera predominante, ahorrador de trabajo: un rasgo del cambio técnico que ha caracterizado probablemente a la totalidad del siglo XIX. Si eso es cierto, esta conclusión es de la mayor importancia; puesto que, en la medida en que la in-

vención tomaba este carácter, el capitalismo al ampliarse, fue capaz de economizar sobre la expansión paralela de su ejército proletario: la acumulación de capital pudo entonces continuar a una velocidad considerablemente mayor al crecimiento de la oferta de trabajo.”

La acumulación privada inducía un proceso innovativo que llevaba a la concentración del capital; el excedente formado en cada unidad de producción debía reinvertirse de manera que aumentase la productividad de los nuevos equipos, lo que mantenía la posición competitiva de la empresa y permitía una mayor extracción de plusvalía, contrarrestando así las tendencias hacia la disminución de la tasa de ganancias ocasionadas por un aumento en la composición orgánica del capital. Al mismo tiempo, la parte del excedente económico que no podía ser consumido, debía reinvertirse para lograr una revaluación del capital.²⁰ Estas presiones indujeron innovaciones capaces de absorber grandes cantidades de capital; pronto, el desarrollo de las fuerzas productivas fue tal, que el proceso productivo arrojaba volúmenes crecientes de mercancías que los mercados internos eran incapaces de absorber, lo que provocó la exportación de capitales y la búsqueda de nuevos mercados para la producción capitalista. La aparición del ferrocarril es el mejor ejemplo

²⁰ De hecho, la reposición de todos los activos textiles calculados en treinta millones de libras a principios de la década 1830-40 (Baines, *History of the Cotton Manufacture in Great Britain*, 1835) en diez años, hubiera significado inversiones anuales de tres millones, incapaces de absorber los sesenta millones de libras que constituían cada año el excedente británico en busca de inversión (L. H. Jenks, *The Migration of the British Capital to 1875*). Es por esto que las inversiones en ferrocarriles tomaron desde ese momento un rol determinante; se calcula que éstas fueron de 50 millones entre 1833 y 1844 (R.C.O. Mathews, *A Study in Trade Cycle History*, 1954). Esta información ha sido extraída de E. Hobsbawm, *op. cit.*

¹⁸ *Ibid.*

¹⁹ M. Dobb, *Studies in the Development of Capitalism*, Routledge and Kegan Paul Ltd., Londres, 1963, p. 277.

de la confluencia de esta doble tendencia de la expansión del modo de producción capitalista: es una innovación tecnológica que absorbe cantidades enormes de capital; al mismo tiempo los ferrocarriles constituyeron el producto estratégico de las exportaciones inglesas de la mitad del siglo XIX, cristalizando en ellos las inversiones que hasta entonces tomaban la forma de préstamos a los gobiernos de las colonias americanas que acababan de obtener su independencia.

En este proceso de internacionalización del capital, confluyen otros factores para permitir la expansión de las fuerzas productivas del capitalismo competitivo, y su tránsito hacia su fase imperialista. Este se apoya en una división internacional del trabajo cada vez más acentuada, producida por el movimiento expansivo del capital, aumentando su productividad a escala mundial y su ritmo de acumulación. Esta división del trabajo dio como resultado un ritmo más acelerado en las innovaciones tecnológicas y determinó en parte la forma que éstas adoptaban en un proceso en el que la máquina debía imitar los movimientos humanos al ser desplazada la mano de obra por el capital.²¹

Ahora bien, no sólo la división internacional del trabajo acelera el progreso técnico; el propio desarrollo tecnológico induce una división creciente del trabajo, y es en esta relación dialéctica en la que la producción y la incorporación de otras innovaciones científico-tecnológicas a la esfera productiva crea las condiciones para profundizar el proceso de explotación del trabajo productivo, pilar del funcionamiento del modo de producción capita-

lista. A este respecto Galbraith nos dice:²²

“Tecnología significa la aplicación sistemática de la ciencia o cualquier otro conocimiento organizado con fines prácticos. Su consecuencia más importante, al menos para propósitos de la economía, consiste en forzar la división y la subdivisión de cualquiera de esas tareas en sus partes componentes. De esta manera, y sólo de esta manera, el conocimiento organizado puede influir en el rendimiento.

“Específicamente, no existe ninguna forma de que el conocimiento organizado influya en la producción de un automóvil como un todo o aun en la manufactura de una carrocería o un chasis. Sólo puede aplicarse si el trabajo está subdividido de tal forma que presente una frontera adyacente a un área establecida del conocimiento científico o ingenieril.”

Estos son algunos de los factores que han determinado la forma en que los conocimientos científicos se han insertado dentro de las estructuras productivas y sociales engendradas por la Revolución Industrial; su especificidad ha determinado patrones de vida y nuevos valores en las sociedades “modernas”. La tecnología impone su lógica a la organización económica y la orientación de la actividad científica, así como sus aplicaciones, que han sido fuertemente influenciadas en este proceso. Una de sus consecuencias ha sido que el conocimiento científico no alcanza a cristalizar con toda su potencialidad en el proceso de desarrollo, quedando limitados sus efectos por la dinámica y las contradicciones del modo de producción capitalista.

Mientras que los conocimientos científicos pueden encontrar aplicaciones tecnológicas diversas, una vez que el cono-

²¹ M. Dobb, *op. cit.*, p. 268.

²² J. K. Galbraith, *The New Industrial State*, New American Library, 1967, p. 31.

cimiento se concreta en una forma tecnológica específica, el número de posibilidades se reduce. Las estructuras productivas y económicas así formadas se convierten en una entidad autónoma que revierte sobre toda la organización social y la determina. De esta forma, el desarrollo capitalista ha creado "estructuras tecnológicas pesadas",²³ en el sentido que éstas determinan la configuración social de un país o de una constelación de naciones durante largos periodos de tiempo; estas estructuras tecnológicas se instalan en ramas estratégicas de la producción en distintos momentos: la industria ferrocarrilera del siglo pasado, la introducción del automóvil en el siglo XX o la industria de armamentos a partir de los años cuarenta.

La producción creciente de industrias que luchan por su supervivencia en el mercado ha dado lugar a una gran heterogeneidad tecnológica, debido a la proliferación de productos y procesos productivos que crean redes tecnológicas complejas. De esta forma, los requerimientos "tecnológicos" de la acumulación capitalista induce la especialización de las actividades productivas y una separación de éstas en función de la división internacional del trabajo, dando a los países industrializados la supremacía sobre la producción de bienes de capital y de los sectores tecnológicos más avanzados, así como el control de la difusión de la tecnología, acentuando así la dependencia económica y tecnológica de los países "subdesarrollados".

La evolución de esta forma de acumulación, con la concentración subsecuente

de capital y su expansión a la economía mundial, ha inducido cambios cualitativos en el modo de producción y en la organización del sistema capitalista en su conjunto. La propia dinámica del sistema capitalista ha conducido a la monopolización del capital y a la aparición en la escena mundial de grandes unidades de producción que implican nuevas formas de administración económica; asimismo, ha llevado a la creación de nuevas necesidades de consumo para revalorar la reinversión del capital, y al control de mercados ampliados. Su evolución ha producido también una nueva orientación del progreso técnico que implica cambios en la utilización de los conocimientos humanos y una apropiación combinada del trabajo productivo e improductivo.²⁴

Aunque para Palloix²⁵ estos cambios repercuten en un desplazamiento de la apropiación de la energía muscular por medio de la máquina durante la Revolución Industrial, hacia la apropiación del conocimiento humano apoyándose en la propiedad de procesos automatizados en la presente Revolución Científica, tal concepción de los cambios en las relaciones de producción resulta demasiado simplista para comprender el funcionamiento del sistema imperialista en la fase actual de predominio de la empresa multinacional. La apropiación del trabajo intelectual no suplanta el trabajo productivo como generador de plusvalía en el proceso de acumulación y aunque efectivamente se estén transformando las relaciones de trabajo en los países capitalistas avanzados, este proceso sigue apoyándose en la explotación del trabajo productivo en los

²³ El término es de I. Sachs; léase su intervención en el seminario "Medio Ambiente y Desarrollo: Estrategias para el Tercer Mundo", *Economía Política*, No. 41, vol. XI, No. 3, México, 1974.

²⁴ M. Janco y D. Furjot, *Informatique et capitalisme*, François Maspero, París, 1972.

²⁵ Ch. Palloix, *L'Economie Mondiale Capitaliste*, Tomo 2, Serie Economie et Socialisme No. 17, François Maspero, París, 1971, p. 145.

países "subdesarrollados". Es éste un rasgo fundamental del sistema imperialista que no debemos menospreciar en el análisis de la evolución del modo de producción capitalista.²⁶

Es necesario revisar los conceptos expuestos por Samir Amin,²⁷ en el sentido de que la actual revolución científica y tecnológica "vuelve caducos los modos clásicos de acumulación marcados por la elevación de la composición orgánica del capital", siendo la "materia gris" el factor principal del crecimiento. Aunque la aplicación del conocimiento científico ha creado las condiciones para profundizar el proceso de acumulación, ésta sigue apoyándose en la extracción de plusvalía del trabajo productivo.

Ahora bien, la organización de la firma multinacional a través de sus laboratorios y centros de estudio, le permite acelerar y controlar la generación de progresos técnicos fundados en la apropiación del conocimiento científico. Esto ha llevado a una reducción del tiempo necesario para que éste se traduzca en nuevas aplicaciones prácticas, aumentando la eficiencia de los procesos productivos y la eficacia del sistema capitalista en su conjunto.

Sin embargo, la fase actual del desarrollo capitalista hace aparecer una nueva contradicción entre el ritmo de creación de conocimientos tecnológicos y la capacidad del propio sistema para absorberlos, por la restitución de equipos apenas usados, cuya inversión no ha sido aún amortizada. Esto hace surgir nuevas irracionalidades en cuanto al aprovechamiento del conocimiento científico y a la difusión de las innovaciones tecnológicas. El

problema ha sido expuesto por Robinson²⁸ y desarrollado por Sweezy y Baran²⁹ en los siguientes términos:

"En régimen competitivo, nadie, aun las firmas innovadoras, puede controlar la tasa de adopción de nuevas técnicas; en régimen de monopolios éste ya no es el caso. Es claro que la firma gigante será guiada no por la rentabilidad de la nueva técnica considerada en forma aislada, sino por el efecto neto de la nueva técnica sobre la rentabilidad global de la empresa. Y esto significa que en general el ritmo de introducción de las innovaciones será menos rápido que en régimen competitivo... Tan paradójico como pueda parecer pensamos que el capitalismo monopolista se caracteriza por una tasa elevada de progreso técnico y por el mantenimiento en uso de una cantidad importante de equipo técnicamente obsoleto."

Nadie cuestionaría, sin embargo, que la ciencia y la técnica han sido factores estratégicos del crecimiento económico del presente siglo, de manera que las estructuras económicas a que han dado lugar, afectan el desarrollo subsecuente del conocimiento. De esta forma, la asignación de recursos que hace el sistema económico al sistema científico-tecnológico determina su progreso y sus campos de predominio, y los requerimientos del mercado y del proceso de inversión orientan los esfuerzos de investigación para ajustarse a las necesidades de la expansión del capital. Pero al mismo tiempo, siendo la investigación un proceso creativo, la autonomía relativa de la ciencia le permite evolucionar en forma independiente, pudiendo encontrar *a posteriori* una se-

²⁶ R. M. Marini, *Dialéctica de la dependencia*, Centro de Estudios Socioeconómicos, Chile, 1972.

²⁷ S. Amin, *L'Accumulation à l'Echelle Mondiale*, Ed. Anthropos, Paris, 1971.

²⁸ J. Robinson, *La acumulación de capital*, Fondo de Cultura Económica, México.

²⁹ P. Sweezy y P. Baran, *Le Capitalisme Monopoliste*, Série Economie et Socialisme No. 11, François Maspero Ed., Paris, 1970, pp. 96-98.

rie de aplicaciones tecnológicas que no podrían ser definidas en forma anticipada. De esta forma, no es posible establecer una correlación invención-innovación-crecimiento como un sistema lineal de causa-efecto, y resulta difícil determinar *a priori* los efectos a largo plazo, ya sea del cambio técnico o de la acumulación de capital.³⁰

La integración del avance científico en el desarrollo de las fuerzas productivas de nuestra civilización permite potencialmente una serie de cambios cualitativos en las relaciones de producción y en la organización social en su conjunto. Empiezan a manifestarse los primeros efectos liberadores de la Segunda Revolución Científica (la sustitución de la mecanización por la automatización), que por la transformación de tareas en el proceso productivo y la expansión económica que permiten, abren las puertas a una sociedad libre de las necesidades materiales y las restricciones técnicas en el trabajo, de las etapas anteriores de la acumulación, para dar acceso a una sociedad de ocio y bienestar colectivos.³¹

Pero estos efectos liberadores no podrán manifestarse en tanto permanezcan

³⁰ M. Dobb, *op. cit.*, pp. 289-290.

³¹ R. Richta, *La Civilisation au Carrefour*, Ed. Anthropos, París, 1969.

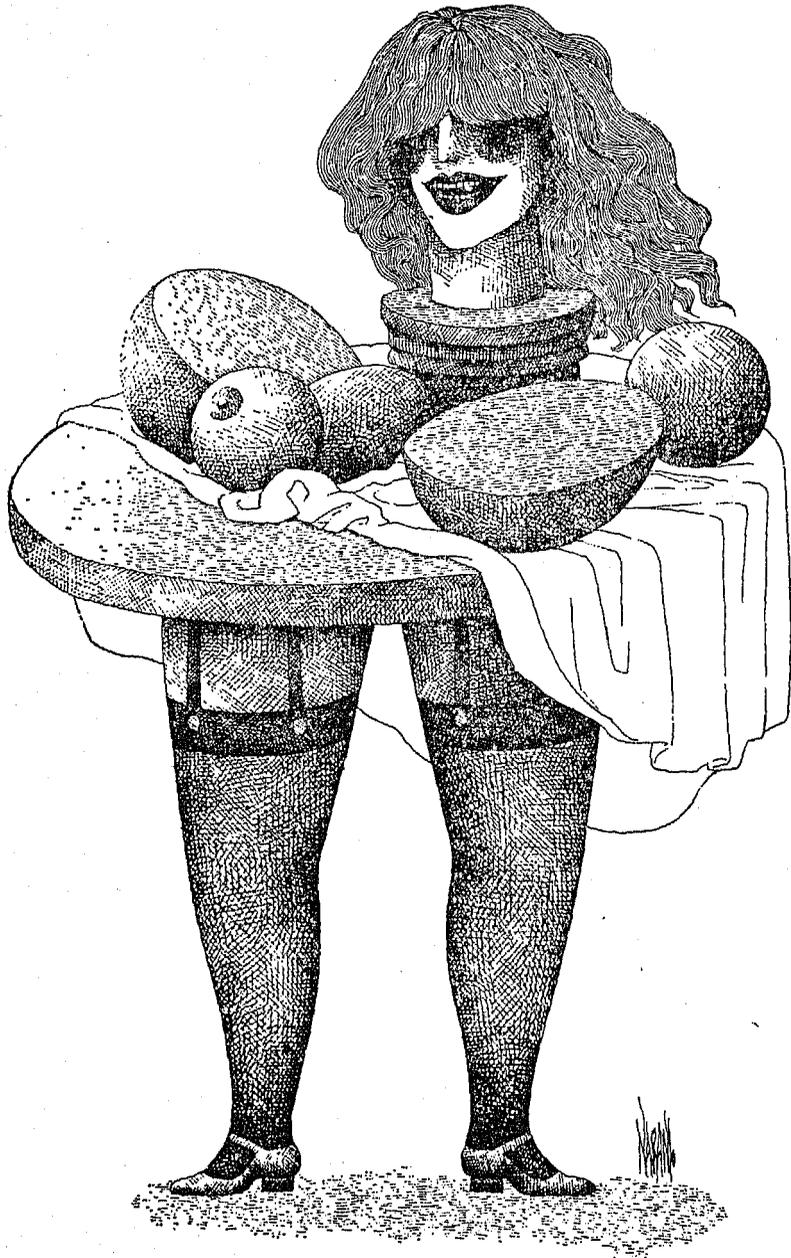
encadenados al modo de producción capitalista. Así como el desarrollo científico actual ha sido más efecto que causa de transformaciones sociales, de igual forma, la aplicación de este potencial científico requiere de condiciones socio-políticas que la propia ciencia no puede crear. La ciencia se ha convertido en la actividad más importante para la plena realización del hombre, y Picht³² acierta al afirmar que:

“Analizando el proceso de la ciencia moderna ya no podemos distinguir la pregunta ¿qué puedo saber? de la pregunta ¿qué puedo hacer?”

Sin embargo, para que el potencial de la ciencia repercuta en el bienestar colectivo, la sociedad en su conjunto debe apropiarse y ejercer un control sobre el conocimiento científico³³ y las nuevas estructuras productivas, lo cual no surgirá espontáneamente de la dinámica interna del capital. La liberación del hombre deberá pasar por la manifestación de la lucha de clases a escala internacional, y por una organización político-social que modifique cualitativamente la base actual de la economía mundial.

³² G. Picht, *Reflexions au Bord du Gouffre*, Robert Laffont Ed., París, 1970, p. 115.

³³ N. Calder, *Technopolis*, Clarion Books, 1971.



NATURALEZA MUERTA

Novedades bibliográficas

PORTUGAL: DE LA OPRESION A LA LIBERTAD

Alvaro Cunhal, *Portugal: de la opresión a la libertad*, Ediciones Roca, México, 1974, 155 pp.

Este volumen reúne nueve ensayos políticos escritos por el secretario general del Partido Comunista Portugués. Sus editores han creído oportuno difundirlos, convencidos de que contribuyen a explicar cómo el proceso de cambios que ahora se lleva a cabo en Portugal "no ha caído del cielo ni es resultado de una evolución interna del régimen". Y, asimismo, porque estas páginas constituyen una lección en donde los luchadores demócratas de todo el mundo confirmarán que la impaciencia genera siempre actitudes reñidas con la realidad.

El libro se abre con una caracterización de la economía agraria de aquel país —hecha antes del movimiento libertador— en donde, a pesar del enorme retraso histórico de la agricultura, el capitalismo se desarrolló con rapidez durante los primeros veinticinco años de la dominación fascista. Al grado de que las relaciones de producción inherentes a ese sistema

prevalecían ampliamente en el campo. No obstante, el autor de esta obra considera falsa la especie echada a correr por la propaganda fascista según la cual la economía portuguesa ganaba terreno en la distancia que la separaba del desarrollo alcanzado por la de otros pueblos europeos. "La posición del país —dice Cunhal— no ha mejorado en relación con los otros países de la Europa capitalista." Y prosigue: "Si se toma el año de 1962 como base para analizar la agricultura de los países capitalistas de Europa en relación con 1936-1939, y atribuyendo a Holanda el índice 100, el correspondiente a Portugal ha regresado: 19 en 1936-1939 y solamente 17 en 1962. El retraso de la agricultura portuguesa en relación con la de otros países de la Europa capitalista ha aumentado. En 1962, como en 1936-1939, la agricultura portuguesa ocupa el último lugar en Europa."

Aunque este texto fue escrito hace algún tiempo, Cunhal afirma que los aspectos esenciales y las tendencias generales entonces demostradas no solamente subsistían, sino que estaban más acentuados al momento de producirse el cambio revolucionario.

La dependencia de la agricultura por-

tuguesa del extranjero era entonces casi la misma de hace tres décadas. En el periodo comprendido entre 1960 y 1963, el valor de los vinos exportados era igual al valor de los cereales panificables importados, y el valor de la madera y el corcho exportados era idéntico al valor de los productos agrícolas no alimenticios importados. Portugal, que es un país "esencialmente agrícola", continuaba importando 300,000 toneladas de cereales cada año, cerca de 200 mil toneladas de azúcar y más de 60 mil toneladas de fibra de algodón. El dato es importante porque, a juicio de Cunhal, revela cómo estos tres productos representaban cerca de la octava parte de las importaciones y aproximadamente un quinto de los recursos totales del Estado.

El país se veía obligado a importar anualmente considerables cantidades de patatas, carne, oleaginosas, productos lácteos, cueros y pieles, circunstancia que pone de manifiesto la relación de dependencia que mantenían las importaciones en sectores cuyo desarrollo es decisivo para que la agricultura pueda satisfacer las necesidades fundamentales del mercado interior.

El relativo equilibrio de la balanza comercial, en cuanto concierne a los productos agrícolas, forestales y ganaderos se debía a la producción tradicional: corcho y madera en primer lugar; vinos en segundo; y resinas en tercero. De manera que, mientras subsistiera esta situación, Portugal no podría tener una economía independiente.

A todo esto se suma el hecho de que lo mismo ocurría en el ámbito de los productos necesarios para la agricultura, no obstante que los últimos años arrojaban resultados en extremo favorables a la exportación de abonos químicos. Lo que su-

cedía era que la "sobreproducción" reflejaba la debilidad del consumo interno dentro de un marco de ostensible retraso agrícola, motivo por el cual los "excedentes" se derramaban sobre los mercados exteriores. De ahí que, según opinión de Cunhal, el saldo positivo que registraba el comercio exterior debido a tales "excedentes", no podía ni puede interpretarse como signo de progreso agrícola, sino, al contrario, como expresión de la dependencia que afectaba a la agricultura portuguesa.

Las importaciones de máquinas y los financiamientos extranjeros acentuaban la dependencia con respecto del imperialismo, de la misma manera que contribuían a apresurar el desarrollo del capitalismo en el campo. Cifras recientes demuestran que el número de tractores importado aumentaba a razón de 1,248 por año y que a ritmo semejante crecía la llegada de otras máquinas de uso agrícola: trilladoras, cosechadoras y trilladoras-cosechadoras.

Los gravámenes hipotecarios que afectaban la propiedad agrícola eran también crecientes. Entre 1956 y 1963, por ejemplo, los propietarios rurales en su conjunto aumentaron sus deudas hipotecarias en 2,771 millones de escudos, sin contar los numerosos préstamos no registrados en las estadísticas. A este periodo corresponde un promedio en el aumento anual de los gravámenes que llegaba a los 340 millones de escudos. Merced a estos hechos se mantenía el retraso de las pequeñas explotaciones —arruinadas o en proceso de liquidación— con respecto de las más grandes.

El apresurado aumento de las máquinas adquiridas por los grandes propietarios y capitalistas que podían pagar su precio, elevaba la productividad del trabajo en

las grandes explotaciones y era un factor de concentración. Pero el uso de estas máquinas deterioraba aún más las bases de las pequeñas y medias unidades agrícolas y hacía más difícil la competencia entre éstas y las grandes. La renta que los pequeños y medianos agricultores debían pagar a los grandes por el alquiler de la maquinaria agravaba la situación de aquéllos al acentuar su dependencia y proletarianización. Sin duda por estas razones, de un aumento de 7,943 tractores, las regiones de gran propiedad habían absorbido mucho más de la mitad: 5,738.

Incapacitados para liberarse de las deudas contraídas, con altos intereses; agobiados por los impuestos, siempre crecientes; obligados a vender sus productos a los precios más bajos; sin recursos para adquirir máquinas, abonos y semillas seleccionadas, los pequeños propietarios eran cada vez más pobres y explotados por los capitalistas y acababan por venderles sus tierras. Se convertían entonces en trabajadores asalariados, emigraban a las áreas urbanas o se veían forzados a salir del país.

Esta caracterización del régimen agrícola cubre los cuarenta y ocho años de fascismo que terminaron el 25 de abril de 1974. A partir de entonces, bajo el signo de un movimiento dirigido por las fuerzas armadas y apoyado por el Partido Comunista, el Partido Socialista y otros sectores progresistas, el pueblo portugués está empeñado en conquistar su liberación económica y alcanzar por este medio su efectiva independencia.

Pero la tarea ha sido y sigue siendo difícil. Alvaro Cunhal estudia en este libro algunos aspectos de la lucha librada por su partido, tanto en el ámbito ideológico como en el de la práctica revolucionaria.

Desde el punto de vista teórico, dos parecen haber sido los problemas más graves afrontados por el Partido Comunista Portugués: las concepciones anarcoliberales derivadas de las tendencias derechistas surgidas entre 1956 y 1959, y el radicalismo pequeñoburgués atribuido a la influencia de la propaganda difundida por el Partido Comunista Chino. "La manía de la crítica en lugar de la verdadera crítica, la discusión por la discusión, la especulación intelectual y escolástica —apunta Cunhal— se manifestaron entonces y afectaron no solamente la actividad práctica, sino también la unidad de pensamiento y acción, y la disciplina. En tales circunstancias —refiere Cunhal— algunos miembros del partido pretendieron elaborar plataformas políticas contrarias a la línea oficial y se resistieron pasivamente al cumplimiento de las tareas programadas."

La actitud asumida por la dirección nacional ante estos problemas la resume Cunhal al afirmar que "sólo mentirosos sin escrúpulos pueden decir que han sido miembros excluidos del Partido o han sufrido otras sanciones en razón a sus divergencias con la línea política del Partido, en razón a discrepancias con el Comité Central o de críticas a éste. La verdad es que ni un solo miembro del Partido ha sido sancionado, menos excluido, por haber manifestado divergencias con la orientación del Partido o por haber criticado la actividad de los órganos superiores, incluido el Comité Central".

La desviación de derecha a que alude el autor de esta obra se tradujo en el propósito de resolver pacíficamente el caso portugués. Se creía en "el hundimiento de la dictadura por el juego de las contradicciones internas del régimen y por la influencia inmediata, directa y mecá-

nica de la modificación de la relación de fuerzas en escala mundial". Se estimulaba la ilusión legalista y se llegó a suponer que era posible el triunfo en las elecciones fascistas: "Olvidando la naturaleza y la fuerza del Estado fascista y la ferocidad de la represión, esperando el hundimiento del régimen en breve plazo, se olvidó el trabajo de organización y se relajaron los métodos de defensa."

La desviación de derecha, que subestimó el papel revolucionario de la clase obrera y de su partido dentro del movimiento democrático —anota Cunhal— llevó a los comunistas a situarse a remolque de los acontecimientos y a practicar el culto a la espontaneidad.

Las esperanzas putschistas y la confianza de que se produciría un golpe militar de los "disidentes del régimen", configuraron finalmente la imagen de la tendencia derechista.

Tras las elecciones presidenciales de 1958, llevadas a cabo en medio de la más dura represión fascista, se derrumbaron las ilusiones del legalismo conservador. Pero entonces, a nivel nacional, se produjo un hecho que luego repercutió en la vida del Partido Comunista Portugués: la pequeña burguesía, desesperada, pasó de un extremo a otro y cayó pronto en el utopismo de confundir sus deseos con la realidad, en la insurrección desorganizada y en el terrorismo individual.

A juicio de Cunhal, el izquierdismo pequeñoburgués dificultó el desarrollo de la lucha popular, creó obstáculos a la unidad antifascista, limitó el progreso de la organización, afectó el reclutamiento y la formación de nuevos cuadros, debilitó los vínculos del Partido Comunista con la clase obrera y las masas populares, y facilitó los golpes de la represión.

Entre las muestras de ese radicalismo gesticulante, Cunhal recuerda la actitud asumida por algunos "teóricos" que, a pesar de sus protestas contra la copia de esquemas políticos, se mostraron incapaces de comprender las características específicas de la etapa del desarrollo del capitalismo en Portugal. En su ignorancia del marxismo —dice— consideraban estos teorizantes que el grado de desarrollo de las relaciones de producción capitalistas es incompatible con el escaso desarrollo de las fuerzas productivas. Para Cunhal, sin embargo, la realidad portuguesa revelaba ese carácter cuando se produjo el movimiento revolucionario de abril: el país seguía siendo económicamente atrasado no obstante los progresos alcanzados por la industria y la agricultura en los últimos quince años.

Otra de las concepciones equivocadas del radicalismo pequeñoburgués que se filtró dentro del Partido Comunista, fue la creencia de que los dueños de los monopolios y los grandes propietarios agrícolas no eran las clases detentadoras del poder durante la dictadura fascista, sino que ésta era expresión de una "burocracia reaccionaria".

Olvidaban estos falsos marxistas —explica Cunhal— que, según el propio Marx, es rasgo distintivo de la burguesía (clase dominante durante la dictadura fascista en Portugal) el "no poder existir sin revolucionar incesantemente los instrumentos de producción y, por consiguiente, las relaciones de producción, y con ellas, todas las relaciones sociales". A esa burguesía y no a la burocracia reaccionaria de que hablaban los "teóricos" de la izquierda pequeñoburguesa hay que atribuir el desarrollo del capitalismo en Portugal, así como su propia fisonomía política: el régimen fascista.

La campaña de desprestigio en contra del partido de la clase obrera caracterizó la lucha de los grupos izquierdizantes —es el caso de los maoístas residentes en París—, que se refirieron siempre a la dirección de ese partido como “burocracia estaliniana” o “elemento de control de la base obrera”. Para estos “revolucionarios” —añade Cunhal— la vida y la actividad clandestina del Partido Comunista Portugués era un juego combinado con el fascismo. Los asesinatos de docenas de militantes comunistas, entre ellos numerosos dirigentes, obedecían, según estos provocadores, a la necesidad de convertir al Partido Comunista Portugués en “un poder de atracción” para hacer de él un interlocutor valioso que asegurara el control eficaz del movimiento obrero y de la juventud anarquista.

Los planteamientos izquierdizantes señalados por Cunhal son evidentemente los mismos que se han hecho y se hacen aún en el seno de todos los movimientos revolucionarios. La experiencia chilena —sin duda el ejemplo más dramático registrado en América Latina— está fresca todavía. Pero también está fresca la actitud de Salvador Allende ante la impaciencia del izquierdismo y la brutalidad fascista.

La importante obra de Alvaro Cunhal se cierra con algunas consideraciones en torno a los cambios operados a raíz de los acontecimientos de abril. En el orden político —explica— la transformación más relevante es la liquidación de la dictadura fascista y la conquista de las libertades democráticas. Gracias a este cambio la nueva situación política se expresa a través de la fuerza material del ejército; la amplitud, el vigor y la potencia del movimiento de masas que impulsa el Partido Comunista; y la alianza de las fuerzas armadas con el movimiento popular. “Del

juego de estos tres factores dependen —advierte Cunhal— para un futuro inmediato, el carácter, el ritmo de las medidas políticas en la aplicación de la plataforma gubernamental.”

Los puntos de vista contenidos en este libro son anteriores al reciente proceso electoral. Sin embargo, no por esta circunstancia dejan de cobrar especial significación las palabras de Cunhal que sirven de epílogo al ensayo titulado “El verdadero peligro para las libertades viene de la derecha”: “Nuestra tarea —asegura— es reforzar la *unidad de la clase obrera*, defender la unidad sindical, procurando que conserve sus nuevas estructuras, reaccionando contra todas las actividades divisionistas. Nuestra tarea consiste en *reforzar la unidad de las fuerzas populares*, reforzar la cohesión del movimiento democrático unitario y estrechar los lazos de cooperación entre los partidos democráticos. Nuestra tarea es la de *reforzar la alianza de las masas populares con las fuerzas armadas*, factor decisivo para hoy y para el futuro.”

Roberto Díaz Castillo

FILOSOFIA Y POLITICA

Revista Mexicana de Ciencia Política, “Filosofía y Política”, No. 78, UNAM, México, octubre-diciembre, 1974.

Este número presenta al lector un importante conjunto de artículos que analizan la relación entre la filosofía, la política y la ciencia social, así como las formas en que se traduce cada una en las otras.

La primera parte está constituida por

artículos de Althusser, Balibar, Buci-Glucksman y Lécourt, que muestran en detalle algunas de las más recientes aportaciones de la escuela de Althusser.

La segunda parte consta de siete ensayos de interpretación sobre la obra de Lenin *Materialismo y empiriocriticismo*, producto de un seminario dirigido por Raúl Olmedo en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales; y dos comentarios acerca de esa interpretación, escritos por Agustín Cueva y Patricio Marcos.

El artículo de Louis Althusser, "Ideología y aparatos ideológicos de Estado", plantea el estudio de la ideología como condición indispensable de la producción y reproducción de la sociedad misma. Para que la producción pueda efectuarse es necesario no sólo la reproducción de la fuerza de trabajo y de su calificación, sino que exige la reproducción de su sumisión a la ideología dominante. Puesto que es a través del Estado que las clases dominantes aseguran su dominación, es necesario estudiar las instituciones precisas y especializadas que realizan la función de dominación ideológica: los Aparatos Ideológicos de Estado, que se diferencian del Aparato Represivo de Estado por ejercer la dominación de manera disimulada, persuasiva, sin violencia: con ideología.

El Aparato Ideológico de Estado (AIE) está constituido por las siguientes instituciones: el AIE religioso, el AIE escolar, el AIE familiar, el AIE jurídico, el AIE político, el AIE sindical, el AIE de la información, el AIE cultural. En los AIE se expresan las contradicciones existentes entre las clases, y cada clase lucha por conquistar posiciones dentro de ellos.

Por otra parte, Althusser esboza el inicio de una teoría de la ideología en general, a partir de las siguientes propo-

siciones fundamentales: la ideología carece de historia propia; la ideología representa la relación imaginaria de los individuos con sus condiciones reales de existencia; la ideología posee una existencia material; no existe práctica más que por y bajo una ideología; no existe ideología más que por el sujeto y para sujetos.

El trabajo de Etienne Balibar, "Acerca de la dialéctica histórica", contiene una serie de reflexiones autocríticas en torno a la célebre obra *Leer el Capital*, de la que él es coautor con Althusser. Su preocupación central radica en la necesidad de no introducir la filosofía en un análisis que sólo incumbe a la ciencia y que exige conceptos teóricos adecuados.

Considera que la teoría del *fetichismo* ha sido recuperada por la ideología burguesa con fines de lucha de clase, lo cual ha repercutido sobre el marxismo creando un obstáculo importante para la elaboración de una teoría materialista de la ideología y de la historia de las ideologías.

Balibar se pronuncia en contra de la formulación de una "teoría general de los modos de producción", así como de una "teoría general de la transición histórica", ya que no podrían ser sino teorías de inspiración tipologista o estructuralista que sueñan con una ciencia *a priori* capaz de inventar modos de producción *posibles e imaginables*. Este error es provocado cuando se plantean separadamente dos problemas que en la teoría de Marx no son más que uno: a) el carácter *históricamente relativo* de un modo de producción, y b) *el papel de la lucha de clases en la historia y sus condiciones de existencia*. La única utilidad que pueden prestar los conceptos *generales* ("fuerzas productivas", "relaciones de producción", "base", "superestructura", etc.) es la de *orientar* formalmente la problemática general.

Christine Buci-Glucksmann, en "Filosofía y política", escribe sobre la herencia filosófica que Lenin dejó al movimiento proletario en los *Cuadernos filosóficos*. Para Lenin, la práctica filosófica es algo que no se define por la existencia de problemas estrictamente filosóficos, sino más bien por las prácticas sociales y, en última instancia, por la práctica política. De esta manera, un fracaso político es también un "fracaso ideológico, en el sentido en que Lenin habla en *Qué hacer* de lucha ideológica: un fracaso teórico y por lo tanto *filosófico*". Por ello, la lectura que Lenin hace de Hegel no busca una "filosofía científica" constituida o constituible, sino que busca *tesis filosóficas* que orienten el conocimiento científico y la práctica política. La crítica de Lenin a Hegel, en tanto que *crítica a toda la filosofía anterior*, se convierte así en el esbozo de una *gnoseología de la política*.

Lenin no lee a Hegel a través de la oposición entre sistema y método que cierra a la ciencia las posibilidades de desarrollarse. "Lenin no construye una nueva filosofía sistemática", sino que desprende 'elementos de la dialéctica', *posiciones en filosofía*, que permiten el análisis de lo real." La eliminación del sistema implica la desaparición del método general, es decir, de la "teoría del conocimiento", como *objeto filosófico* independiente de la política. La filosofía tiene un nuevo objeto: *construir una gnoseología de la política*.

El trabajo de Dominique Lécourt, "1908", es la introducción a su libro sobre *Materialismo y empiriocriticismo: Une Crise et son Enjeu*. En 1908 Lenin escribe *Materialismo y empiriocriticismo* para combatir la influencia empirista que adquiere fuerza en el marxismo ruso y, especialmente, en el partido bolchevique. Los empiriocriticistas pretenden situarse por encima de las dos corrientes filosófi-

cas fundamentales: el idealismo (el espíritu determina la materia) y el materialismo (la materia determina la idea). Pero lo único que logran es reafirmar una posición ecléctica, idealista en última instancia, que plantea por un lado la oposición absoluta y por otro la identidad absoluta del espíritu y la materia.

Lécourt analiza la "teoría del reflejo" (el pensamiento es el reflejo del mundo externo, que existe fuera e independientemente de nuestra conciencia), arma principal de combate que Lenin toma de Engels, y sostiene las siguientes tesis: a) el "reflejo" es un *reflejo sin espejo*; el *reflejo de espejo* es lo propio de empirismo; b) a pesar de todas las apariencias, *Lenin no sostiene de ninguna manera una teoría sensualista del conocimiento*; c) no existe en Lenin *ninguna contradicción* entre las tesis de *Materialismo y empiriocriticismo* y las de *Cuadernos sobre la dialéctica*; en este último texto la tesis del reflejo (sin espejo) será retomada y pensada dentro de la categoría de proceso (sin sujeto).

En "Leer *Materialismo y empiriocriticismo*", Raúl Olmedo hace la presentación y la síntesis de seis ensayos que interpretan los conceptos fundamentales que Lenin desarrolla en su única obra sistemática sobre la filosofía. Estos ensayos fueron el resultado de una lectura colectiva efectuada durante los años 1972-1973 por estudiantes que iniciaban el tercer semestre de Sociología.

La tesis central de los ensayos es que la filosofía es la expresión de la lucha de clases en las ciencias y, especialmente, en la ciencia social. La filosofía no puede hallar su explicación desde dentro de sí misma, sino desde fuera de ella. No es posible hacer una explicación *filosófica* de la filosofía, sino sólo una explicación *política* de la filosofía. La clave de la filo-

sofía no está en la filosofía, sino en la política, en la lucha de clases. Esto explica el interés de los sociólogos por la filosofía.

Por otra parte, la filosofía, bajo su modalidad de Teoría del Conocimiento y de metodologías generales, tiene profundas repercusiones sobre la ciencia social, pues constituye el obstáculo mayor para su desarrollo. En las escuelas de sociología, muy influidas por la ideología dominante, los programas de estudio se centran en la enseñanza de ilusorias metodologías generales (filosóficas) de todo tipo, sustituyendo así la enseñanza de la real ciencia social. La ideología dominante induce en el estudiante, hasta la obsesión, la creencia ilusoria de que existe un método supremo que es el creador de la ciencia, igual que la religión induce en el hombre la creencia ilusoria de un Dios creador de la realidad objetiva. La creencia en un ilusorio método general fácil y rápido de aprender y manejar, el cual basta "aplicar" para producir conocimientos científicos, empobrece y deforma a la verdadera ciencia social y al estudiante. En otras palabras, la enseñanza de las "dialécticas", por más "materialistas" que aparezcan, concebidas como métodos de conocimiento, tienen como función sustituir el difícil y laborioso estudio de la obra fundamental de la ciencia social marxista: *El Capital*, lo cual se traduce en un debilitamiento de las fuerzas teóricas de la lucha de clase proletaria.

En suma, los ensayos que a continuación se reseñan sistematizan las categorías fundamentales que Lenin maneja en *Materialismo y empiriocriticismo*, y pueden ser de utilidad como guía para la lectura y el estudio de esa obra clásica de la filosofía marxista, que hoy tiene tanta o más actualidad que en 1908.

El ensayo "La relación entre la filo-

sofía, la ciencia y la política", de Guillermo Knochenhauer, parte de la tesis de que la filosofía nunca ha tenido un objeto propio, a la manera en que se dice que las ciencias tienen un objeto de estudio. En el fondo, la filosofía se ocupa única y exclusivamente de la relación jerárquica que guardan el pensamiento (idea) y la realidad objetiva (materia) en el acto de la producción de los conocimientos. Por lo tanto, "no existe una relación de aplicación científica entre la filosofía y la ciencia" como se cree comúnmente, incluso entre ciertos marxistas cuando se afirma que el materialismo-histórico (ciencia de la historia) es el producto de la aplicación del materialismo-dialéctico (filosofía). "Las ciencias, como instrumentos para producir conocimientos, son absolutamente independientes de la filosofía." Es la ciencia la que ha de elaborar por sí misma sus particulares métodos de conocimiento.

Ahora bien, si entre la filosofía y las ciencias no existe una relación científica, en cambio sí existe una relación política, que es una relación de explotación, a través de la cual la filosofía, utilizando los nuevos descubrimientos científicos, obtiene sus argumentos para interpretar la historia de manera *idealista* o de manera *materialista*. Esta interpretación de las ciencias por la filosofía juega un papel de orientación política que puede ser revolucionario, reaccionario o conservador del sistema social.

Margarita Barrientos, en "La categoría filosófica de materia", resalta la distinción que hace Lenin entre *concepto científico* de materia y *categoría filosófica* de materia; el no tener clara esta distinción puede conducir al error de confundir ciencia y filosofía, conclusiones científicas y conclusiones gnoseológicas. La distinción radica en que mientras que el concepto

científico de materia es definible progresiva e históricamente por las ciencias, la categoría filosófica de materia no puede ser definida ni por la ciencia ni por la filosofía, sino que sólo puede ser situada en su jerarquía con la categoría filosófica de idea: o bien la materia determina a la idea (materialismo), o bien la idea determina a la materia (idealismo). Todo intento de dar una definición de la categoría de materia (o de idea) más allá del simple señalamiento de la jerarquía o de la dirección filosófica equivale a reducir la realidad objetiva a una de sus formas particulares, es decir, a tomar el todo por la parte (relativismo) o la parte por el todo (absolutismo), que son las dos formas simultáneas de *método general filosófico* (método general de producción del conocimiento en general, es decir, teoría del conocimiento). Así, todo intento de *definir* la categoría filosófica de materia equivale a caer en el idealismo que cree que lo general crea a lo particular.

En "El criterio de la práctica", Eduardo Barraza demuestra que de la misma manera que la categoría filosófica de *materia* es una categoría general y absoluta que sirve únicamente para designar al conjunto de todas las prácticas específicas, sin incurrir en el error de identificar a una de las prácticas específicas con la práctica (absolutismo), ni viceversa (relativismo). Pretender *definir* la categoría de *práctica* es incurrir en los mismos errores en que se incurrían al definir la categoría de *materia*.

Partiendo de lo anterior, Martha Múgica analiza la relación entre "Verdad relativa y verdad absoluta", demostrando cómo tanto el relativismo como el absolutismo conducen al idealismo. Lo relativo y lo absoluto de un conocimiento sólo toma sentido en relación a la "verdad

objetiva" (realidad objetiva): todo conocimiento es relativo en tanto que es históricamente profundizable, pero todo conocimiento es absoluto en tanto que es reflejo y atributo de ese absoluto que es la realidad objetiva.

En "La crítica al agnosticismo 'marxista'", Marco Antonio González Gómez analiza los mecanismos que conducen a una posición filosófica que oscila entre el materialismo y el idealismo, entre el relativismo y el absolutismo, y entre la separación absoluta y la unidad absoluta de sujeto y objeto; oscilaciones que concluyen en la deformación empirista y antihistoricista del conocimiento. El autor demuestra cómo el ambiguo concepto de "experiencia", que con frecuencia es identificado con el ambiguo concepto de "práctica", sirve al agnosticismo como medio para transformar su punto de partida materialista en punto de llegada idealista, y viceversa.

Víctor Manuel Muñoz, en "La dialéctica", explica cómo el materialismo dialéctico, al combatir tanto al relativismo como al absolutismo, se opone a todo intento por construir un método general sustitutivo de los métodos específicos de las ciencias, y restituye a las diferentes formas particulares de la materia su movimiento específico que no puede ser reflejado por la filosofía sino sólo por las ciencias particulares. La dialéctica es únicamente una *intuición* del movimiento, que invita a eliminar todo método general que pretenda ser el método definitivo, ahistórico, inmóvil.

Por último, este número de la *Revista Mexicana de Ciencia Política* presenta dos artículos de comentario al trabajo de Olmedo. El de Agustín Cueva, que subraya los puntos de coincidencia y critica el lugar privilegiado que se atribuye a la cues-

ción de la metodología, y no a las posiciones políticas, como fuente de divergencias entre los marxistas. El de Patricio Marcos, que acentúa sus desacuerdos y sitúa su crítica más en el plano del análisis lingüístico y semántico que en el plano de la teoría marxista.

Yolanda Trápaga Delfin

LA TEORÍA MARXISTA DE LAS CLASES SOCIALES

Nicos Poulantzas, *La teoría marxista de las clases sociales*, Ed. du Seuil, París, 1974, 365 pp.

Esta última obra que nos ofrece Poulantzas contiene una serie de ensayos dedicados a las clases sociales y al capitalismo monopolista de Estado. Sin duda que uno de los principales méritos de esta obra es que su autor no se limita a analizar a las clases y la lucha de clases sólo en términos abstractos y conceptuales, sino que recurre a referencias concretas del campo de acción en que éstas actúan y se determinan, su relación con el Estado, la lucha que se da entre las diferentes fracciones de clase al interior del mismo, las contradicciones interimperialistas, etc.

Independientemente de que la obra tiene una coherencia interna, por su importancia temática y con fines de reseña, ésta puede ser dividida en tres grandes problemas, a saber:

- a) criterios para la determinación de las clases sociales dentro del enfoque estructural-marxista;
- b) el Estado nacional y las metrópolis imperialistas; y

c) la pequeña burguesía tradicional y la moderna.

En abigarrada síntesis trataremos de presentar los puntos cardinales de estos tres problemas tratados por Poulantzas.

a) Como parte introductoria el autor nos refiere la importancia que tiene la esfera económica así como la superestructura política e ideológica en la determinación de las clases sociales y su reproducción. Vemos cómo el lugar objetivo que ocupan las clases sociales, su relación y sus prácticas políticas e ideológicas (efectos de la división del trabajo) están determinando la presencia de la clase social. De otra parte, no se puede concebir a las clases fuera del marco de las luchas de clases (su habitat natural), del movimiento y la contradicción con otras clases; éstas recubren prácticas de clase, es decir, lucha, y no se plantean sino en la oposición y el conflicto.

De otra parte, para el mejor estudio de las clases sociales (CS), el autor establece una importante distinción entre el modo de producción (MP) y la formación social (FS). El primero constituye un objeto abstracto, formal, que incluye tanto las relaciones propiamente de producción como las que se dan al nivel político e ideológico. El MP existe y se reproduce bajo formaciones sociales históricamente determinadas. Por su parte, la formación social puede estar constituida por uno o varios modos de producción, específicamente articulados entre sí. Si bien existen modos dominantes, la excepción se da en los periodos de transición cuando se puede establecer un equilibrio entre ellos. Pero aquí no encontramos ninguna referencia histórica que pueda confirmar esta aseveración de Poulantzas, remitiéndose solamente a explicarnos que el modo de pro-

ducción comporta dos clases: la explotadora, política e ideológicamente dominante, y la explotada, dominada en todos los terrenos.

La articulación de la determinación estructural de clase y de las posiciones de clase dentro de una determinada FS produce una situación coyuntural. Los conceptos fundamentales de la coyuntura que Poulantzas va a utilizar en el análisis posterior sobre el Estado y las fuerzas sociales se refieren a los tres siguientes elementos:

- 1) estrategia: polarización y alianzas de clase;
- 2) bloque en el poder: alianza específica de clases y de fracciones dominantes;
- 3) pueblo: alianza de las clases dominadas.

En otra parte de su introducción el autor define brevemente lo que entiende por aparatos de Estado (AE) distinguiéndolos del poder de Estado. La función de los primeros sería el mantener la unidad y la cohesión de una formación social, su dominio de clase así como el de la reproducción de las relaciones sociales y/o de clase.

Al mismo tiempo, en contra de las prácticas reformistas del Estado burgués, Poulantzas afirma que en la relación compleja lucha de clases *versus* aparatos de Estado, lo primero ocupa el sitio predominante. Es decir, los AE son sólo la materialización de las relaciones clasistas y en donde las modificaciones "institucionales" no son las que provocan los movimientos sociales, sino que por el contrario, es la lucha de clases lo que finalmente determinará las modificaciones o cambios de los aparatos de Estado. Las funciones del Estado, precisamente, se deducen de

las relaciones de clase, relaciones que se encuentran en su estructura misma de dominación política que a su vez constituye el soporte de los AE. Todo análisis político deberá, por tanto, considerar la lucha de clases así como ver cuáles son las relaciones reales de poder que se dan en el seno de los aparatos de Estado, puesto que éstas por regla general se ocultan bajo las apariencias formales institucionales.

Finalmente, el autor considera acertadamente que la transformación de las relaciones sociales no puede limitarse al poder del Estado: se deben también transformar todos los AE. Pero dado que tanto el poder del Estado como la lucha de clases determina las funciones de los AE, hay que tomar primero el Estado y después ajustar cuentas con estos últimos.

b) Los capítulos I y II del libro están dedicados al análisis de la internacionalización de las relaciones capitalistas y las relaciones entre los Estados nacionales y las metrópolis imperialistas. La tesis fundamental de esta parte es que los monopolios norteamericanos ejercen una hegemonía indiscutible en toda la Europa capitalista. Bajo tal condición la otrora diferencia importante que existía entre la burguesía nacional y la burguesía compradora dentro de las metrópolis imperialistas tiende a diluirse. Causas: la primera es ya casi inexistente. De ahí que Poulantzas proponga un nuevo concepto que integre (conceptualmente) a ambas: el de *burguesía interior* la cual también tendría vínculos muy estrechos con el capital estadounidense, sujetándose a las condiciones de reproducción y de acumulación que éste le impone en el seno mismo de la formación social específica (ejemplo Francia).

Sin embargo, no se puede negar que existen importantes contradicciones entre la burguesía interior y el capital norteamericano; por ejemplo la contradicción que se observa en la Comisión Económica Europea, si bien el autor recalca que estos antagonismos actualmente no constituyen la contradicción principal en el seno de las clases dominantes imperialistas (p. 81).

La dependencia del capital autóctono con relación al capital norteamericano abarca a todas las fracciones de aquél; de ahí su desarticulación interna. Las contradicciones que se observan entre la burguesía interior y los monopolios estadounidenses no son más que el reflejo del carácter cada vez más complejo de la reproducción capitalista en una y otra metrópoli. Del mismo modo, las diferencias entre burguesía interior y la intermedia son cada vez más tenues debido al hecho que ambas participan del creciente proceso de internacionalización del capital, fusionándose y expandiéndose junto con las empresas multinacionales. Si bien a este nivel todavía opera la competencia por los mercados con las transnacionales de origen norteamericano, inglés, holandés, etc. Aquí es donde empieza a jugar su papel el Estado nacional. El rol hegemónico de éste en el campo interno se deja sentir al privilegiar a una determinada fracción de la burguesía monopolista; aunque, como afirma el autor, en última instancia se está privilegiando a una fracción del capital hegemónico (americano) contra otra fracción no hegemónica (también de capital americano).

De tal suerte, los modernos métodos de presión de las multinacionales estadounidenses contra los Estados europeos —evaluación fiscal, especulación monetaria, rechazo a los aranceles, etc.— no son más que

un elemento secundario que crea una ficción de antagonismo. No hay tal "affair": Estado nacional *versus* empresas multinacionales. La realidad es que existe una alianza específica más o menos tácita entre clases y fracciones de clase políticamente dominantes (bloqueo en el poder) en las metrópolis imperialistas y de éstas entre sí. Ello significa la articulación y la internacionalización del capital imperialista bajo la égida de los E.U.

El autor concluye que para romper tal hegemonía las masas populares en Europa deben luchar contra sus propias burguesías interiores y contra el Estado (pp. 82, 83-95).

c) El tercer problema que queremos tratar es la discusión teórica (bastante rica en su contenido) que hace Poulantzas sobre el papel que juega tanto la pequeña burguesía tradicional como la nueva pequeña burguesía en la esfera de las relaciones de clase y con el Estado capitalista moderno. La importancia de ésta dentro de los procesos sociales no puede ser subestimada: "la cuestión de la pequeña burguesía representa ciertamente un punto crucial en la teoría marxista de las clases sociales. Ella reviste a la vez una importancia decisiva tanto en las formaciones imperialistas como en las dominadas: no debe olvidarse que ella frenó el proceso socialista en Chile" (p. 207). Es bien conocido que debido a su situación intermedia entre el proletariado y la burguesía, la pequeña burguesía porta contenidos ideológicos y políticos que la lleva a adoptar bien posiciones francamente contrarrevolucionarias, bien actitudes y conductas anarquistas y de ultraizquierda.

Ya desde su introducción, Poulantzas nos dice que en el plano económico el salario no define a la clase obrera puesto

que no todos los asalariados son obreros; lo mismo que la división de las clases sociales no se puede establecer al nivel de los ingresos y de las ganancias; es decir aquí el autor nos está haciendo una importante distinción entre lo que constituye la esfera de la producción material y el de la distribución o la esfera de la realización de la plusvalía. Pues bien, el autor recupera esta distinción de principio para diferenciar a los asalariados obreros de los asalariados pequeña burguesía. Los primeros se encuentran en la producción directa de mercancías, crean plusvalía, mientras que los segundos se ubican dentro de la circulación y de la realización de plusvalía; es decir, del comercio, la banca y los servicios.

En la división del trabajo social la pequeña burguesía se ubica, dentro de la dicotomía trabajo manual/trabajo intelectual, en este último. Pero mientras la pequeña burguesía (PB) tradicional está ligada con los medios de producción como propietario y trabajador directo, la nueva PB está ligada a la esfera de la circulación como trabajadores no productivos, pero subordinados al capital. El hecho de no estar directamente ligado a la producción material lo aleja de las condiciones objetivas para la adquisición de la conciencia de clase.

El autor explica muy bien cómo la distinta posición en el proceso económico va a condicionar distintos contenidos ideológicos y de clase entre los obreros y la PB. Esta última aspira a la "promoción" a la "carrera y el ascenso social". Sus aspiraciones de igualdad y de justicia social, de democratización del Estado, de la participación y de la congestión en las empresas, son los elementos principales en los que se sustenta su ideología. La pequeña burguesía cree en el orden, en los

valores morales y en el mito de la igualdad y de la movilidad social; considera al Estado como una fuerza neutral, cuyo papel es el de servir de árbitro entre las clases, cree en un Estado que represente el *interés general*. Sus reivindicaciones con respecto al poder del Estado se circunscriben a la democratización, el pluralismo político y la racionalización de la administración pública.

Muchos de los valores de la PB, tradicional y moderna, son transmitidos e inculcados a través de los aparatos ideológicos del Estado en el modo de producción capitalista. El aparato escolar y la familia serían los instrumentos más idóneos para dicha penetración (p. 317). De otra parte, el individualismo del pequeño-burgués le impide también la organización en un partido político propio y autónomo en el que a largo plazo pueda mantener sus posiciones políticas y defender sus intereses de clase. Nada de eso hay en la PB. Su posición intermedia entre las dos clases fundamentales de la sociedad capitalista la ha llevado a pensar en una tercera vía, ni capitalista ni proletaria, creando con ello una falsa ilusión y utopía (ahora muy en boga en nuestro país) de que existe una supuesta tercera fuerza: la de las clases medias, las cuales vendrían a resolver el antagonismo de clases y a frenar la creciente polarización que se da al nivel del modo de producción burgués.

Américo Saldívar V.

MERCADO INTERNO Y ACUMULACION DE CAPITAL

Alonso Aguilar, *Mercado interno y acumulación de capital*, Editorial Nuestro Tiempo, México, 1974, 252 pp.

El presente libro, el más reciente del pro-

lífico y conocido autor Alonso Aguilar, constituye una colección de estudios sobre la relación entre el mercado interno, la ocupación y la acumulación de capital, que escribió a lo largo de varias décadas. Esto le presta al libro un interés especial por cuanto muestra la evolución cronológica del pensamiento de Aguilar, que ha incluido en la obra trabajos anteriores (1952, 1967, 1971 y 1973) que se completan con un texto sobre el tema. A lo largo de los trabajos resalta el incisivo análisis del autor que siempre estimula el pensamiento con sus aportaciones. Lleva su crítica acertada, con toda honradez, hasta a sus propias aportaciones cuando ello es necesario. Tal es el caso de la refutación que hace a la solución a la desocupación a base de simple crecimiento, como proponen los tecnócratas, y que él suscribe páginas antes en un texto de 1967 (páginas 238-240 y 64, respectivamente). Esto debe suponerse que corresponde a una franca rectificación de posiciones anteriores.

El primer trabajo, "El mercado y el desarrollo económico", de 1952, constituye una elaboración de mercado contenido keynesiano y cepalino, que postula que el nivel del ingreso, su distribución y las características de la demanda, son los obstáculos a considerar en el desarrollo económico de México. Concluye estableciendo la necesidad de luchar contra las supervivencias feudales, contra el imperialismo y por mejorar el nivel de vida popular. En esta posición, característica del nacionalismo progresista de su tiempo, resulta notable la ausencia de las clases sociales y de sus luchas en su análisis.

Con el nombre de "Sobrepoblación o subdesarrollo" (de 1967) se presenta el segundo ensayo. En éste, Aguilar establece que el desarrollo es la única vía de satisfacer

plenamente las necesidades del pueblo, y que además conduce por necesidad a la reducción de la natalidad, por los profundos cambios sociales que conlleva. Pero también establece que ello sólo es viable bajo el socialismo para los países actualmente subdesarrollados en vista de la imposibilidad de lograr el desarrollo capitalista. Sostenida en una amplia y documentada discusión rechaza así los postulados malthusianos y las falsas soluciones al subdesarrollo consistentes en el control de la natalidad.

En "El mercado interno en el capitalismo del subdesarrollo", de 1971, expone un interesante análisis del desarrollo del capitalismo. Con esta base demuestra que dentro del capitalismo es insalvable el destino subdesarrollado para los países atrasados. En esta discusión establece la importancia principal de la formación del mercado interno para el desarrollo capitalista, así como la gran influencia de factores externos para determinar el surgimiento y la reproducción del sistema económico subdesarrollado.

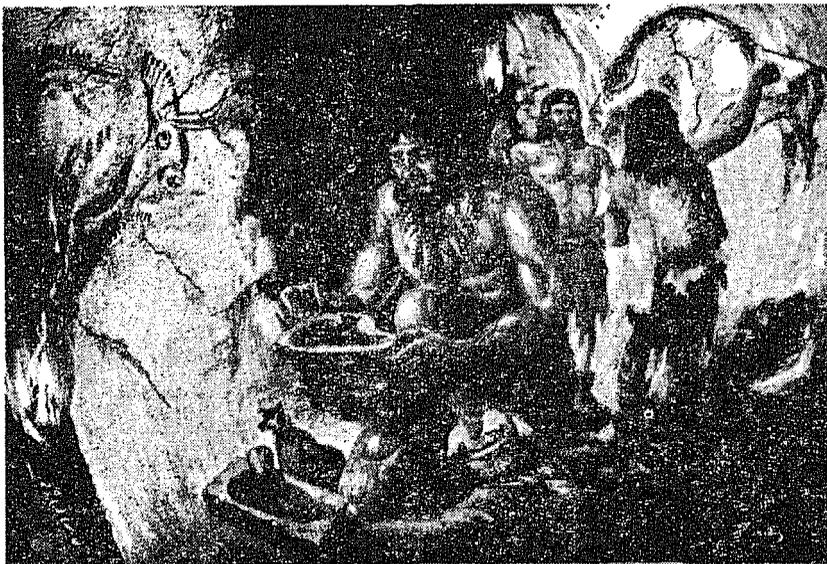
En su "Descomposición del campesinado, mercado interno y subdesarrollo", de 1973, estudia Aguilar el problema de la penetración del capitalismo en las actividades agrícolas y la correspondiente proletarianización del campo. Examina y rebate las tesis que atribuyen a la limitación del mercado el escaso desarrollo capitalista, al mismo tiempo que detalla el gran peso que sobre el consumo rural ejerce la pulverización de las unidades productivas, y cómo a pesar de ello, la demanda agrícola tiene un elevado dinamismo. A partir del carácter capitalista del subdesarrollo concluye que el problema central de este estado no reside en la supuesta reducción del mercado sino en su tendencia estructural hacia la inestabilidad.

El ensayo final, "Desempleo, acumulación de capital y mercado interno", es sin duda el trabajo de mayor profundidad de cuantos se incluyen en esta obra. Primero se hace una apreciación de la dimensión del problema de la desocupación y de las políticas de empleo que se han postulado en México, mas no seguido. A continuación efectúa una acertada síntesis de las teorías de la ocupación de las escuelas clásica, neoclásica, keynesiana, etc., en contraste con la marxista. En relación a esta última elabora un breve y documentado comentario sobre la teoría del ejército de reserva, de la población excedente y de la población marginal. Concluye afirmando que a pesar de las sesudas recetas de la economía burguesa acerca del problema de la desocupación, éste no se resuelve ni

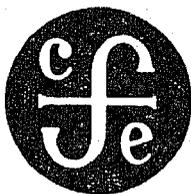
siquiera logrando un crecimiento capitalista más intenso mediante una acumulación más acelerada. La solución a la desocupación la ubica en la transformación de las relaciones de producción capitalistas a fin de implantar un sistema socialista.

A pesar de la heterogeneidad de los materiales que forman la obra, resalta el esfuerzo por profundizar en el conocimiento de la realidad. La evolución del pensamiento de Aguilar que se muestra en estos trabajos apunta hacia la formación gradual de una obra de ambiciosa magnitud y complejidad, consistente en una interpretación global del capitalismo mexicano.

Sergio de la Peña



La vida de este ser humano fue una cadena de
agobios constantes. Imposible que contara
con la ayuda de hombres más lúcidos o más
expertos; el libro todavía no existía.



FONDO DE CULTURA ECONOMICA

LIBROS: EL FONDO QUE PRESERVA LAS IDEAS.

EDICIONES ERA, S.A.



Avena 102, México 13, D. F. / ☒ Apartado postal 74-092, México 13, D. F. / ☎ 82-03-44

CUADERNOS POLITICOS

Revista trimestral de Ediciones Era

Número 5/julio/septiembre de 1975

Göran Therborn: *La clase obrera y el nacimiento del marxismo* / Alexander V. Chayanov: *Sistemas económicos no capitalistas* / Julián Meza: *Sobre las "clases medias"* / Rubén Jiménez Ricárdez: *Nacionalismo revolucionario y movimiento obrero* / Julio Labastida: *Tula: una experiencia proletaria* / Cristina Laurell: *Medicina y capitalismo en México* / Arnaldo Córdova: *La filosofía de la revolución mexicana.*

\$ 25.00

Nueva Antropología 2

REVISTA TRIMESTRAL
Apdo. POSTAL 11-425

Lawrence Krader
MARX COMO ETNOLOGO

Silvia Gómez Tagle
COOPERATIVISMO Y EXPLOTACION

Rodrigo Montoya
**COLONIALISMO Y ANTROPOLOGIA
EN PERU**

Héctor Díaz Polanco
**ANALISIS DE LOS MOVIMIENTOS
CAMPEÑINOS**

Luisa Paré
TIANGUIS Y ECONOMIA CAPITALISTA

ESCUELA NACIONAL DE ANTROPOLOGIA E HISTORIA



siglo veintiuno editores sa

novedades* * * * *

Régis Debray
LA CRÍTICA DE LAS ARMAS, VOL. I
296 pp. \$ 70.00

Clasco (Simposio de Roma)
HACIENDAS, LATIFUNDIOS Y PLANTACIONES EN AMÉRICA LATINA
672 pp. \$ 180.00

E. Torres Rivas y otros
CENTROAMÉRICA HOY
368 pp. \$ 65.00

J. Halliday y G. McCormack
EL NUEVO IMPERIALISMO JAPONÉS
360 pp. \$ 65.00

J.N. Robinson
APLICACIÓN DE LA TEORÍA MACROECONÓMICA
216 pp. \$ 54.00

DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS LIBRERÍAS O EN:
SIGLO XXI EDITORES, S. A.
Ave. Cerro del Agua 248. Tel. 550-25-71
México 20, D. F.



Historia y Sociedad

Pone a su disposición los siguientes números:

PRIMERA EPOCA

- No. 6: Mariátegui, marxista-leninista latinoamericano.
Dos ensayos de Luis Chávez Orozco.
¿Qué es el trotskysmo?
- No. 7: Marx y Freud.
El movimiento obrero en América Latina.
Homenaje a Siqueiros.
- No. 8: La reforma económica en la Unión Soviética.
- No. 9: La Revolución Mexicana.
- No. 10: 50 años de la Revolución de Octubre.
- No. 11: 100 años de *El Capital*, con dos inéditos de Carlos Marx.
- No. 13/14: México 1968. Contra la represión, por la democracia.
- No. 15: El desarrollo del capitalismo en la minería y la agricultura en la Nueva España (1760-1810).
La Integración centroamericana.
- No. 16: Sobre el desarrollo del capitalismo en México.
Integración y dependencia en América Latina.

Precio del ejemplar M.N. \$ 50.00

SEGUNDA EPOCA

Una cantidad limitada del primer volumen comprendiendo los números 1 a 4, empastados en keratol; precio del tomo M.N. \$ 350.00

- No. 2: Luchas obreras en Cuba.
Experiencia chilena.
Construcción de categorías.
- No. 3: Movimiento obrero y ciencia social.
Capitalismo en México.
Capitalismo actual y capitalismo de transición.

Precio del ejemplar M.N. \$ 50.00

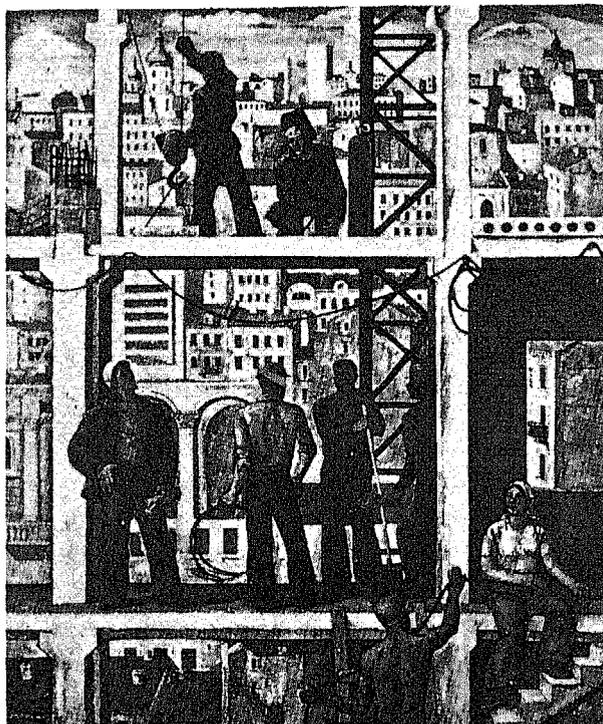
Favor de enviar sus pedidos acompañados de cheque o giro postal a nombre de *Historia y Sociedad* al A.P. 21-123, México 21, D. F.

OBRAS RECIENTES DE NUESTROS COLABORADORES

- Arturo Azuela: *El tamaño del infierno*, México, Editorial Joaquín Mortiz, 1974.
Un tal José Salomé, México, Editorial Joaquín Mortiz, 1975.
- Roger Bartra: *Estructura agraria y clases sociales en México*, México, Ediciones Era, 1974.
[Ed.] *Caciquismo y poder político en el México rural*, México, Siglo XXI Editores, 1975.
Marxismo y sociedades antiguas, México, Editorial Grijalbo, 1975.
- Agustín Cueva: *El proceso de dominación política en Ecuador*, México, Editorial Diógenes, 1974.
- Iván García: [Ed.] 1974. *El movimiento obrero y sindical*, México, Ediciones de Cultura Popular, 1975.
- Enrique González Rojo: *Para leer a Althusser*, México, Editorial Diógenes, 1974.
El antiguo relato del principio, México, Editorial Diógenes, 1974.
- Juan Felipe Leal: *La burguesía y el Estado mexicano* (2a. edición ampliada), México, Ediciones El Caballito, 1974.
Estado, burocracia y sindicatos, México, Ediciones El Caballito, 1975.
- Sergio de la Peña: *La formación del capitalismo en México*, México, Siglo XXI Editores (próxima aparición).
- Gerard Pierre-Charles: *Política y sociología en Haití y República Dominicana*, México, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, 1974.
- Ricardo Pozas: *Antropología y burocracia indigenista*, México, Cuadernos para Trabajadores (próxima aparición).
- Enrique Semo: *La crisis actual del capitalismo*, México, Ediciones de Cultura Popular, 1975.
- Raquel Tibol: *Textos de Siqueiros*, México, Colección Archivo, F.C.E., 1974.
Orozco, Rivera, Siqueiros, Tamayo, México, Colección Testimonios, F.C.E., 1974.
- René Zavaleta Mercado: *El poder dual en América Latina*, México, Siglo XXI Editores, 1974.

¡Ya está a la venta!

EL MOVIMIENTO OBRERO Y SINDICAL 1974.
Introducción, Documentos, Gráficas.



Introducción
Índice
Documentos
Gráficas

PENSAMIENTO REVOLUCIONARIO



EDICIONES DE CULTURA POPULAR, S. A.
FILOSOFIA Y LETRAS 34 - APDO. POSTAL M21 - 124,
MEXICO 21, D. F. TEL. 550-24-51

